

MANUEL

BARTUAL

EL OTRO MANUEL



Índice

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Una noche cualquiera, rodeado por las cajas de su reciente mudanza, Manuel hace un pedido de comida a domicilio, pero no recibe lo que ha solicitado. En su lugar le entregan la cena de Alicia, una vecina del barrio que, a su vez, ha recibido la cena de Manuel y a la que conocerá gracias a esta confusión. Lo que parece un hecho sin demasiada importancia será el detonante de los días más extraños en la vida de ambos, hasta el punto de convertirse en los protagonistas de un misterio en el que descubrir la identidad de quien está detrás de todo lo que les está pasando será la menor de sus preocupaciones.

El otro Manuel es una original novela repleta de sorpresas en la que Manuel Bartual narra cómo puede cambiar la vida de un hombre corriente después de un éxito inesperado. Un relato que arranca seis meses después de que escribiera el punto final de su misterioso relato veraniego, pero con una gran diferencia con aquel: en esta ocasión no es la ficción la que marca el tempo de la narración, sino la realidad, que, como veremos, supera en ocasiones a la más alucinada y surrealista de las ficciones. Porque esta vez sí. Esta vez, a Manuel le están pasando cosas raras de verdad.

Manuel Bartual
El otro Manuel

 Planeta

*Para Alba y para Alex.
Con ellos, todo está bien*

Es muy probable que no vayas a creer nada de lo que voy a contarte. O por lo menos las partes importantes, las que dan sentido a todo lo que me ha pasado. Y mira, me parece normal. Si fueras tú quien me estuviese contando a mí esta historia, difícilmente te iba a creer. Pero, por favor, ponte en mi lugar. No tengo ningún motivo para mentirte. Mi vida se ha convertido estos últimos meses en un lugar extraño, a veces fascinante, pero siempre raro. Un sitio donde todo puede pasar. Intenta tenerlo presente según vayas pasando páginas. Yo a cambio te prometo que me ceñiré a la verdad, procurando no dejar de lado ningún detalle, ni un solo dato. Es muy importante que prestes atención. No quiero asustarte, pero prestarme atención va a ser una de las cosas más importantes que hagas en tu vida. Lo entenderás a medida que avance la historia.

La culpa de todo la tuvo una hamburguesa.

Pero antes de hablarte de la hamburguesa, creo que será mejor que te cuente dónde estaba en el momento de pedirla. El escenario siempre importa.

Los últimos quince años los he pasado en Madrid, y una buena parte de ese tiempo he vivido en la misma casa, no muy lejos del centro. Primero solo, y más tarde compartiéndola con Alba. Fuimos muy felices allí, en un piso que se adaptaba perfectamente a nuestras necesidades, pero cuando Alex estaba a punto de nacer nos dimos cuenta de que nos vendría bien algo más grande. Una casa en la que tuviéramos una habitación para él. No es algo imprescindible en los primeros meses de vida de un bebé porque lo habitual es que los pase pegado a sus padres, pero nos parecía importante tener ese espacio para más adelante. Así que nos pusimos a buscar, y aunque tardamos más tiempo del que nos hubiera gustado, acabamos encontrando algo que se ajustaba a nuestras expectativas. Una casa algo más alejada del centro, en una zona muy tranquila y con espacio suficiente para los tres.

Tengo una fobia absoluta a las mudanzas, imagino que como cualquiera, pero en mi caso especialmente acentuada por el hecho de que me gusta acumular cosas. Si hubieras venido a la primera casa que compartí con Alba, te habría pasado como a todos los amigos que la visitaban por primera vez: tu mirada habría acabado perdida entre los lomos de los libros, cómics y películas que almacenaba como podía en el gigantesco rompecabezas al que había dado forma con ayuda de una docena de estanterías. Llegué a un punto en el que no me quedó más remedio que imponerme la regla de que nada nuevo entraría en casa sin que nada que ya tuviera saliera antes para cederle su lugar, así que en cuanto decidimos mudarnos, me pareció buena idea tomar la mudanza como una ocasión para deshacerme de todo cuanto pudiera. Tiré a la basura los estuches de

las películas, guardé sus discos en archivadores y aunque no me resultó fácil, conseguí llenar cincuenta cajas con cómics y libros que ya nunca más pensé que fuera a tener en mis manos. No podía estar más equivocado, pero prefiero no adelantarte acontecimientos. Creo que lo mejor será que te cuente la historia en orden, según me fue sucediendo. Lo que has de saber ahora es que en aquel momento, cuando llamé a un amigo librero para que viniera a llevarse todo aquel montón de lectura con idea de que volviera a ponerlo en circulación, lo que sentí fue un alivio tremendo. Llegué a comentarlo con Alba: fue como darme cuenta de que todo ese peso acumulado en mis estanterías me pesaba más a mí que a ellas, como adelgazar un puñado de kilos de la manera fulminante que solo te garantizan las teletiemendas. Pero ahora lo veo claro. Ojalá nunca me hubiera deshecho de nada de aquello.

No ha sido la primera vez que me he cambiado de casa, pero sí la mudanza más compleja por la que he pasado. Al tiempo que invertí en decidir con qué me quedaba y de qué me libraba hay que sumarle que tenemos un bebé que cuidar y lo solicitado que he estado desde el verano pasado. Creo que he contestado más entrevistas y he tenido más reuniones en estos últimos meses que en toda mi vida. Qué locura. Hubo días en los que el tiempo que pasaba entre una entrevista y otra era, inevitablemente, el de otra entrevista más. Pero bueno, lo importante es que al final, cuando quisimos darnos cuenta, ya estábamos con todas nuestras pertenencias en un camión camino de nuestra nueva casa.

Era allí donde me encontraba cuando pedí la hamburguesa de la que te hablaba hace un momento, rodeado de cajas y estanterías vacías, con prácticamente todo por colocar en su sitio. Pero, espera, deja que me detenga en un dato importante: estaba solo. La abuela de Alba cumplía 90 años esa semana, así que aprovechando que su padre iba a viajar desde España hasta el pueblo perdido de Suiza en el que vive, Alba pensó que era una buena oportunidad para acompañarlo con Alex y que la bisabuela conociera al bisnieto. Lo primero que pensamos fue en viajar los tres con su padre, pero el plan era quedarnos en Suiza quince días y nada nos daba más pereza que regresar a España y encontrarnos con la casa por organizar. Además, yo tenía que avanzar con el libro que estaba escribiendo, de modo que acordamos que lo mejor iba a ser que me quedase en Madrid para ir poniendo orden, aprovechando los ratos en los que no estuviera abriendo cajas para continuar con la novela.

Por eso pedí aquella hamburguesa. No es que necesite demasiadas excusas para encargarme comida a domicilio, pero recién llegado a la nueva casa, con Alba y Alex volando hacia Suiza y la nevera vacía, me lo pensé muy poco antes de coger el teléfono y hacer un pedido.

Cuando te mudas, especialmente cuando trasladas de un piso a otro tantas

cosas como nosotros, es inevitable vivir aunque sea durante unos minutos un ataque de pánico absoluto. La nueva casa era más grande que la anterior, así que por lógica no debía resultarnos difícil encontrarle sitio a todo. Pero cuando piensas en esto no reparas en que antes de que termines de hacerlo, antes de que hayas conseguido volver a colocar cada cosa en su sitio, el lugar que todas esas cosas van a ocupar es aquel por el que deberías estar moviéndote tú. Y ahí es cuando llega el momento de pánico, cuando abres la primera caja y eres consciente de que necesitas que se aparten las otras treinta o cuarenta que se interponen entre tú y el destino de lo que acabas de desempaquetar.

En ese dilema me encontraba cuando sonó el timbre de la puerta. Creo que fue precisamente esa la primera vez que escuché cómo sonaba, un sonido diferente al de la anterior casa, más agudo, más ruidoso, más molesto. Tardé en identificar de dónde provenía, lo que contribuyó a mi desconcierto. El timbre te obliga a reaccionar y yo no sabía dónde colocar lo que acababa de sacar de aquella caja porque su lugar era donde te decía, treinta o cuarenta cajas más allá. Así que abrí la puerta sujetando un pollo de goma y con una chistera recubierta de purpurina plateada en mi cabeza.

Esto tiene una explicación. No es que aparte de coleccionar libros, cómics y películas tenga también una colección de pollos de goma y chisteras. La que acababa de abrir era una caja sin etiquetar, una de tantas en las que olvidamos apuntar su contenido, y en su interior encontré los restos del atrezo de un cortometraje que dirigí hace algún tiempo. El pollo de goma ni llegó a aparecer, ya que descarté sus planos durante el montaje, pero luego acabé guardando todo por si volvía a necesitarlo. Que ya tiene narices pensar que se me va a ocurrir alguna otra idea para la que resulte imprescindible un pollo de goma y una chistera, pero, en fin. A veces me paso de precavido.

El caso es que allí estábamos los tres, el pollo, la chistera y yo, delante de un repartidor que nos miraba inmóvil, inexpresivo, sin ni tan siquiera quitarse el casco. Para terminar de rematar la escena, él también tenía lo suyo: el casco que llevaba estaba pintado de verde fosforito con unas llamas azules a los lados. Llamas de fuego, por suerte, no el animal. Solo faltaba que hubiera sido el animal. En cualquier caso, ya era suficiente como para que lo más apropiado hubiera sido llamar a un vecino para que nos sacase una foto, inmortalizar aquella escena para la eternidad, pero en vez de eso balbuceé algo, no recuerdo muy bien qué. Apuesto a que fue un intento de explicarle por qué un pollo y por qué una chistera, pero seguramente me pareció que lo más fácil era resolver la transacción y hacer como si allí no hubiera pasado nada. Así que dejé al repartidor en la puerta, me fui al fondo de la casa en busca de mi cartera y volví para pagarle. Y antes de irse me entregó mi hamburguesa. O al menos eso pensé

en aquel momento.

Lo primero que hice al despedir al repartidor fue dejar la bolsa de papel que me acababa de entregar sobre la mesa de la cocina, y ya que había sacado aquel pollo de goma y aquella chistera de una caja, vacié el resto de su contenido. Sin la urgencia del timbre de la puerta reclamando mi atención no me costó decidir algún otro sitio donde guardar todo, que sumaba a lo que ya conoces un par de petardos de los que lanzan confeti, seis o siete pajaritas de colores, algunos globos con forma de corazón y una pequeña botella de helio. Sí, menudo fue aquel cortometraje. Con todo ya en su nuevo sitio, volví a la cocina para darme cuenta de que en aquella bolsa de papel no estaba mi hamburguesa.

A ver, había comida dentro, pero ni rastro de lo que había pedido. Y no era uno de esos casos en los que estás con dos o tres amigos, pides tres o cuatro hamburguesas y cuando llega todo te toca adivinar cuál es la tuya, aunque al final dé un poco lo mismo porque todas saben más o menos igual. No. En esta ocasión estamos hablando de que en vez de la hamburguesa con queso, tomate seco, guacamole y guarnición de patatas que había encargado, lo que encontré dentro de la bolsa fue una ensalada mixta y una tostada con tomate y jamón. Si lo pronuncias en voz alta te darás cuenta de que *hamburguesa con queso, tomate seco, guacamole y guarnición de patatas* no suena demasiado parecido a *ensalada mixta y una tostada con tomate y jamón*, así que el error no podía venir de que quien tomó nota de mi pedido me entendiera mal. Llamé al restaurante para reclamar, una, dos y hasta tres veces, pero nadie me cogió el teléfono. En realidad, ya me sorprendió que me atendieran la primera vez que llamé, porque era viernes y sé perfectamente que los viernes suelen estar a tope. Justo en ese momento me fijé en la bolsa.

Grapado a ella había un ticket con un montón de números y letras impresas, algunas más borrosas que otras. Revisándolo comprobé que, efectivamente, el contenido del pedido que ahí se indicaba se correspondía con la comida que había encontrado dentro de la bolsa. El ticket también tenía escrito el nombre del cliente, Alicia, y un número de teléfono a su lado, de esos que memorizas casi al instante porque apenas combinan dos o tres números de forma repetitiva. Así que decidí llamar a Alicia.

—Hola. ¿Eres Alicia?

—Ehh, sí. ¿Quién eres?

—Mira, no me conoces, pero creo que tengo tu pedido.

—¿Qué?

—La comida que has pedido. ¿Una ensalada y una tostada?

—Sí.

—Pues las tengo yo aquí, en mi casa.

—Pero qué dices. Si me lo acaban de traer.

—¿Y estás segura de que lo que hay dentro de la bolsa es lo que has pedido?

—...

—¿Hola?

—Perdona. Estaba mirando. Tienes razón. Es una hamburguesa.

—Me lo imaginaba. Tu pedido lo tengo yo.

—¿Y por qué lo tienes tú? ¿Quién eres?

—Me llamo Manuel. También acabo de pedir comida a domicilio.

—¿También una ensalada y una tostada?

—No, he pedido la hamburguesa que te han llevado. Y unas patatas. ¿Hay patatas en la bolsa? ¿Puedes mirar?

—Sí, hay patatas.

—¿Cortadas a mano?

—Pues no sé.

—Seguro que sí. Es mi pedido, seguro. El repartidor se habrá equivocado, a mí me ha dado el tuyo y a ti el mío.

—Pero yo quiero mi pedido.

—Ya me imagino, pero no sé, ¿qué hacemos? He llamado al restaurante, pero no cogen el teléfono. Es viernes, y los viernes suelen estar a tope de...

—¿Me lo puedes traer?

—¿Qué?

—Mi pedido. Que si me lo puedes traer.

—Ah, pues... eh...

—Acabo de mirar en el ticket de la bolsa y si tú eres Manuel, aquí pone que no vives muy lejos. A dos calles de aquí. ¿Me lo puedes traer?

—Bueno, no sé. Igual... igual podemos comernos cada uno lo que nos han traído, ¿no? Porque, total, yo con esto ya me apaño, que si ahora nos ponemos a andar de aquí para allá, comida arriba comida abajo, se nos va a enfriar todo. Y bueno, a ver, lo tuyo da igual que se enfríe, claro, pero lo mío no sé si...

—¿Por favor?

Alicia tenía razón, vivía cerca. Tuve que buscar la dirección en mi teléfono móvil porque todavía no controlaba mi nuevo barrio, pero tal y como me dijo, tan solo eran un par de calles las que separaban su casa de la mía. Así que cogí la bolsa con su comida, me puse una chaqueta y bajé a la calle.

Mientras iba hacia allí me di cuenta de que era la primera vez que salía de casa a esas horas. Si por el día ya era un barrio tranquilo, caminar por esas calles de noche te hacía sentir como si fueras el último hombre en la Tierra. No me crucé con nadie durante el trayecto que separaba mi portal del suyo, la única presencia humana era el sonido de algunos coches distantes.

Al llegar a su portal llamé al piso que indicaba el ticket, y al hacerlo me sentí como un repartidor de comida a domicilio. Me acordé de la primera vez que trabajé de cara al público, cuando de adolescente pasé unos meses en un videoclub. No duré mucho tiempo, porque era una jornada partida que me resultaba prácticamente incompatible con mis estudios, pero si no hubiera sido por eso, durante una buena temporada pensé que lo habría acabado dejando por la Señora Tomás. Que en realidad no se llamaba Tomás, seguro, pero es como la conocíamos en el videoclub. La Señora Tomás venía todas las tardes a alquilar una película y devolver la del día anterior utilizando siempre el carné de socio de su marido, Tomás Aquilino Pérez. Nunca nos permitió preguntarle su nombre, ya que cualquier intento quedaba anulado por el torrente de preguntas que te lanzaba. Sé de lo que hablo, porque como era el nuevo, mis queridos compañeros siempre me encasquetaban la tarea de atenderla. Cuando la Señora Tomás entraba por la puerta, sabías que tardaría por lo menos una o dos horas en salir por ella. Te hablaba siempre como si le debieras cien favores, en un tono muy inquisitivo, haciéndote mil preguntas antes de llevarse ninguna película, hasta el punto de que te costaba entender por qué las alquilaba si se las acababa contando enteras, de principio a fin, con todo lujo de detalles, para, una vez devuelta a su estante, preguntarte por cualquier otra. Incluidas, claro, aquellas por las que ya te había preguntado en otras ocasiones. Menudo agobio. La Señora Tomás era mi Día de la Marmota.

Alicia abrió el portal y subí las escaleras.

Llamé a su puerta, pero nadie abrió.

Volví a llamar, y lo mismo.

Entonces me di cuenta de que la puerta estaba entreabierta. La empujé para terminar de abrirla y dije en voz alta su nombre, pero no recibí ninguna respuesta. Comprobé el ticket para asegurarme de que estaba delante de la puerta correcta, y si lo que allí se indicaba era cierto, me encontraba donde debía. Así

que decidí entrar. Pensé que Alicia estaría ocupada en ese momento y había dejado la puerta abierta para que pasase.

Tuve una sensación extraña al adentrarme en su casa. Por un instante me sentí como si no hubiera salido de la mía, aunque su disposición era completamente diferente. Para empezar, mi nueva casa tenía un pequeño recibidor, y al entrar en la de Alicia ya te encontrabas en el salón, pero el estado de ambas viviendas era idéntico en ese momento: cajas por todas partes, apiladas hasta cierta altura, mucho desorden en general. La única diferencia era que, en mis estanterías, esa noche tan solo había una cesta con el pollo de goma, la chistera y todo lo demás, y en las de Alicia podías encontrar varios libros, un puñado de discos, algunas plantas y tres o cuatro marcos con fotos. Me fijé en una de esas fotos y vi a una chica rubia que entendí que debía de ser ella, muy sonriente, junto a un chico moreno y con barba que tenía toda la pinta de ser su pareja o su hermano o un buen amigo o algo así. Escuché un ruido, y al darme la vuelta me pareció ver algo de luz al fondo de un pasillo, así que avancé hacia allí sorteando las cajas que me iba cruzando por el camino.

Si antes de leer esto has visto o leído alguna de las entrevistas que me han hecho estos últimos meses, es probable que sepas que una de mis películas favoritas es *El proyecto de la bruja de Blair*. Voy a resumirte un poco de qué va por si no la conoces. La película parte de la premisa de que un grupo de tres estudiantes de cine se internan en un bosque de Maryland para filmar un documental acerca de una leyenda local conocida popularmente como La bruja de Blair. Los estudiantes desaparecen y tiempo después alguien encuentra en el bosque las cintas de todo lo que grabaron, que es lo que vemos en la película. Evidentemente, se trata de una peli de terror, enmarcada dentro del género del falso documental, y con un final tan redondo como aterrador. Al menos, a mí me lo parece. Siento si no la has visto porque voy a contarte su último plano, como si fueras la Señora Tomás agitando la carátula de *El proyecto de la bruja de Blair* a dos centímetros de mi nariz. Si prefieres no saber cómo termina, puedes saltarte el siguiente párrafo.

Tras pasar varias noches en el bosque, Heather, la protagonista, se queda sola y acaba entrando con su cámara en una casa abandonada. Allí, tras recorrer varias habitaciones, encuentra a uno de sus compañeros de espaldas a ella, cara a la pared, inmóvil. Le llama, pero no le contesta, y entonces algo o alguien golpea a Heather y la cámara cae al suelo. Fin. Lo aterrador de la escena, aparte de lo que te acabo de contar, es que confirma la teoría de la existencia de una bruja en ese bosque, ya que la actitud del compañero de Heather, en silencio, inmóvil y de cara a la pared, se corresponde con uno de los testimonios que aporta una de las personas entrevistadas al comienzo de la película. Según ese entrevistado, lo

que la bruja de Blair les hacía a sus víctimas antes de matarlos era eso mismo: ponerlos de cara a la pared. Existe otra teoría sobre este final igual de válida, y es que en realidad son los compañeros de Heather los que se han compinchado para matarla y luego desaparecer. Yo prefiero la otra versión porque suelo agradecer cuando la magia irrumpe en la ficción, aunque solo sea un detalle que aleje la historia de lo terrenal, pero es lo bueno de los finales ambiguos: nunca te plantean una única y definitiva interpretación.

Te cuento todo esto porque cuando llegué al final de aquel pasillo en casa de Alicia, cuando entré en la habitación iluminada que tenía toda la pinta de ser un dormitorio, recordé el plano final de *El proyecto de la bruja de Blair* porque lo que encontré allí fue a una chica, de espaldas a mí, de cara a la pared, inmóvil.

Tampoco te creas que me asusté ni nada por el estilo. Encontrarme allí a aquella chica en esa posición también me recordó a algo que Alba y yo llamamos *the spot*. Seguro que te ha pasado alguna vez: estás en casa con alguien y de repente te lo encuentras en mitad de un pasillo o en la esquina de una habitación o algún sitio así, de espaldas a ti y muy concentrado en algo. Está en *the spot*, el lugar en el que te detienes mientras terminas de consultar cualquier cosa en tu móvil, generalmente porque si das dos pasos más allá acabas perdiendo la wifi. A nosotros nos pasaba a menudo en la primera casa que compartimos, teníamos un largo pasillo con mala cobertura que propiciaba este tipo de situaciones. Cada vez que Alba me encontraba a mí atrapado en *the spot* o yo me la encontraba a ella, lo decíamos en voz alta, *The spot!*, y es justo lo que estuve a punto de decir cuando vi allí a aquella chica, porque la escena me recordó tanto a *El proyecto de la bruja de Blair* como a *the spot*. Por suerte para mí, lo que estaba sucediendo tenía más de tecnológico que de brujería. Dije en voz alta:

—¿Alicia?

Y entonces Alicia se dio la vuelta, con su teléfono móvil entre las manos y sus ojos llorosos. Lo primero lo esperaba, lo segundo me sorprendió. No imaginé encontrarla así, con esa cara tan triste, tan diferente de la alegría y las risas concentradas en la foto que acababa de ver de ella. Lo que sucedió a continuación no me sorprendió tanto, ya que es algo a lo que estaba empezando a acostumbrarme. Alicia me miró fijamente, en silencio, repasando todos los detalles de mi cara, tratando de asegurarse de si aquel que tenía delante era efectivamente quien pensaba que era o tan solo alguien que se le parecía mucho. Me pasaba a menudo, y cuando era consciente de ello me asaltaba la necesidad de romper con el silencio incómodo y dar un paso al frente para decir que sí, que soy yo, Manuel Bartual, qué tal, cómo estás, gracias por leerme, sí, soy más alto de lo que imaginabas, quizá un poco más gordo también, en cuanto pueda me

pongo a dieta y me apunto al gimnasio, seguramente por este orden, de verdad, es que nunca encuentro el momento. Pero entonces Alicia habló:

—¿Eres el papá de Alex?

Así que menos mal que no dije nada, porque habría quedado como un imbécil.

Había pasado algún tiempo desde la última vez que alguien se había referido a mí como «el papá de Alex». No es que me incomode, ni mucho menos. Más bien al contrario. Siempre suena cariñoso. Es una de esas cosas de las que nadie te advierte cuando tienes un hijo, que a partir de ese momento hay gente que ya nunca te conocerá por tu nombre, pero aquellos días me llamaban tantas veces por el mío seguido de mi apellido, tal y como figuran ambos en mi carné de identidad, que ya había olvidado que también te puedes referir a mí como «el papá de Alex».

—Os vi hace un par de semanas. A ti y a tu mujer, con vuestro hijo. Qué majo es.

Y es verdad. Es muy majo. Lo otro también. No lo recordaba, pero ya me había cruzado con Alicia antes de convertirme en su improvisado repartidor de comida a domicilio. Mientras terminaba de organizar la mudanza con Alba, fuimos a comprar unas estanterías a una tienda de muebles de nuestro nuevo barrio, porque las que ya teníamos eran demasiado altas para el nuevo piso y decidimos dejarlas. Antes que tirarlas, pensamos que quizá pudiera aprovecharlas el siguiente inquilino. Así que allí estábamos, en aquella tienda de muebles, con las medidas de la nueva casa apuntadas en un papel y tratando de encajar en todo ese espacio el mayor número de estanterías posible.

No consigo ubicar la cara de Alicia en aquella escena, pero sí que se nos acercó una chica que iba sola y que fue muy simpática con Alex. Fue cuando estábamos en la caja, ya pagando. Mientras Alicia me lanzaba datos que me ayudaban a recordar aquel momento, me comentó que ese día estaba allí recogiendo unas cajas que había pedido para su mudanza. De ahí el estado de su casa. A diferencia de mí, no estaba instalándose en ese barrio, sino a punto de dejarlo.

—Me voy a Berlín. A mi chico le ha salido trabajo allí y a mí me da igual trabajar aquí que allá que donde sea.

Alicia es traductora, así que lo único que necesita para su trabajo es un ordenador y una conexión a internet. Me dijo esto y que aquel era un buen barrio, muy tranquilo y lleno de parques, que seguro que lo íbamos a disfrutar, y más ahora, que acabábamos de tener un hijo. Ella había vivido allí los últimos cinco años, primero sola y luego con Santi, su novio. Él acababa de coger un vuelo a Berlín y ella se había quedado para terminar de empaquetar todo antes de

trasladarse, mientras él comenzaba a trabajar. Tras ponerme al tanto de su situación me explicó también a qué se debían sus lagrimones. Yo tampoco necesitaba saberlo, pero el caso es que acababa de discutir con su novio, por teléfono, justo mientras yo me sentía como el último hombre en la Tierra y llamaba a su portal y me acordaba de la Señora Tomás.

Me dijo que había sido una tontería, que se habían pedido perdón el uno al otro antes de colgar, pero le había entrado el agobio al pensar que pudiera pasarle algo en el vuelo y que la última vez que hubiera hablado con Santi fuera esa, una llamada en la que se habían gritado un poco. Que no lo podía evitar, que tenía un miedo terrible a los aviones, que siempre que ella o Santi o su madre o su hermana o cualquier amigo se subían en uno, ella pensaba que se iba a estrellar.

Yo traté de tranquilizarla un poco. Le mencioné esa estadística que dice que el avión es el medio de transporte más seguro que existe, que tampoco sé muy bien de dónde sale ni si es cierta ni nada, pero para estos casos siempre resulta un buen comodín. Alicia me dijo que ya, que ya lo sabía, pero que gracias por recordárselo. Y para que se secase las lágrimas y se limpiase la cara, abrí la bolsa de papel que llevaba con su comida y saqué una servilleta.

—Tu hamburguesa está allí, en el salón. Ven, vamos.

Llegamos al salón y cogí mi bolsa. Iba a despedirme cuando Alicia me ofreció que cenáramos juntos. Así no se te enfría más la hamburguesa, me dijo. Y así me haces compañía mientras Santi llega a Berlín, añadió. Yo tampoco quería molestar, pero si quedarme a cenar iba a servirle para que dejase de pensar que su novio se encontraba a diez mil pies de altura, tampoco me pareció mal plan. A fin de cuentas, había sido muy amable con Alex, qué menos que serlo yo ahora con ella.

Hablando con Alicia me di cuenta de que verdaderamente me conocía solo como el papá de Alex, que el nombre de Manuel Bartual no le sonaba de nada. Yo preferí ahorrarme las explicaciones y limitarme a decir que me dedicaba a esto y aquello, sin dar muchos detalles. Por lo menos en aquel momento. Llevaba varios meses sin conocer a nadie nuevo que no supiera quién soy, así que me pareció agradable recuperar el anonimato durante un par de horas, como antes de mis últimas vacaciones. Alicia me habló de su trabajo como traductora, que es a lo que se ha dedicado toda su vida, y de que alguna vez se ha planteado dar clases aunque solo sea por ver a gente, porque al final se pasa los días sola en casa delante de un teclado o encerrada en una biblioteca, no muy lejos de allí. Le pregunté qué biblioteca era y resultó ser la misma a la que yo iba a menudo a escribir. Igual hemos coincidido por allí también alguna vez, pensamos los dos cuando se lo comenté. El último libro en el que había trabajado estuvo

traduciéndolo en esa misma biblioteca y se empeñó en regalarme una copia, en compensación por las molestias. Le dije que no hacía falta, pero insistió. No solo es por las molestias, es que además creo que te va a gustar, me dijo. Pero se puso a buscarlo y no aparecía. Alicia estaba segura de que tenía que estar allí, junto a otros libros, en un estante. Que estaba convencida de que no lo había guardado en ninguna caja. Le dije que no se preocupase, de verdad, que daba igual, pero ella insistió en lo raro que le parecía haberlo perdido. Mientras daba vueltas por el salón buscándolo, yo aproveché para comerme todas mis patatas cortadas a mano. Al final me fui de allí sin libro, pero con el estómago lleno. Nos dimos dos besos y nos deseamos toda la suerte del mundo con nuestras respectivas mudanzas.

La vuelta a casa, ya pasada la medianoche, me hizo sentir todavía más último hombre en la Tierra que cuando recorrí ese mismo trayecto un rato antes. Ya ni coches se escuchaban a lo lejos. Pensé en desempaquetar algunas cajas cuando llegase o sentarme a escribir un rato, pero en cuanto crucé mi puerta, un pensamiento me tuvo ocupado hasta que decidí meterme en la cama.

Me había desaparecido una camiseta.

Llegados a este punto de la historia, creo que merece la pena que me detenga a explicarte quién soy. Puede que te pase como a Alicia aquella noche, y que mi nombre tan solo te suene de haberlo leído en la portada de este libro.

Me llamo Manuel Bartual y me dedico a contar historias. Es algo que he repetido mucho últimamente porque me parece el mejor resumen posible. Si me pides la versión larga, tendría que explicarte que muchas de esas historias las he contado en cómic, primero en fanzines y tebeos autoeditados, y luego en revistas como *El Jueves* y *Orgullo y Satisfacción*. Mis cómics se han publicado principalmente en España, aunque algunos se han traducido al francés y al italiano. También he escrito y dirigido una docena de cortometrajes y una película, *Todos tus secretos*. Y aunque tanto con mis cómics como con mis películas llegué a convertirme en un autor conocido en determinados círculos, nada de todo aquello tuvo la trascendencia que consiguió la historia que me cambió la vida. Una historia que no conté ni en cómic ni en cine.

En 2017 me fui de vacaciones con Alba y con Alex a Mallorca, como solemos hacer todos los veranos desde que Alba y yo nos conocemos. Nos alojamos en un hotel y, en parte porque el libro que estaba leyendo esos días no me enganchaba, decidí inventarme una historia propia que contar en los ratos que habría dedicado a leer aquella novela. Pensé en hacerlo a través de Twitter, porque es mi red social favorita y porque su formato era perfecto para algo como lo que había pensado: una historia que transcurriese en tiempo real narrada en primera persona.

«Ando de vacaciones desde hace un par de días, en un hotel cerca de la playa. Iba todo bien hasta que han comenzado a suceder cosas raras», decía el tuit con el que arrancaba la historia.

Lo que vino a continuación fueron siete días de una ficción en la que, tras encontrarme con un hombre idéntico a mí, este me seguía hasta Madrid para acabar conmigo y terminar suplantándome. Al menos esa es una de las interpretaciones, porque como sucedía en *El proyecto de la bruja de Blair*, se trata de un final ambiguo. La otra interpretación es que el relato concluía conmigo confesando que todo lo que acababa de contar era mentira y pidiendo disculpas a cualquiera que hubiese podido estar preocupado por mí, pero si eres de los que lo interpretó de esta manera, te animo a que revises las últimas frases. Si te fijas bien, comprenderás que podrían estar escritas por mi doble tras suplantarme, y qué otra cosa haría mi doble en esa situación sino redactar un desmentido acerca de todo lo que acababa de contar en Twitter.

Desde entonces me han preguntado mucho por la figura del doble en la

ficción. Es algo que me gusta, pero tampoco soy ningún experto. Si llegué a ella para este relato fue, por decirlo de algún modo, debido a las limitaciones presupuestarias. Andaba de vacaciones, como te decía, y no estaba solo, como en la historia que conté, sino acompañado por mi novia y por mi hijo. Así que si no quería liar a Alba más allá de que me sacase unas cuantas fotos y grabase algún vídeo para algunos momentos puntuales de la narración, no me quedaba otra que protagonizarlo yo. Y mi némesis, pues yo mismo también. Me ha pasado otras veces, que la limitación de recursos o el propio formato son lo que acaba dándome la idea para la historia que puedo contar. Lo que ni yo ni nadie pudo imaginar fue la repercusión y el impacto que iba a tener, que entre el comienzo y el final del relato acabaría ganando casi medio millón de seguidores en Twitter y sería noticia en decenas de medios, tanto nacionales como internacionales. Que muchos famosos se harían eco de ello. Que Berto Romero y Nacho Vigalondo, entre otros, cambiarían su nombre y su avatar en redes sociales por el mío durante unas horas, como homenaje y guiño a la historia que estaba contando. Que José Coronado se ofrecería a investigar qué me estaba pasando, Cristina Pedroche querría presentar las campanadas conmigo y Leticia Sabater se iba a enfadar al descubrir que todo lo que había contado era mentira. Leticia, si algún día lees esto, no te enfades. Con los buenos ratos que yo pasé contigo cuando presentabas *A mediodía, alegría*. Piensa que yo no me mosqueé cuando descubrí que la voz de aquel loro de peluche con el que hablabas no salía del propio loro.

Hasta aquel momento era habitual que alguien me reconociese cuando asistía a eventos relacionados con el cómic o a algún festival de cine, pero nada comparado con la popularidad que alcancé tras contar aquella historia. Comencé a darme cuenta de que esto iba a ser así muy pronto, un par de días después de ponerle punto final, cuando tras una reunión en Gran Vía, mientras me despedía en la puerta de una cafetería, un grupo de personas se paró a diez o doce pasos de mí mientras me miraban y señalaban. Desde entonces, lo normal comenzó a ser cruzarme por la calle con gente que sonreía al verme. Otros me pedían hacerse fotos conmigo, y algunos niños gritaban mi nombre para luego salir corriendo cuando me giraba a saludarlos. También llegué a ver fotos que me hacían cuando iba por la calle y no me daba cuenta, pero que luego descubría cuando las subían a sus redes sociales y me etiquetaban. Era algo un poco desconcertante, porque nunca pensé que mi cara pudiera llegar a ser popular. Yo siempre había estado muy a gusto detrás de las cámaras o escondido tras el papel de dibujo.

En cualquier caso, ahora lo pienso y me parece evidente que si la historia funcionó fue en parte gracias a esto, a la identificación entre su protagonista y el autor de la obra. Es otra de las cosas por las que me han preguntado a menudo, y

aunque antes de comenzar a escribirla no pudiera saberlo, ahora estoy convencido de que el público no habría conectado de la misma forma si el protagonista hubiera sido un personaje inventado. Es decir, alguien completamente diferente a mí. Así que repercusión y reconocimiento, en este caso, van de la mano, en el mismo lote. También creo que la historia se benefició del momento en el que la conté, a finales de agosto, con muchos de sus lectores también de vacaciones o buscando algún entretenimiento que los alejase de la rutina. Hay otros factores más que influyeron en su éxito, incluido uno que nunca le he contado a nadie. Pero prometo contártelo, más adelante.

La consecuencia de todo esto no fue únicamente convertirme en una cara conocida. Recibí numerosas propuestas de trabajo, invitaciones a charlas y gente dispuesta a ayudarme para que mis próximas historias contasen con mayores presupuestos y pudieran llegar a más gente. También he recibido ofertas delirantes, o al menos no tan emocionantes como otras, tampoco te vayas a pensar que esto es jauja. De hecho, lo primero que me llegó fue un correo electrónico en el que alguien me preguntaba cuánto le cobraría por un tuit en el que recomendase su tienda de jamones.

Pero hay más.

También me han propuesto imprimir mi cara en algunos productos destacados de una conocida marca de bollería industrial.

Y presentar un concurso de madrugada, cuyo premio es una estancia en un hotel.

Me escribió un hostel de Canarias solicitando mi permiso para cambiar el nombre de su negocio por La Habitación de Manuel.

El comercial de una agencia de viajes me invitó a que mintiera diciendo que había estado de vacaciones en uno de los destinos turísticos que él gestiona a cambio de un euro con treinta y cinco céntimos por cada viaje que consiguiera a partir de ese momento.

Un cerrajero me ofreció su ayuda si volvía a desaparecerme la puerta, como sucedía en la historia que conté. Para compensarle solo tendría que hablar bien de su negocio a la gente.

Y también me escribieron de Planeta, interesados en publicarme.

Esto lo incluyo dentro del apartado de propuestas delirantes porque el correo decía: «Hola. Soy de Editorial Planeta. Queremos contactar contigo para publicarte». Así, tal cual, solo eso, todo en la misma línea y sin firma ni teléfono de contacto ni nada más acompañando al texto, con un «Sin asunto» enorme como título del mensaje y un tal Chup Chup como remitente, escribiendo desde chuppchup86@gmail.com. Acostumbrado a recibir correspondencia electrónica de príncipes nigerianos con dinero del que necesitan desprenderse o anuncios de

fabulosos métodos naturales para alargar el pene, este correo me sonó a chamusquina. Lo más gracioso es que apenas seis minutos después recibí otro mensaje, y en esta ocasión sí que se trataba de la editorial Planeta de verdad. La que escribe desde correos electrónicos terminados en @planeta.es y parecen personas humanas escribiendo, o al menos se esfuerzan en aparentarlo, a diferencia de Chup Chup. Era uno de esos correos que terminan con un aviso de que este mensaje va dirigido exclusivamente a la persona o entidad que se muestra como destinatario/s y puede contener datos y/o información confidencial sometida a secreto profesional y cuya divulgación está prohibida en virtud de la legislación vigente. En resumen: gente seria. Querían reunirse conmigo para conocerme y comentar futuros proyectos. Yo fui a la reunión con los deberes hechos, les conté una idea que acababa de tener y que podía convertir en novela. La idea les entusiasmó, así que nos resultó fácil y rápido llegar a un acuerdo.

Quiero aclararte que la novela que les propuse no es lo que estás leyendo. En aquellos días de mudanza sí que era lo que estaba escribiendo y pensaba publicar, pero después de todo lo que me pasó tras encargar aquella hamburguesa, vi claro que la historia que debía contar era una que explicase todo lo que me sucedió a partir de aquel momento. Esa otra novela nunca verá la luz, o al menos no como yo tenía previsto que fuera. No llegué a terminarla, y hacerlo ahora me parece que ya no tiene ningún sentido. Era, de algún modo, una continuación más o menos directa de la ficción que inventé para Twitter, y por tanto contenía elementos muy reconocibles de aquella historia. Estaba presente el tema del doble, pero también otros que recordarás si la leíste, como la habitación 328, el otro hotel, el mensaje escrito en un rollo de papel higiénico o el famoso bollo. También la camiseta que me desaparecía al comienzo de la historia, la misma que no encontré al volver de aquella primera visita a casa de Alicia.

Es una camiseta cualquiera que fotografié para incluirla dentro del relato de mis misteriosas vacaciones. Ya ni recuerdo dónde la compré, aunque llegué a cogerle cariño. Después de aquel verano volví a ponérmela en alguna charla por hacer la broma. La gente que me veía con ella lo celebraba porque era como encontrarse con el otro Manuel, el que en la historia que conté en Twitter me robaba la camiseta y luego terminaba suplantándome. Aquella noche, antes de salir hacia casa de Alicia, la encontré en la caja que contenía el pollo de goma, la chistera y todo lo demás. La vi nada más abrirla, pero al regresar a casa me di cuenta de que no recordaba haberla guardado junto con el resto del atrezo. Lo comprobé y así era, de modo que en vez de sentarme a escribir un rato o continuar abriendo cajas, me dediqué a recorrer la casa buscando la camiseta, tal

y como minutos antes Alicia había recorrido su salón en busca del libro que quería regalarme pero no llegó a encontrar. El resultado de mi búsqueda también fracasó, pero me fui a la cama sin darle demasiada importancia. Quizá había visto mal y en realidad la camiseta no estaba allí dentro. Seguramente estaría en otra caja, guardada junto a otras camisetas. O tal vez sí que estaba allí pero al sacarla se me cayó en algún sitio que en aquel momento no conseguía adivinar, ya aparecería en cuanto pusiera un poco de orden. Porque era ridículo pensar que alguien había entrado en mi casa a robarme la camiseta mientras estaba cenando con Alicia, ¿verdad?

—¿Tú eres el tío de Twitter?

Pues sí, lo soy. Manuel Bartual, el papá de Alex y el tío de Twitter: tres nombres para la misma persona. Pero a diferencia de los dos primeros, que son para toda la vida, el último es algo pasajero. Vamos, estoy seguro. Es la ley de internet, donde nada es para siempre y lo raro es que algo esté de moda más de veinticuatro horas. De hecho, me sorprende que en aquel momento todavía siguiera siendo el tío de Twitter. Que nadie hubiera aparecido para reclamarme el título.

Para el técnico de la compañía telefónica que vino a instalar la fibra óptica yo era «el tío de Twitter». Habían pasado un par de días desde mi cena con Alicia, y aparte de avanzar un poco con la novela, también había organizado buena parte de la mudanza. El salón ya estaba algo más despejado y las estanterías comenzaban a llenarse, pero como siempre pasa en estos casos, las zonas por donde ya se podía pasar sin problema eran precisamente las que el técnico no necesitaba para realizar la instalación. Así que, mientras apartábamos cajas de una pared, me hizo la pregunta y yo le contesté que sí. Soy el tío de Twitter. Y luego me explicó que a él no se la colé, que, bueno, al principio un poco sí, pero que enseguida se dio cuenta de que todo lo que estaba contando era mentira. Le pregunté si a pesar de no habérsela colado siguió leyendo, y me dijo que sí. Que se lo pasó muy bien. Aunque fuera mentira.

Uno de los motivos por los que tengo la fobia absoluta a las mudanzas de la que te hablaba antes no tiene que ver con la mudanza en sí, sino con todos los trámites y papeleos por los que has de pasar. Hay algunos relativamente sencillos, como puede ser empadronarte en el nuevo domicilio, pero tramitar altas y bajas me agota. Con las altas, si tienes suerte, el técnico aparecerá en tu casa el día indicado a la hora acordada para instalarte el servicio que has escogido. Para las bajas, en cambio, no queda otra que armarse de valor y mucha paciencia. Ninguna compañía te va a poner fácil una baja, aunque les expliques que la solicitas porque ya no vas a vivir en esa casa y además acabas de cerrar un contrato nuevo para otro domicilio con su misma empresa.

Siempre que me toca pasar por esto me acuerdo de *Las doce pruebas de Astérix*, una película de animación que de pequeño veía a menudo y que supuso mi primer contacto con los aburridos protocolos del mundo adulto. Una de las pruebas a las que hace alusión el título consiste en conseguir un documento en un edificio lleno de funcionarios. La prueba se termina convirtiendo en una sátira del funcionamiento de la burocracia, con el pobre Astérix subiendo y bajando pisos de ventanilla en ventanilla hasta prácticamente volverse loco. Dar

de baja la línea telefónica del anterior piso me estaba recordando mucho a esa prueba. A punto estuve de desistir, pero, claro, una cosa era dejarle al siguiente inquilino unas cuantas estanterías que pudiera utilizar y otra pagarle también el teléfono todos los meses. Se lo comenté al técnico mientras agujereaba mis nuevas paredes para pasar de un lado a otro el cable de la fibra óptica, pero su respuesta fue la que me podía esperar: que él era un *mandao*. Seguramente lo mismo que yo habría dicho si fuera él. Así que hice lo que suelo hacer en estos casos, que es pensar que al menos Astérix lo pasó peor que yo. Yo por lo menos no estaba volviéndome loco.

Al rato, ya solo en casa y con conexión recién estrenada, abrí mi portátil y busqué mi nombre en Google. Llevaba un par de días sin prestarle mucha atención a internet y fue lo primero que hice, sin apenas pensarlo. Aquellos días solía buscarme a menudo. También ahora, aunque por diferente motivo. Seguro que tú también te buscas de vez en cuando, o al menos has llegado a teclear tu nombre en el buscador alguna vez. De hecho, no te fíes de quien te diga que no se busca en Google. Porque seguro que lo hace. Si te dice que no, es que está ocultando algo.

Yo no tengo nada que ocultar: lo hacía porque me gustaba estar al tanto de cómo quedaban las entrevistas a las que contestaba. Cuando eran por escrito, no tenía mucho miedo porque sabía perfectamente lo que estaba escribiendo, y aunque el periodista editase luego el texto, era raro que acabara expresando algo que no quisiera decir. Pero si las preguntas me las hacían por teléfono, ya era otra cosa. Siempre me quedaba con la sensación de no haberme explicado bien, de que se perderían matices en la transcripción o incluso terminaría pareciendo que decía algo completamente opuesto a lo que quería decir. O que iba a parecer idiota. Me ha pasado alguna vez. En realidad, más que alguna, hasta seis o siete veces. Las fui contando y llegué a apuntar las peores respuestas en una libretita en cuya primera página escribí: «Manuel el idiota». Y debajo de «Manuel el idiota», mi caricatura con media lengua fuera y cada ojo mirando para un lado. Por eso buscaba mi nombre en Google. Cuando leía una entrevista que no me gustaba, tomaba nota mental de las cosas en las que debería insistir la siguiente vez que me llamase un periodista para transmitirle mejor lo que quería decir, facilitarle su trabajo y así ahorrarme disgustos.

Esa mañana, como resultado de la búsqueda, apareció un resultado que no conocía. Era una breve entrevista con el titular «Se fue un hombre, volvió un meme». Pinché en el enlace y me fijé en la fecha: se había publicado hacía apenas cuatro horas. En su introducción se podía leer un resumen de la historia que conté el verano pasado en Twitter, una breve presentación sobre quién es Manuel Bartual y el motivo por el que el periodista había decidido

entrevistarme, que era para hablar de todo aquel fenómeno con la perspectiva que dan los meses que habían pasado y todo en lo que había derivado. Y no dudo que esa fuera su intención, pero lo cierto es que las preguntas no eran muy diferentes de las que ya me hacían antes de contar con esta perspectiva. En las respuestas, por tanto, no digo nada que no hayas podido leer antes, pero es importante que las leas con atención. Voy a transcribirte todas sus preguntas y mis respuestas, la entrevista completa. No es muy larga. Y no voy a cambiar nada. Ni una coma.

PREGUNTA.— Manuel, me gustaría que nos centrásemos en lo que terminaste titulado «Todo está bien», la historia de tus misteriosas vacaciones veraniegas, como tú mismo sueles decir. Ahora que ha pasado ya algún tiempo, ¿cuáles crees que son los motivos por los que tuvo tal repercusión?

RESPUESTA.— Creo que son varios, pero uno fundamental, seguramente el más importante, fue el manejo de los tiempos. Ahora que todos nos hemos acostumbrado a consumir cualquier ficción cuando nos apetece, sin que nadie nos imponga un ritmo ni un horario concreto, enfrentarse a una historia que no controlas de ningún modo generó mucho enganche. Cuando ves una película sabes cuál es su duración, y con una serie o un libro pasa algo parecido, ya conoces de antemano cuántos capítulos o páginas tienes por delante. Quien siguió mi historia a la vez que la escribía, en cambio, no supo en ningún momento cuándo publicaría cada nueva entrega ni tan siquiera en qué momento iba a terminar.

P.— ¿Imaginaste alguna vez que pudiera llegar a tanta gente?

R.— No, imposible. Ni yo ni nadie. Fue maravilloso que esto pasara. Siempre he pensado que una historia no termina hasta que llega al que la consume, de modo que, por decirlo de otra manera, cuanto más público la reciba más grande acabará siendo esa historia. Más interpretaciones recibirá. Nunca imaginé que algo que contase pudiera llegar a tener tanta difusión, me siento muy agradecido.

P.— ¿Tenías ya todo previsto de antemano o fuiste improvisando? ¿Influyeron de algún modo los comentarios de la gente que te iba leyendo?

R.— Antes de comenzar a publicar la historia sabía cómo comenzaba y cómo terminaba, y los puntos importantes por los que debía pasar. Lo tenía todo organizado en una escaleta, un breve esquema donde anoté qué pasaba cada día y en qué momento concreto. Pero dejé algunas partes sin concretar para poder improvisar e introducir detalles a la trama que venían sugeridos por todos esos comentarios que me iban llegando. De este modo se convirtió en un relato más vivo, en una historia, hasta cierto punto, interactiva.

P.— ¿Qué fue lo que más te sorprendió? Cada nueva actualización generaba miles de comentarios y mucha participación.

R.— Probablemente esto mismo, lo entregada que se mostró la gente que fue siguiendo la historia, y todos los montajes fotográficos, vídeos y hasta canciones inspiradas en lo que fui contando. Fue una auténtica locura, imagínate que te hubiera pasado a tí, que estando de vacaciones, de la noche a la mañana, internet comenzase a llenarse de imágenes con tu cara pegada por todas partes. Suelo bromear diciendo que quien se fue de vacaciones fue un hombre, pero el que volvió era un meme.

P.— Hubo mucha gente que siguió la historia pensando que lo que contabas era cierto. ¿No te dio miedo pensar en las reacciones que suscitaría la confesión de que todo lo que habías contado era mentira?

R.— En realidad, no era una mentira. La historia que conté era eso, una historia, una ficción. Fue tan mentira como puede serlo cualquier novela, película o un capítulo de tu serie favorita. Una mentira se cuenta cuando se pretende ocultar algo o engañar a alguien. Yo no estaba haciendo ni una cosa ni la otra, tan solo me dediqué a narrar una historia que buscaba entretener a la gente que la siguiera. La única diferencia respecto a otras ficciones es que el

medio que utilicé para desarrollarla es uno cuyo uso mayoritario no es el de contar historias de ficción. Pero no hay ninguna regla escrita sobre lo que puedes hacer o no en Twitter. Eso es lo divertido.

P.— Por último, visto con perspectiva, ¿con qué te quedas de todo lo que ha sucedido a raíz de tu relato en Twitter?

R.— Con el impacto que ha tenido en la gente. He recibido decenas de mensajes de personas muy agradecidas, diciéndome que a raíz de leer esa historia se han animado a escribir las suyas propias. También se han puesto en contacto conmigo escritores y guionistas para comentarme que han comenzado a plantearse otros canales para narrar sus ficciones lejos de los medios tradicionales. De repente se han dado cuenta del potencial que tiene internet como vehículo para narrar historias. Y en lo profesional, me quedo con todas las puertas que aquello me acabó abriendo, puertas a las que ni se me hubiera ocurrido llamar antes de que todo esto pasase. Me hace muy feliz que además haya sucedido gracias a esto. Si lo hice, fue simplemente por el placer de contar una historia.

Hasta aquí la entrevista. Como decía, muy parecida a otras a las que ya he contestado. Es algo habitual. A menos que el periodista decida profundizar, ya sea porque quiera hacer algo diferente o porque disponga de espacio, lo normal es que todo el mundo te pregunte las mismas cuatro cosas importantes que han de aparecer siempre. Estoy acostumbrado. Cuentan con que quien lea su medio no tiene por qué estar leyendo todos los demás, de modo que la noticia abordada en formato de entrevista ha de quedar bien explicada a través de las respuestas.

Una vez vi que el dibujante Mauro Entrialgo, para ahorrarse tiempo, tenía una sección de preguntas frecuentes en su página web. Cuando recibía alguna pregunta de este tipo, respondía con un enlace al apartado de la web que ya incluía la respuesta correspondiente. Yo podría haberlo hecho también. Realmente ni tan siquiera habría sido necesario, porque a poco que hayas leído dos o tres de las entrevistas a las que he contestado desde el verano pasado, tú mismo podrías responder a cualquier periodista. Confeccionar tu propio monstruo de Frankenstein cogiendo respuestas de aquí y de allá. Tengo amigos que llegaron a bromearme con esto, diciéndome que si en algún momento me cansaba les pasase el teléfono, que ya seguían ellos. Cualquiera podría hacerlo.

Y aquí es adonde quería llegar.

A que esa entrevista no la contesté yo.

Quiero decir, no es que no recuerde haberlo hecho. Me ha pasado a veces, responder preguntas sin saber con qué medio estoy hablando, por puro despiste o simple acumulación, pero luego, cuando la veo transcrita, recuerdo perfectamente el momento en que la respondí. En esta otra, en cambio, estaba convencido de no haber intervenido. Y hay un detalle que me hace estar completamente seguro.

Hay dos formas de responder a una entrevista. Puedes hablar con el periodista, ya sea en persona o por teléfono, y también puedes hacerlo por escrito, solicitando que te envíe las preguntas. Yo suelo preferir esto último por

lo que te explicaba antes de controlar lo que digo, pero cuando el periodista es bueno y tú tienes el día inspirado, ninguna entrevista por escrito puede superar el efecto que produce la transcripción de una buena conversación. He leído muchas entrevistas en mi vida y es algo que a estas alturas no me resulta difícil reconocer: cuándo estoy leyendo algo cuyo entrevistado respondió de viva voz o lo hizo por escrito. La entrevista que acabas de leer es claramente de las segundas. La mayor pista es que no hay diálogo, los temas que van surgiendo durante las respuestas no se retoman luego en las preguntas. Son disparos del periodista que el entrevistado, sea quien sea, porque no era yo, ha ido recibiendo sin posibilidad de devolverlos. Y siendo así, siendo algo que muy evidentemente se ha contestado por escrito, no puede haber salido de mi teclado porque tiene un *ti* acentuado.

Fíjate, está ahí. En la cuarta respuesta.

Me duele la vista solo de verlo. He sufrido al transcribirlo. Se me puede escapar alguna letra de sitio alguna vez, por culpa de las prisas con las que haya podido escribir algo, pero nunca, jamás, verás que acentúe un *ti*. Porque *ti* no se acentúa. No tiene ninguna otra acepción o función que la de pronombre personal, y no forma parte de los pocos monosílabos que pueden estar acentuados para diferenciarlos de sus homófonos, como pasa con *tu* y *tú*, *de* y *dé* o *si* y *sí*. La ortografía es una de mis obsesiones, y una de sus consecuencias es que siempre escribo *ti* correctamente. Tampoco es que haya sido siempre así. De chaval era bastante descuidado, pero recuerdo con claridad el día en que me di cuenta de que para qué escribir mal pudiendo escribir bien. El razonamiento fue ese mismo, tan simple y tan sencillo como eso. Una cosa supone prácticamente el mismo esfuerzo que la otra. Por eso lo paso fatal cuando veo algún *ti* con acento. Son mi kryptonita. Así que imagínate los sudores fríos que me entraron al verlo ahí, asociado a una respuesta mía. Casi me preocupó más esto que la posibilidad de que hubiera alguien suplantándome.

Así que busqué el correo electrónico del periodista responsable de esa entrevista para hacerle unas preguntas. Y luego, tiempo después, cuando comencé a escribir este otro libro, el que estás leyendo ahora, le volví a contactar y le pedí permiso para reproducir nuestra primera conversación. Me dijo que no había problema, pero que prefería permanecer en el anonimato. Y que tampoco dijera en qué medio se publicó la entrevista.

De: Manuel Bartual

Para: PERIODISTA QUE PREFIERE
PERMANECER EN EL ANONIMATO

Asunto: Hola :)

Hola, PERIODISTA QUE PREFIERE
PERMANECER EN EL ANONIMATO:

Soy Manuel Bartual, y esta pregunta igual te suena un poco rara, pero allá va: ¿me podrías decir cuándo me contactaste para la entrevista que acabas de publicar? Te la contesté por escrito, ¿verdad?

Un saludo.

De: PERIODISTA QUE PREFIERE
PERMANECER EN EL ANONIMATO

Para: Manuel Bartual

Asunto: RE: Hola :)

¡Hola Manuel!

Sí claro. Me contestaste por escrito, ayer por la noche. Perdona que no te respondiera, me pillaste con lío tío. Gracias por la rapidez!

Las preguntas te las envié hace un par de días. Te pregunté primero si podía llamarte porque las entrevistas que hago para MEDIO QUE PREFIERE NO SER CITADO me gusta hacerlas por teléfono, pero me dijiste que mejor te las chutase al mail.

Qué preguntas más raras, ¿no? ¿Todo está bien? Jajajaja ;)

Un abrazo tío.

De: Manuel Bartual

Para: PERIODISTA QUE PREFIERE
PERMANECER EN EL ANONIMATO

Asunto: Re: RE: Hola :)

¡Gracias por las respuestas!

¿Me escribiste a mi correo o a otro? Perdona que insista con esto.

Un abrazo grande.

De: PERIODISTA QUE PREFIERE
PERMANECER EN EL ANONIMATO

Para: Manuel Bartual

Asunto: RE: Re: RE: Hola :)

Jajajajajaaaaajajja

¿Estás de coña o qué?

De: Manuel Bartual

Para: PERIODISTA QUE PREFIERE
PERMANECER EN EL ANONIMATO

Asunto: Re: RE: Re: RE: Hola :)

Perdona, PERIODISTA QUE PREFIERE PERMANECER EN EL ANONIMATO, ya sé que suena todo muy raro, pero no es una broma. Es que no recuerdo que me contactaras ni haberte respondido a ninguna pregunta. Por eso te estoy preguntando ahora por todo esto. ¿Puedes

haber mantenido. Quería tener una copia impresa por si esa conversación desaparecía de mi correo. Conservar una prueba. Tener algo en papel que demostrase que aquello había sucedido. La reproduzco a continuación:

De: PERIODISTA QUE PREFIERE
PERMANECER EN EL ANONIMATO

Para: Manuel Bartual

Asunto: Entrevista!!!

¡Hola Manuel!

Soy PERIODISTA QUE PREFIERE PERMANECER EN EL ANONIMATO y trabajo para MEDIO QUE PREFIERE NO SER CITADO.

Me gustaría entrevistarte sobre la que liaste en verano ahora que ha pasado ya algún tiempo :)))

¿Cómo lo ves?

¿Te va bien si te llamo?

¿Me puedes pasar tu teléfono?

¡GRACIAS!!

De: Manuel Bartual

Para: PERIODISTA QUE PREFIERE
PERMANECER EN EL ANONIMATO

Asunto: Re: Entrevista!!!

Hola, PERIODISTA QUE PREFIERE PERMANECER EN EL ANONIMATO:

Claro, cuenta con ello.

Tan solo una cosa: ¿te importa si en vez de por teléfono me envías las preguntas y te las contesto por escrito? Me viene mejor que lo hagamos así. Espero que no te importe.

Un saludo.

De: PERIODISTA QUE PREFIERE
PERMANECER EN EL ANONIMATO

Para: Manuel Bartual

Asunto: RE: Re: Entrevista!!!

Claro claro! Como tú prefieras!

Dame un ratillo y te las envío. He leído por ahí que estás escribiendo un libro... en MEDIO QUE PREFIERE NO SER CITADO me dicen que hablemos de esto

¿te parece bien si te pregunto también por el libro???

¡Ya me dices! GRACIAS!

De: Manuel Bartual

Para: PERIODISTA QUE PREFIERE
PERMANECER EN EL ANONIMATO

Asunto: Re: RE: Re: Entrevista!!!

Gracias, envíame cuando quieras tus preguntas.

Prometo no tardar en contestarlas.

Pero prefiero que no hablemos del libro, espero que no te importe.

Un saludo.

Pues claro que prefería no hablar del libro.

Porque no tenía ningún libro del que hablar.

Si mi sospecha era cierta, si se trataba de un hacker que se había colado en mi cuenta de correo, allí no pudo encontrar nada sobre la novela que estaba escribiendo. En aquel momento tan solo existía una copia de aquello y en ningún momento había salido de mi portátil. Debería de haber tenido acceso al ordenador para saber de qué trataba, algo que por entonces tan solo sabían mis editores. Pero ni tan siquiera ellos habían leído una sola palabra.

En cierto modo, me da un poco de pena no haber terminado de escribir esa historia. Creo que podría haber sido una buena novela. El protagonista era yo, pero mi protagonismo quedaba definido por mi ausencia. No llegaba a aparecer en ningún momento, pero en todos los capítulos se acababa hablando de mí de un modo u otro. En aquella novela, a diferencia de lo que estoy haciendo ahora, que es contarte todo tal y como sucedió, la idea era relatar elementos de mi realidad y convertir a personas cercanas en personajes de la historia. El punto de partida era también el relato que conté en Twitter el verano pasado, y el tema principal era cómo le podía llegar a cambiar la vida a alguien de la noche a la mañana un éxito de esa magnitud. Al menos, eso parecía a lo largo de sus primeras páginas, antes de que algunos capítulos comenzasen a estar protagonizados por personajes de aquella otra ficción, como la recepcionista del hotel en el que me alojé o incluso el hombre alto que me encontraba al comienzo de esa historia, recuperando y continuando los temas y muchos de los elementos del relato veraniego. Era una forma de retorcer y jugar con los límites entre realidad y ficción que me parecía que podía funcionar, pero antes de que comenzasen a suceder cosas raras, todo lo que contaba podía pasar por cierto.

El primer capítulo, por ejemplo, lo protagonizaban Paco, David y Carlos, los amigos con los que solía quedar a comer algún día todas las semanas. Era una escena que transcurría durante una de esas comidas, y para escribirla imaginé lo que podían haber estado comentando si hubieran quedado mientras yo estaba publicando aquella historia en Twitter. A David le apasionan los fenómenos paranormales, así que aunque le parecía evidente que nada de aquello me estaba pasando porque me conoce, una parte de él quería pensar que sí. Que yo estaba viviendo una historia fantástica. David quiere creer.

Otro capítulo lo protagonizaba César, el amigo librero al que le vendí parte de mi colección en la mudanza. Poco después del final de mi historia decidía dedicar un espacio de su librería a algunos de mis libros favoritos bautizándolo como *La biblioteca de Manuel*, una especie de sección en homenaje a su cliente

más ilustre. O por lo menos, aquel que de repente había comenzado a aparecer en todos los medios. Fue un capítulo divertido de escribir porque César tiene un rasgo muy característico: se ríe de una forma peculiar, como si estuviera leyendo *jajaja* cada vez que ríe, haciendo mucho énfasis en cada *ja* que pronuncia. Las risas siempre suenan raras cuando las trasladadas a palabras en una novela, pero si hubieras leído cada *jajaja* del César de ficción solo tendrías que haber pronunciado esos *jajaja* en voz alta para imaginarte al César real.

También aparecía mi madre. En su capítulo mantenía una conversación telefónica conmigo, pero lo único que redacté eran sus intervenciones, sin mis réplicas. Como si hubieras estado cerca de ella mientras realizaba la llamada. Me decía que estaba muy feliz, pero también muy preocupada por cómo iba a manejar todo lo que me estaba pasando, que es algo que define bien a cualquier madre o, por lo menos, de manera especial a la mía: nunca se detiene a recrearse en el lado bueno de las cosas, siempre se anticipa a sus posibles consecuencias negativas antes que nadie. Por precaución.

Este tema estaba muy presente también en el capítulo protagonizado por Alba. Se iba unos días fuera, a casa de sus padres, porque a raíz de todos los cambios que nos estaba tocando afrontar habíamos acabado discutiendo y decidíamos que lo mejor iba a ser darnos un tiempo. Es el capítulo que estaba escribiendo aquellos días de mudanza y también el que más me estaba costando redactar, aunque paradójicamente fuera el único donde apenas tuve que inventarme nada.

No pensaba hablarte de esto, pero da igual.

He de confesarte que no he sido completamente honesto antes, cuando te hablaba del motivo por el que Alba se fue a Suiza mientras yo me quedaba en Madrid.

No sé si a ti también te pasa de manera habitual o al menos lo has sentido alguna vez, pero yo siempre he vivido con la sensación de que me van a pillar. De que un día alguien llamará a mi puerta para decirme: oiga, alto ahí, le hemos descubierto, deténgase, sabemos que no tiene ni puñetera idea de lo que está haciendo, deje de disimular. No sé si entiendes a qué me refiero. Te pongo un ejemplo: poco después de terminar de estudiar encontré trabajo en Madrid, así que dejé Valencia para mudarme a la capital. Fue una etapa muy emocionante porque supuso un enorme punto y aparte en mi vida: el comienzo de la vida adulta. Así solía referirme a esos días cuando me preguntaban, respondiendo siempre con una voz como de señor mayor. Se acabó vivir bajo el techo de mis padres, ahora los techos serían otros y sería yo quien decidiría cómo, cuándo y dónde estarían. Al menos, mientras pudiera pagarlos. En eso consiste hacerse mayor, en facturas que pagar. Mientras las pagues, tienes libertad absoluta para

decidir qué hacer con todo el tiempo que no dedicas a conseguir el dinero del que obligatoriamente has de desprenderte a lo largo del mes. Es a la conclusión a la que llegué al poco de estar viviendo lejos de casa de mis padres, pero hasta entonces mi sensación era la de que alguien me iba a pillar. La de no saber muy bien qué estaba haciendo. Como si a alguien se le hubiera olvidado explicarme en qué consistía exactamente eso de hacerte mayor y terminar tus estudios y comenzar por fin con tu vida, qué cosas debías tener en cuenta y qué había que hacer para no fastidiarla a lo grande. Estaba lo de pagar las facturas, de acuerdo, pero tenía que haber algo más. No he llegado a desprenderme de esa sensación nunca, al menos no completamente, pero aquellos primeros días en Madrid me sentía como el protagonista de *El gran héroe americano*, una serie de televisión que veía de pequeño. En ella unos extraterrestres le entregaban a un humano un traje con capa que le otorgaba superpoderes, pero perdía su manual de instrucciones y no sabía muy bien cómo usarlo. Ese era yo entonces. El gran héroe madrileño.

De cómo enfrentarte a la paternidad y salir victorioso, por suerte, sí que hay muchos manuales. Alguno hasta con este mismo título, seguramente. Pero da igual, porque nada de lo que leas te prepara para aquello en lo que se convierte tu vida cuando de repente, de un segundo a otro, tienes una vida a tu cargo. No hay forma de estar mentalizado para eso. Si el desconcierto cuando me mudé a Madrid fue grande, el que sentí cuando tuve a Alex por primera vez en mis brazos fue absoluto. La emoción de aquella experiencia también se multiplicó proporcionalmente, claro. Tener un hijo es una pasada y todavía más si el que tienes es uno como Alex, que no puede ser más guapo y más fenomenal. Es probable que hayas oído a otros padres decir esto mismo de sus hijos, pero no te lo creas siempre. Algunos no son demasiado objetivos. De mí te puedes fiar, recuerda que estoy tratando de ceñirme a la verdad. Y la verdad es que quizá nos precipitamos. No con Alex, que lo tuvimos cuando sentimos que era el momento, sino con la mudanza. Quizá no era tan urgente mudarnos a un piso más grande, sobre todo cuando no sabíamos muy bien cómo íbamos a hacer frente a todos los nuevos gastos que iba a suponer ese piso más caro y a todos los pañales y potitos y ropa y mil cosas más que suponen para tu economía tener un hijo. Podríamos habernos apañado con el piso en el que estábamos, ahorrar algo de dinero o buscar algún trabajo extra y entonces sí, con Alex un poco más mayor, buscar una casa mejor para los tres. Pero da igual. El pasado es el que es y, por suerte, encontramos la manera de liquidar todas esas nuevas facturas que iban llegando a esa nueva fase de nuestra vida adulta. Ya te puedes imaginar: las ofertas laborales que conseguí a raíz de mi éxito en Twitter fueron nuestra salvación. Era muchísimo más trabajo que sumar al que ya teníamos, pero de

algún modo respiramos tranquilos.

Lo malo es que los problemas no tardaron demasiado en llegar.

Ponte en nuestro lugar. Un hijo recién nacido, una mudanza que gestionar e infinidad de nuevo trabajo que asumir. Enfrentarse a cualquiera de estas tres cosas por separado puede poner a cualquiera de los nervios, así que imagínate todas a la vez. Si estuviera escribiendo este libro hace un par de años, es muy probable que te hubiera hablado de Alba y de mí diciendo que éramos una pareja muy tranquila, y eso es lo que no tardamos en echar de menos, esa tranquilidad que tanto nos caracterizaba y con la que disfrutábamos. Nuestra vida programada, sin imprevistos laborales en el horizonte ni de ningún otro tipo que sacudan tu día a día. Resulta difícil mantener la cabeza fría cuando la vida te supera, sobre todo cuando ni tan siquiera consigues reconocerte en esa vida y sientes, más que nunca, que no tienes ni remota idea de qué estás haciendo. Que te van a pillar. Es algo que estuvimos hablando una noche, mientras tratábamos de entender los detonantes exactos de aquellas discusiones que hasta entonces no habíamos tenido nunca. Tanto cambio junto nos tenía muy perdidos. Confiábamos en que tan solo iba a ser cuestión de tiempo, que solo necesitábamos adaptarnos a toda aquella nueva vida y su funcionamiento, pero sin nada que indicase que fuera a suceder a corto plazo, darnos un pequeño descanso de quince días nos podía sentar bien. Bromeábamos con reencontrarnos pasadas dos semanas y presentarnos de nuevo, como si fuera la primera vez que nos veíamos. Hola, Alba. Qué tal. Me llamo Manuel Bartual. ¿Este hijo es nuestro? Qué bien. Pasa y ponte cómoda. Bienvenida a nuestra nueva vida.

También te diré que desde que fui a despedirlos al aeropuerto no dejé de pensar en ella ni en Alex en ningún momento. Los quiero más que a nada en el mundo, que es una frase muy cursi y muy manida, pero si ha llegado a serlo a fuerza de repetirse es porque resume una gran verdad, y por tanto es fácil recurrir a ella. Era, además, la primera vez que me iba a separar de Alex, y dos semanas nada menos. En dos semanas un bebé cambia tanto que le puede salir hasta bigote. Y la desconexión iba a ser total, ya que la abuela de Alba vivía en un pequeño pueblo situado entre dos montañas, sin cobertura ni conexión a internet ni nada que se le parezca. Viajar hasta allí era como viajar al pasado.

Mientras estaban fuera me propuse avanzar todo lo que pudiera con la mudanza. Ya que estábamos tratando de entender cómo hacer para que todo funcionase de nuevo, tener listo cuanto antes un nuevo escenario donde hacerlo podría ayudar a resolver un poco nuestra situación. Lo imaginaba perfectamente: que viajasen de Suiza a un nuevo hogar. Mi cabeza no paraba quieta pensando en ello, y por si esto fuera poco pitote, de repente ahí estaba el hacker. Seguramente había sido algo puntual que no se iba a repetir, o al menos eso quise pensar

cuando me encontré con aquellos mensajes en el portátil. Alguien de quien nunca más volvería a saber se había colado en mi correo y para hacer la gracia había jugado a suplantarme, pero, la verdad, habría agradecido que se comportase como un hacker hecho y derecho y se hubiera dedicado a robarme el número de alguna tarjeta de crédito. Eso lo habría entendido. Lo que me costaba comprender era qué pretendía respondiendo aquella entrevista, por qué lo había hecho.

Y si esto te parece tan raro como a mí, prepárate para flipar.

Al día siguiente recibí una llamada por la noche, de un teléfono que no tenía almacenado en la agenda del móvil pero cuya combinación de números me resultó familiar. Descolgué y escuché:

—Papá de Alex, eres muy famoso.

—Eh... ¿quién eres?

—¿Tú quién crees?

—¿Alicia?

—Pues crees bien. Qué pasada. ¿Por qué no me contaste nada el otro día?

—¿De lo de Twitter?

—¿Tú qué crees?

—Vale, vale. Tampoco te pongas borde.

—No me pongo borde, es que estoy flipando.

—¿Cómo te has enterado?

—Pues esa es la cosa, que me he enterado porque me lo he contado yo misma. Flipa.

—No te entiendo.

—No, ya. Normal. Ni yo lo entiendo muy bien, no te creas. ¿Has cenado ya?

—No, estoy aquí, abriendo cajas.

—Vale. Pues sigue abriéndolas. Compró algo de cenar y voy a tu casa, y así te devuelvo el favor. Te devuelvo el favor y te explico todo. ¿Te parece bien?

—Sí, vale. ¿Te digo la dirección?

—No. Tengo buena memoria. Chau.

Lo que Alicia me contó al llegar a mi casa es que acababa de tener una conversación bien extraña con una amiga. Había quedado con ella para tomar un café y despedirse en persona antes de su mudanza a Berlín, pero cuando empezaron a hablar, la sensación de Alicia era la de estar viendo el final de temporada de una serie tras saltarse sin darse cuenta los capítulos inmediatamente anteriores. La amiga de Alicia le hacía referencia a cosas que no habían comentado nunca, y cuando le pidió que le concretara cuándo y dónde habían mantenido esas conversaciones, su amiga le dijo que esa misma semana a

través de Twitter.

La cosa es que Alicia no utiliza apenas sus redes sociales, y le basta con estar ocupada para apagar el teléfono y olvidarse por completo de ellas. Esa era su situación en aquel momento, con la traducción de un libro cuya fecha de entrega tenía a la vuelta de la esquina y todo el lío de su mudanza a otro país. Así que al volver a casa encendió su ordenador, tecleó la dirección de su Twitter y, efectivamente, allí estaba aquel cruce de tuits con su amiga en el que hablaban, entre otras cosas, de la historia de mis misteriosas vacaciones. Tanto Alicia como su amiga lo comentaban como dos lectoras más que meses después habían recordado aquello. Era la propia Alicia quien sacaba el tema. Así que de esta manera fue como Alicia descubrió que el papá de Alex era Manuel Bartual y, ya de paso, qué era lo que había hecho famoso a aquel señor, gracias a una conversación firmada con su propio nombre que ella nunca había mantenido.

No entendía nada, claro. Ella no había escrito nada de eso, así que solo había una explicación: alguien le había hackeado la cuenta.

Sí, ya sé. Yo también flipé, por eso te he avisado de que a ti te iba a pasar lo mismo. ¿Qué probabilidad existía de que tanto a Alicia como a mí nos hubieran hackeado en el mismo plazo de tiempo? Si no te parabas a pensarlo mucho, podías concluir que la persona que se encontraba tras ambos hackeos podía ser la misma, porque, claro, fíjate: estaríamos hablando de alguien que se había dedicado a suplantarnos para simplemente contestar a una entrevista y mantener una conversación por Twitter, en ambos casos interpretando a la perfección el papel del suplantado. Y ya está. Nada más. Ni robo de ningún tipo ni nada. A simple vista, parecía el mismo patrón. El problema es que si así fuera, se me escapaba cuál era la conexión entre Alicia y yo que había propiciado esto. Quiero decir: nos acabábamos de conocer, no es como si fuéramos dos amigos de toda la vida a los que un tercero, amigo o no, decidiera gastarles una broma o una putada o lo que sea. Ahí faltaba algún tipo de conexión entre ella y yo, y hay un detalle que me hizo pensar que tras la suplantación de identidades se debían de encontrar dos personas que nada tuvieran que ver la una con la otra: en mi caso, mi contraseña seguía siendo la misma, pero la de Alicia la habían cambiado. No solo eso: solicitó recuperarla pero no recibió en su correo ningún enlace para hacerlo, de modo que quien se había colado allí había aprovechado también para cambiar la dirección de correo electrónico asociada a su cuenta. Es por esto mismo por lo que vino a hablar conmigo, porque pensó que podría ayudarla hablando con la gente de Twitter para que le devolvieran el acceso. Le dije que claro, que mañana mismo lo haría. Ya era tarde para llamar, así que mientras cenábamos utilizando un par de cajas como improvisados asientos, nos preguntamos qué preferíamos pensar: si detrás de lo que nos acababa de pasar se

encontraba la misma persona o si eran dos diferentes.
Es que vaya movida.

Me gustaría poder contarte que la noche acabó allí, con Alicia y conmigo cenando en mi todavía no demasiado ordenada casa. Que nos despedimos deseándonos de nuevo toda la suerte del mundo con nuestras respectivas mudanzas, casi como una broma privada recurrente que decidiéramos instaurar, pero no. Aquella cena fue tan solo el comienzo de una noche muy larga.

—Oye, ¿te importa acompañarme a casa?

—Pero ¿no decías que este barrio era muy tranquilo?

—Sí. Lo es por el día, y mucho más por la noche. Por eso me da un poco de miedo caminar sola a estas horas por estas calles. Si me pasa algo, ¿qué?

Entendí perfectamente a Alicia. Había caminado por allí mismo hacía tan solo un par de noches, más o menos a esa misma hora, cuando volví de su casa. Y pensé algo parecido a lo que me estaba diciendo. Todos hemos visto demasiadas películas de suspense como para que asociemos noche, calle vacía y el sonido de tus pasos a problema inminente. El cine les ha dado muy mala fama a los paseos nocturnos. La enorme mayoría de las veces no pasa nada, pero si pasa algo, qué. Así que recogimos los restos de la cena y fuimos para allá, hacia su casa, conversando animadamente para estropear con toda la intención el silencio más absoluto que nos rodeaba.

Alicia aprovechó para confesarme algo. Había otro motivo por el que mudarse a Berlín le parecía buena idea, más allá de no convertir su relación con Santi en una relación a distancia que seguramente acabaría regular: su ambiente familiar no era demasiado bueno desde hacía algún tiempo, y aunque había hecho esfuerzos por remediarlo, se encontraba en un punto en el que poner varios países de distancia con su familia era la mejor solución que podía imaginar. Tampoco me explicó mucho más aparte de mencionar a su madre, a su hermana y un asunto de envidias. Yo no quise preguntarle porque parecía un tema demasiado personal, así que zanjé la conversación prometiéndole que en cuanto hablase con la gente de Twitter le contaría lo que me dijese. Nos despedimos, y en cuanto entró en su portal comencé a recorrer el camino de vuelta a mi casa.

Estuve tentando de continuar hablando, aunque estuviera solo. Coger el teléfono móvil y disimular, como si estuviera charlando con alguien. Podría inventarme una conversación con el servicio de atención al cliente de la línea telefónica que todavía estaba tratando de dar de baja, por ejemplo. Había hablado ya tantas veces con ellos que a cada nueva llamada me anticipaba a las preguntas que me iban haciendo, pero realmente daba un poco igual, porque nadie parecía estar observándome. Aunque no hubiera sacado el teléfono, nadie

iba a pensar de mí que estaba loco por hablar solo. La tranquilidad de aquellas calles era todavía más evidente ahora que Alicia no caminaba a mi lado, de ahí mi inquietud. Me resultaba imposible no pensar en problema inminente tras hacer la suma de noche + calle vacía + el sonido de mis pasos + los de otra persona.

Un momento: ¿otra persona?

Pues sí. Me detuve para comprobarlo, ya que al principio pensé que eran mis propios pasos amplificándose de manera inesperada. El sonido funciona a veces de forma extraña. Al poco de llegar a Madrid viví en una casa de Lavapiés que tenía enfrente una corrala, lo que provocaba un eco cuando alguien paseaba bajo mi ventana que daba la sensación de que alguien estuviera andando dentro de casa. Un mal rollo que no veas. Pero no, aquella vez no era ningún eco. Me detuve y los otros pasos continuaron. Traté de identificar su procedencia, pero me resultaba difícil: algunos parecían venir de detrás de mí y otros de delante. ¿Quizá era más de una persona? No, imposible, el ritmo era claramente el de una sola persona que no podía ser yo porque yo estaba allí de pie, parado. Lo comprobé y así era, mis pies seguían juntos y quietos allí abajo, sujetando el resto de mi cuerpo. Pensé en darme la vuelta y volver a casa de Alicia para pedirle que me acompañase a la mía, pero si lo hacía corríamos el riesgo de acabar en un bucle sin fin con ella acompañándome a casa y luego yo acompañándola otra vez a la suya y ella otra vez a la mía y así hasta que se hiciera de día y la calle se llenase de gente. Y además, ¿por qué me había parado? ¿Tan raro era encontrarme con otra persona caminando a esas horas por el barrio? Seguro que no. Aunque no supiera exactamente dónde se encontraba, mejor no pensar en ello y continuar mi camino. Cuanto antes llegase a mi destino mucho mejor, menos tiempo para imaginarme cosas. Así que avancé, sumándome de nuevo al sonido que rebotaba por la calle, esta vez llenando con mis pasos los huecos que dejaban los suyos. Y al llegar a mi portal lo vi, al final de la calle. Alguien caminaba de espaldas a mí sujetando una lámpara de pie y alguna cosa más que no conseguí llegar a ver, quizá una caja. No había mucha luz en esa parte de la calle. Se dirigía hacia una pequeña furgoneta con su puerta trasera abierta. Dejó todo lo que llevaba dentro junto a otras cosas, se sentó en el puesto del conductor y arrancó. Yo me quedé allí, frente a mi portal, viendo cómo giraba con la furgoneta y desaparecía. La calle volvió a quedarse en silencio. Saqué las llaves para entrar al portal, pero antes de hacerlo me fijé en algo que me hizo quedarme allí de pie un poco más.

Había luz en mi casa.

El piso al que nos habíamos mudado hacía esquina. Era un quinto, y fue al apartar la vista de la esquina por la que acababa de girar la furgoneta cuando me

fijé en la luz que salía de una de mis ventanas. Era fácil fijarse en ella, porque era la única ventana iluminada de la fachada. Pensé que nos la habríamos dejado encendida antes de salir, pero era poco probable. Ni Alicia ni yo habíamos pasado por esa habitación en toda la noche, y yo no había entrado en ella en todo el día. Era la habitación de Alex. Pese a todo, traté de no perder la calma. Quizá esa luz llevaba encendida desde el día anterior y no me había dado cuenta. Sí, no me parecía una explicación demasiado descabellada. Justo la víspera había desempaquetado algunas cosas que coloqué en la habitación de Alex, así que seguro que había sido eso. Tranquilo, Manuel. Es de noche y estás solo y te puede pasar cualquier cosa, pero no pienses demasiado en ello. Eso me repetí mientras cruzaba el portal y subía hasta casa.

Ya dentro, comprobé que aquella era la única habitación encendida. Tenía que recorrer todo el pasillo hasta llegar a ella, así que avancé hacia allí lentamente, pasito a pasito. Menuda escena. Me imaginé visto desde fuera, solo en mi casa y andando muy despacio, asustado por una luz encendida. Me dio un poco de risa y hasta un poco de vergüenza, así que cuando iba por la mitad del pasillo cambié el ritmo de mis pasos y entré decidido en la habitación de Alex.

Allí no había nadie. Tan solo cajas, una cuna y las cosas que el día anterior había estado colocando en su sitio. Pero faltaba algo. Una cosa que había dejado junto a una esquina, cerca de la ventana: una lámpara de pie.

No sé cuánto de todo lo que estoy contándote te estarás creyendo. Espero que sea todo, ya te advertí que es muy importante que me creas. Tampoco quiero insistirte más de la cuenta, pero voy a darte una prueba de que todo sucedió tal y como te lo estoy contando: en aquel momento decidí llamar a la policía.

Si esto fuera una historia de ficción, lo más probable es que me hubiera inventado cualquier excusa para no hacer esa llamada. El héroe de cualquier historia deja de serlo en cuanto recibe ayuda externa, es él o ella quien ha de resolver sus problemas. Con los teléfonos móviles pasa algo parecido. A veces envidio a los guionistas y escritores que vivieron en épocas anteriores a la nuestra, cuando no era necesario inventarte justificaciones para impedir que los personajes de tu historia puedan utilizar cualquiera de los teléfonos que tienen en sus bolsillos para pedir ayuda. En la historia que conté el verano pasado en Twitter obvié por completo el hecho de hablar con la policía hasta prácticamente el final de la historia, pero ya ves, aquí apenas llevamos 85 páginas y ya me tienes llamándola. Porque es lo que pasa en la vida real cuando entran a robar a tu casa.

Una cosa es que alguien se cuele en tu correo electrónico. No es que eso no sea denunciabile, ni mucho menos, pero para alguien que se maneja más o menos bien en internet, es fácil pensar que acabarás descubriendo por tu cuenta quién

ha entrado ahí o por lo menos poniendo barreras suficientes para que no te vuelva a pasar. Que entren a robar a tu casa ya es otra historia. Es algo como de otra época. Y que me acabase de pasar en la casa a la que me acababa de mudar, un sitio nuevo al que todavía no me había acostumbrado, me hizo sentir muy inseguro.

La policía tardó un poco en llegar, y aunque cuando hablé con ellos por teléfono no me lo dijeron, recordé que en las películas siempre avisan de que nadie toque nada hasta que lleguen. Así que eso hice. Me quedé sentado en el suelo de la habitación de Alex un rato, tratando de no pensar demasiado en todo el mal rollo que me daba que un desconocido hubiera estado allí mismo hacía tan solo unos minutos. También estaba un poco cabreado por la lámpara que se había llevado. Era una lámpara cuya pantalla habíamos pintado entre Alba y yo mientras ella estaba embarazada de Alex, dándole a los huecos que dejamos sin pintar forma de planetas y estrellas. Por la noche, cuando la encendías, provocaba un efecto muy chulo en el techo y las paredes de la habitación en la que se encontrase. Nos había quedado muy bien. Y me fastidiaba mucho que Alex no pudiera disfrutar más de aquel pequeño espectáculo nocturno. Al mismo tiempo me extrañaba que quien fuera se hubiera llevado aquello, cuando apenas tenía valor económico. Esto me hizo pensar que quizá no era lo único que se había llevado. De hecho, me pareció que transportaba algo más cuando lo vi alejándose por la calle, camino de su furgoneta, así que me levanté y recorrí la casa, habitación por habitación.

Efectivamente, se había llevado más cosas. Pero nada de valor.

Cuando se lo conté a la pareja de policías que vino a verme les pareció tan raro como a mí. Allí estaba bien a la vista mi portátil, por ejemplo, que cualquiera podría vender y sacarse un dinero. O incluso la tele, el Blu-ray y la consola. Pero no. En vez de esto, el ladrón había decidido llevarse la lámpara de la habitación de Alex, un muñeco de Hulk especialmente feo que me regaló Alba al poco de conocernos y un dibujo que le regalé yo en uno de sus cumpleaños con ella disfrazada de Finn el Humano y yo de Jake el Perro, los protagonistas de *Hora de aventuras*. Se notaba que a la pareja de policías le daba un poco de risa toda la situación, aunque se esforzaban por disimular. Más o menos. Seguramente era la primera vez que alguien entraba en una casa a robar una lámpara, un muñeco y un dibujo.

Les expliqué también que hacía unos días me había desaparecido una camiseta, que, a ver, tampoco estaba seguro de si me había desaparecido o no, pero desde entonces ya había desempaquetado casi toda mi ropa y por ahora nada, ni rastro de ella. La cara de ambos mientras les explicaba la desaparición o no de mi camiseta era un poema.

Ella era muy alta y muy delgada, él muy bajito y muy rechoncho, y siempre dejaban pasar unos cuantos segundos antes de hablar cuando yo terminaba de explicarles cualquier cosa. Revisaron puertas y ventanas, pero todo estaba bien, ninguna señal de que nadie hubiera forzado nada. Me preguntaron quién más tenía copia de las llaves de la casa y les contesté que solo mi novia, pero que estaba fuera, de viaje. Fue decir esto y los policías intercambiaron una mirada que me molestó bastante. Era fácilmente interpretable, como si acabasen de transmitirse telepáticamente «A este tío le ha dejado la novia y ha venido a llevarse sus cosas». Así que llegados a ese punto me informaron de que podía poner una denuncia, pero que no pensaban que pudieran hacer gran cosa.

Voy a resumirte lo que pasó en las siguientes horas de aquella larga noche porque tiene tan poco interés como poco peso en la historia. Les dije a los policías que sí, que claro que quería poner esa denuncia, porque todo lo que me habían robado tenía un valor especial para mí, así que me propusieron que los acompañara a comisaría o que fuera yo al día siguiente. Era ya muy tarde, pero preferí ir con ellos para dejarlo solucionado.

Cuando llegamos, redactamos la denuncia y aprovecharon para enseñarme fotos de gente a la que tenían fichada por robos en otras casas de mi zona. Les dije que no iba a servir de nada porque no había llegado a verle la cara al ladrón, pero ellos me insistieron en que me fijase bien en todas las fotos que me iban a enseñar, una por una. Apuesto a que lo hicieron un poco por venganza, por haberles hecho trabajar aquella noche. Mientras veía aquel puñado de fotos aproveché para comentarles lo que me había pasado con el hackeo del correo. Les expliqué que había leído una entrevista que me habían hecho pero a la que yo no recordaba haber contestado y que luego miré mi correo y allí estaba todo el cruce de mensajes con el periodista. Volvieron a intercambiar una mirada que esta vez interpreté como «Este tío está *chala*», así que les dije que adiós muy buenas y que gracias por nada y me fui muy airado. No me extraña que los héroes de ficción se inventen excusas para no llamar a la policía, porque menuda ayuda. Malditos policías telépatas.

Cuando salí de la comisaría ya estaba amaneciendo, así que como tenía algo de hambre, busqué un bar para desayunar. La pareja de policías no entendió por qué les comenté lo del hacker, pero ya te imaginarás: si lo hice, fue por valorar si aquello podía tener algo que ver con el robo o incluso con la desaparición de la camiseta. Plantear la posibilidad de que el responsable de todo lo que me estaba pasando fuera la misma persona. Yo verdaderamente esperaba que sí. Me parecía raro, porque hasta cierto punto tenían toda la pinta de ser hechos inconexos, pero me tranquilizaba un poco pensar que solo había un loco y no dos o tres merodeando por mi vida.

Y luego estaba Alicia. Lo de su Twitter.

Era temprano, pero le envié un mensaje a Emilio para preguntarle si podía llamarlo un momento. Me dijo que sí. Emilio es una de las personas que trabajan para Twitter que se pusieron en contacto conmigo tras mi relato veraniego para proponerme que escribiera otra historia, esta vez con el apoyo de la propia empresa. Fue con él con quien gestioné toda la producción del cuento de Navidad con el que despedí el año pasado, un proyecto mucho más ambicioso y complejo en términos de escritura y producción para el que utilicé desde vídeos en directo hasta un bot que respondía mensajes por privado haciéndose pasar por mí. Tener a mi disposición todos los recursos de Twitter para buscarles una función narrativa fue una pasada. No tenía ningún interés en repetir la fórmula y estructura exacta de *Todo está bien*, así que el *Cuento de Navidad de Manuel Bartual* fue una narración más extensa y mucho más exigente con el lector que la del verano, un experimento que como me podía imaginar acabó polarizando la opinión de mis seguidores. Creo que los que esperaban algo como la primera historia que leyeron no conectaron con este otro relato, pero los que estaban interesados en otras ficciones de este tipo abrazaron el cuento de Navidad de forma abrumadora. Para mí esto era lo importante, comprobar si tras un fenómeno viral seguramente irrepetible había conseguido audiencia suficiente interesada en este tipo de ficciones. También volví a jugar con los límites entre realidad y ficción, pero de otra manera: si en la de verano presenté una historia fantástica utilizando recursos que le concedían cierta verosimilitud, la de Navidad fue una ficción mucho más deliberada para la que conté con gente como Berto Romero o Cristina Pedroche, que tras hacerse eco de la primera historia, se animaron a participar en la segunda interpretándose a sí mismos. Y así hasta más de diez actores y actrices que ayudaron a dar forma a un relato navideño en el que comenzaba compartiendo protagonismo con mi amiga la actriz Ingrid García-Jonsson. Si en vez de contarte todo lo que estoy contándote con un libro lo estuviera haciendo recreando lo que me sucedió en una película, creo que el papel de Alicia se lo habría ofrecido a Ingrid. No solo porque es buena actriz, es que además se parece mucho a Alicia. Podrían ser primas.

Cuando llamé a Emilio para contarle lo que le había pasado a Alicia me dijo que lo miraba en cuanto llegase a la oficina. Le di su nombre y su usuario, y me preguntó si sabía también su nombre completo. Que le vendría bien tenerlo para hacer las gestiones de recuperación de la contraseña. Como no lo sabía, llamé a Alicia, pero su teléfono estaba apagado. Estará durmiendo, pensé. Así que entré en la biblioteca.

El bar donde desayuné aquel día estaba enfrente de la comisaría, y no muy lejos de allí se encontraba la biblioteca a la que a veces iba a escribir, a medio

camino entre mi anterior casa y la nueva. Antes de la mudanza estaba acostumbrado a trabajar en casa, en una habitación que Alba y yo utilizábamos como despacho, pero cuando surgió la oportunidad de escribir un libro me pareció que hacerlo en una biblioteca me podía ayudar a concentrarme y avanzar a buen ritmo. Sacar adelante una novela es un trabajazo que no veas y aquella era la primera vez que lo hacía. Además, era divertido hacerlo en una biblioteca. En los ratos que me quedaba pensativo entre párrafo y párrafo valorando los siguientes pasos de la historia, me fijaba en los huecos que había en las estanterías e imaginaba cuál de todos acabaría ocupando el libro que estaba escribiendo. Era casi como estar ubicado espacialmente en el principio y el final de una misma cadena de producción, en su fase de ensamblaje y la de consumo. Me divertía imaginar que todos los que pasábamos los días en aquella biblioteca éramos en realidad escritores de libros con los que luego la acabábamos llenando. Los trabajadores de la fábrica de novelas.

Si entré esa mañana en la biblioteca no fue para escribir. Tenía el portátil en casa, y aunque lo hubiera tenido conmigo me parecía imposible ponerme a juntar letras en el estado en que me encontraba. Comenzaba a notar los efectos de haber pasado toda la noche despierto, pero antes de irme a dormir pensé que me resultaría fácil averiguar los apellidos de Alicia. Así Emilio podría hacer todas las gestiones antes. Recordaba el título del libro que intentó regalarme la noche en que nos conocimos, así que sería tan sencillo como buscarlo y fijarme en el *copyright* del traductor.

Lo encontré, lo abrí por sus primeras páginas y le envié un mensaje a Emilio:

«Alicia Rubio Camacho».

Y ya por pura curiosidad introduje ese mismo nombre en un ordenador de uso público que la biblioteca tenía conectado a su base de datos para facilitar las búsquedas. Quería ver qué otros libros había traducido Alicia.

Lo que apareció en pantalla me abrumó.

A ver, Alicia no tenía pinta de tener más de 26 o 27 años. 28 como mucho. No sé en qué momento empezó a traducir, pero pongamos que fue precoz y comenzó a hacerlo con 17 o 18 años. Es raro que alguien comience a traducir profesionalmente antes de esa edad. Esto significaría que, en el más optimista de los casos, llevaría unos diez años de carrera, y lo normal es que un traductor se ocupe de unos tres libros al año. Sobre todo, si son libros tan extensos como aquel que me había querido regalar. Así que, echando cuentas, Alicia podría llevar traducidos unos treinta libros. Como mucho. Pero lo que apareció en la pantalla de aquel ordenador cuando introduje la búsqueda «Alicia Rubio Camacho» fue un listado mucho más extenso, de más de cien títulos. Alicia no

podía llevar tantos libros traducidos. Y lo verdaderamente extraño no fue eso: probé a ordenarlos por fecha de publicación y el primero aparecía fechado en abril de 1973.

Es imposible que Alicia tuviera más de 45 años. Para haber traducido un libro en 1973 tendría que tener actualmente más de 60 años, y ni de coña los tenía. Porque si los tenía, madre mía, se conservaba que ya quisiera cualquiera. Quizá era una coincidencia, dos traductoras o incluso más con el mismo nombre que la base de datos estaba identificando como la misma, aunque ya me parecía mucha casualidad que existieran al menos dos Alicia Rubio Camacho en dos épocas distintas de nuestra historia reciente dedicadas a la traducción. No es un nombre especialmente raro, pero tampoco demasiado común. No estamos hablando de María López Pérez, por ponerte un ejemplo de nombre que podría encajar con esta teoría.

Pero esto no es lo más raro que pasó esa mañana. Me puse a buscar algunos de aquellos libros hasta sacar treinta o cuarenta de sus estanterías, y cuando comencé a abrirlos, comprobé que el nombre de Alicia estaba tachado con un boli rojo en algunos de ellos. Eran unos tachones enérgicos, de los que prácticamente rasgan el papel, hechos con saña. Comparando unos con otros, parecían estar hechos todos por la misma persona, y cuando traté de establecer un patrón por el que unos libros tenían su nombre tachado y otros no, me di cuenta de que era algo que afectaba tan solo a los más recientes.

Al salir de la biblioteca volví a llamar a Alicia, pero su teléfono seguía apagado. Así que caminé hasta mi casa, con todo el sueño del mundo encima y pensando en lo que acababa de descubrir. Recuerdo que era una mañana muy luminosa y tuve el sol de cara durante prácticamente todo el trayecto, lo que sumado a mi estado le concedió al paseo una sensación de absoluta irrealidad. Sabía que no era así, pero llegué a preguntarme si las últimas horas no habrían sido un sueño. Si en vez de allí, caminando por calles que hasta entonces había transitado pocas veces, no me encontraría en realidad abrazado a una almohada soñando con robos extraños, policías puñeteros y libros pintarrajeados.

Y entonces, al llegar a casa, me detuve en el portal para fijarme en mi buzón.

Alguien había tachado mi nombre.

No me gustan los sueños.

No me refiero a los míos, ni a los que puedas tener tú o cualquiera cuando estamos durmiendo, sino a los sueños en la ficción. Generalmente me parecen un recurso de relleno. He visto pocas películas o series en las que aparezca alguien soñando y esto aporte algo importante a la historia. Haz la prueba: la próxima vez que estés delante de una pantalla y aparezca un sueño, prueba a imaginarte esa misma historia sin toda la parte onírica.

Esto no quita para que yo mismo haya utilizado este recurso alguna vez, pero siempre tratando de darle una función. Sin ir más lejos, en la historia que conté el verano pasado en Twitter me echaba una siesta y terminaba soñando con Chiquito de la Calzada. Lo planteé como un alivio humorístico, pero el resto del sueño aportaba una clave que sugería el posible origen del doble que me perseguía durante mis vacaciones. Los sueños también cobraron especial importancia en el cuento de Navidad que escribí meses después para Twitter, ahí como sueños premonitorios que compartía con mi amiga Ingrid.

Si lo que estoy contándote fuera un relato de ficción, lo que viene a continuación sería el tercer sueño que escribo para una historia. Pero no lo es, porque sucedió realmente. Y si lo incluyo aquí es porque, aunque en aquel momento no le di demasiada importancia, ahora soy consciente de que no fue un sueño cualquiera. Tampoco sé muy bien qué fue exactamente, pero tengo claro que forma parte inseparable de todo lo que me sucedió aquellos días, y como muchos detalles de esta historia, me habría venido bien prestarle más atención en su momento. Quizá me podría haber adelantado a todo lo que estaba a punto de sucederme, o incluso haber evitado algo. No sé si estas cosas funcionan así, pero al menos me habría gustado intentarlo.

El sueño comenzaba con el tachón. Me metí en la cama nada más entrar en casa, y allí tumbado me puse a pensar en esta nueva coincidencia que, según como se interpretase, me podía vincular de algún modo con lo que estuviera pasándole a Alicia. Me habría gustado ser matemático para calcular con exactitud cuál era la probabilidad de haber encontrado todos aquellos libros con su nombre tachado para justo después, nada más llegar a casa, descubrir que alguien había tachado el mío en el buzón. Como pasaba con el hackeo de su cuenta de Twitter y el de mi correo electrónico, si te quedabas en la superficie resultaba fácil atribuir ambas acciones a la misma persona, pero los tachones que encontré en la biblioteca eran muy diferentes del que vi aquella mañana en mi buzón. Aquel otro tachón tenía un trazo más grueso, de color negro, y no parecía algo aleatorio, sino hecho con cierta intención. Parecía un símbolo, o una especie

de letra, algo así.

Debí de quedarme dormido mientras pensaba en todo esto, porque el sueño, como te decía, comenzaba de esta manera. Volvía a estar delante, frente al buzón, y tras observarlo fijamente susurraba algo. Luego me alejaba de allí y subía a casa, pero no era mi casa. La disposición era completamente diferente, más parecida a la casa de la que me acababa de mudar. Trataba de entender dónde me encontraba, pero me resultaba muy difícil. El espacio funciona de forma extraña en los sueños, ya sabes. Nunca se concreta, siempre parece en continuo movimiento. Esa es la sensación que me producía estar en aquella casa: miraba a mi alrededor y todo se movía.

Pese a todo, tenía una sensación muy familiar. Como de pertenecer al lugar en el que me encontraba. Lo recorría y encontraba cosas que reconocía, objetos que sentía que eran míos, y al entrar en una habitación me encontraba con Alba y con Alex. Esto me ponía de muy buen humor. Los abrazaba y nos reíamos, celebrando el reencuentro, pero justo en ese momento comenzaba a darme cuenta de que Alba y Alex no eran Alba y Alex. Cuando me fijaba bien en ellos era muy evidente que en realidad estaba delante de una mala imitación de los originales. Como si los hubiera comprado en un mercadillo. Sus caras no eran exactamente sus caras, y aunque les escuchaba hablar y reír, nada se movía en aquellos rostros. Ellos no parecían percatarse de mi descubrimiento y continuaban con la escena feliz, pero yo, en cuanto veía la oportunidad, me alejaba de allí y salía de la casa.

Entonces echaba a caminar por la ciudad hasta que se hacía de noche, y para resguardarme del frío entraba en una habitación gigante, una especie de sala de cine llena de butacas vacías. Espera, deja que me explique mejor: entraba allí para resguardarme del frío, pero no era un sitio al azar. Sentía que estaba allí por un motivo, aunque no supiera con certeza cuál era. Nada más entrar me sentaba en una de las butacas y muy poco después alguien subía a un escenario que había al fondo, muy iluminado. Al principio me costaba verlo, como si estuviera dentro de una bruma, pero poco a poco iba reconociendo su andar, su tamaño, la forma de su cuerpo y su cara. Era Manuel Bartual. Y no era el único Manuel Bartual de la sala. Nada más darme cuenta de quién era el que acababa de subir allí me percataba de que ya no estaba solo, y al mirar a mi alrededor veía todas las butacas ocupadas por Manueles Bartuales. Había por lo menos cien como yo. Todos en silencio, mirándome. Todos con la misma expresión.

En ese momento me sobresalté y estuve a punto de despertar, pero seguí soñando un poco más. Lo que sucedía después es que me levantaba y salía de allí, y mientras caminaba por un largo pasillo me daba cuenta de que Manuel Bartual había comenzado a seguirme, uno cualquiera de todos con los que me

acababa de encontrar, quizá el que subió al escenario. Así que buscaba una salida, y de nuevo en la calle conseguía esconderme de él. Lo veía alejarse, buscándome. Yo decidía recorrer el camino contrario: volvía al pasillo que acababa de recorrer y entraba de nuevo en aquella sala llena de copias de mí mismo, para encontrarla tan llena como cuando la había abandonado. La diferencia es que ahora la ocupaba gente cuyas caras nada tenían que ver con la mía. Para asegurarme, subía al escenario. Y así era. Sus rostros habían cambiado. Ya no eran Manuel Bartual, y eso era todo un alivio. Me quedaba allí arriba un rato, mirándolos, hablando. Animado. Creo que aquel día, cuando desperté, tenía una idea aproximada de qué fue lo que decía en esa fase del sueño, pero ya lo he olvidado. Debería haberlo apuntado.

En aquel momento sonaba un teléfono y ya no me encontraba en la sala llena de Manueles que habían dejado de ser Manueles: por arte de la magia propia de un sueño volvía a estar en la casa donde dejé al falso Alex y a la falsa Alba. Quien llamaba por teléfono era mi madre y manteníamos una conversación normal, la típica entre madre e hijo. O eso creo recordar. Más que recordar las palabras exactas, que como todas las del resto del sueño ya he olvidado, recuerdo la sensación que me provocó la conversación telefónica. Entonces comenzaron los golpes. A lo lejos, pero cada vez más fuertes, más presentes. Colgué el teléfono para averiguar de dónde salían y llegué hasta una puerta. Alguien estaba al otro lado, golpeándola con todas sus fuerzas, tratando de salir.

En cualquier otro sueño es una situación que me habría dado mucho miedo, supongo que como a cualquiera, pero en esta ocasión sentí algo inesperado: satisfacción. Miraba la puerta moviéndose al ritmo de cada nuevo golpe y sentía la necesidad de sonreír. Apostaría a que llegué a hacerlo incluso fuera del sueño. Y abrí la puerta. Definitivamente, lo que había allí dentro no me asustaba. Era Manuel Bartual. Un Manuel Bartual diferente a cualquiera de los que me había encontrado antes en el sueño, algo magullado, con una brecha sangrante en su cabeza. Me miraba furioso, pero no hacía nada más. Yo lo miraba sonriente, y entonces, casi sin tocarla, cerraba de nuevo la puerta con un estruendo.

Me sentí feliz. Incluso más que antes, cuando creí haberme reencontrado con mi familia. A mi alrededor el escenario ya no se movía, había dejado de fluir para concretarse en una casa que tampoco terminaba de reconocer pero que sentía más mía que nunca. Escuché voces detrás de mí, y al volverme allí estaban Alba y Alex. Pero esta vez de verdad. Eran ellos. Cero imitaciones. Eran ellos de verdad y los abracé y los besé y poco me faltó para echarme a llorar allí mismo, pero en vez de eso les pedí que me esperasen. Tenía que comprobar algo. Recorrí la casa hasta encontrar el baño, y al entrar encendí la luz y me miré al espejo. Frente a mí tenía a Manuel Bartual.

Tardé un poco en situarme tras despertar. Me levanté de la cama y miré por la ventana para ver lo que parecía un amanecer, pero al comprobar qué hora era entendí que estaba atardeciendo. Me había pasado casi todo el día durmiendo. Miré mi teléfono móvil y tenía unos cuantos mensajes del grupo de WhatsApp que comparto con Paco, David y Carlos proponiendo quedar a comer juntos al día siguiente. También tenía una llamada perdida de Emilio. Consulté el correo y leí un e-mail suyo en el que me decía que me acababa de llamar para avisarme de que ya había recuperado el acceso a la cuenta de Twitter de Alicia, que le había enviado un correo para que pudiera identificarse con una nueva contraseña. Me explicaba también que, por las comprobaciones que había hecho, no parecía tratarse de un hackeo. Cuando esto pasa, lo normal es que quede un registro de repetidos intentos de acceso a la cuenta hasta que se da con la clave, pero el Twitter de Alicia estaba limpio. Quien hubiese entrado lo había hecho conociendo de sobra cuál era su contraseña. Emilio terminaba su mensaje bromeando, diciendo que a ver si no era ella misma la que había cambiado todo, contraseña y cuenta de correo, pero luego no recordaba ni una cosa ni la otra y se había inventado lo del hackeo porque le daba vergüenza confesar su torpeza.

Llamé a Alicia, pero su teléfono seguía apagado.

—Esto tiene toda la pinta de ser cosa de los reptilianos.

A esa conclusión llegó David al día siguiente, mientras comíamos con Paco y con Carlos. Los reptilianos, una supuesta raza de reptiles humanoides, quizá extraterrestres o intraterrestres o restos de una antiquísima civilización o quién sabe qué, a los que están dedicadas muchas teorías de la conspiración. Si alguna vez tienes cualquier duda sobre una de estas teorías, David es tu hombre. Se las sabe todas. Según él, esto que me estaba pasando olía a reptil a la legua. Alicia podía ser uno de ellos.

Yo no lo tenía tan claro, pero me faltaba ya poco para comenzar a valorar cualquier opción. En todo caso, después de contarles todo lo que me había pasado durante la última semana tuve que darle la razón a David en algo de lo que me dijo: yo no sabía nada de Alicia. Más allá de que era una vecina del barrio y que trabajaba como traductora y que un día había sido amable con Alex, no había nada más de lo que me hubiese contado que pudiera constatar como cierto. Si lo piensas, ni tan siquiera podía asegurar que fuese traductora.

Quizá leyó que quien había traducido aquel libro que quería regalarme se llamaba como ella y decidió asignarse la autoría de la traducción, por apropiarse de un oficio e incluso de una identidad ajena.

Quizá ni tan siquiera se llamara Alicia. Aunque antes de ir a su casa había visto ese nombre en el ticket del pedido que me entregaron por error, podría haber dado cualquier nombre al llamar al restaurante. Me encajaba que ella no fuera Alicia Rubio Camacho, que en realidad Alicia Rubio Camacho fuera una traductora nacida hace más de sesenta años y la Alicia que yo había conocido fuera quién sabe quién. Aunque por más vueltas que le diera, siempre llegaba a la misma pregunta: si Alicia me había mentado, ¿por qué lo había hecho? Y más importante: ¿tenía algo que ver con todo lo que me estaba pasando?

O quizá, como decía David, era una reptiliana.

—Bueno, reptiliana igual no, pero *illuminati* seguro, Manuel.

Volví a casa de aquella comida con ganas de continuar desempaquetando cosas. Me sentía bien, con más energía de lo habitual, menos cansado de lo que venía siendo costumbre desde hacía una temporada. Aunque dos noches atrás no había pegado ojo, pensé que haber pasado el día anterior durmiendo me había venido bien, pero antes de seguir con la mudanza consulté el correo y me encontré con algo inesperado: Alba me había escrito.

Lo primero que vi al abrir su mensaje, antes de leer nada, fue una foto de ella con Alex en Suiza. Lo había vestido con lo que luego me explicaba que era un traje típico de la zona y estaba muy gracioso, con el suizo muy subido. En el

correo me decía que, como nos habíamos prometido darnos unos días de descanso, me imaginase ese correo como una postal que recibiría y estaría leyendo días después, cuando ya estuviéramos los tres de nuevo en casa, así ni ella sentiría que estaba haciendo trampa por estar escribiéndome ni a mí me pasaría lo mismo por estar leyendo su mensaje antes de tiempo.

Me contaba que por allí todo iba bien, que aunque la bisabuela solo hablaba alemán, Alex parecía entenderse bien con ella hablando bebé, y que no me preocupase por ellos, que se sentía muy cuidada y atendida por toda la familia suiza. Que había comprado unos quesos que me iban a encantar y que esperaba que por aquí fuera todo bien. Y que no esperase más postales, porque para escribirme esta había aprovechado que estaban de excursión en un pueblo donde sí había cobertura. Se despedía diciéndome que, aunque esto suponía romper las reglas del espacio-tiempo, que no me olvidase las llaves en casa cuando fuera a recogerlos al aeropuerto, porque ella no llevaba las suyas.

Se las había olvidado en casa.

Pero sus llaves no estaban en ningún lado.

Las habría visto. En la anterior casa teníamos la costumbre de dejarlas en un cenicero feísimo que teníamos en la entrada, un regalo de una tía mía que seguramente había olvidado que ni Alba ni yo fumábamos, y nada más llegar a la nueva casa fue de lo primero a lo que le buscamos sitio para continuar con la tradición de tener siempre localizadas nuestras llaves. Y allí, en aquel momento, solo estaban las mías.

Alba podría haberlas dejado en algún otro lado, claro. Pero si así fuera, me parecía que ya debería de haberlas visto. Había estado organizando la mudanza por toda la casa, y sería muy raro no haberlas encontrado.

Así que solo quedaba una explicación posible.

Alguien las había cogido.

Y la única persona que había estado allí conmigo desde que Alba se fue a Suiza había sido Alicia. Lo vi claro: Alicia me había robado aquel juego de llaves la noche que vino a casa. Te diría que esto me produjo un cabreo de campeonato, pero la verdad es que fue una mezcla de eso mismo con un gran alivio. Por fin todo comienza a tener sentido, pensé. O al menos, una parte del misterio. Si Alicia me había robado las llaves de Alba, era muy probable que de algún modo fuera ella quien se encontrase detrás del robo. Por pura cronología era difícil pensarlo, porque me parecía imposible que le hubiera dado tiempo a entrar a robar desde que la dejé en su casa y volví a la mía, pero quizá estuviera compinchada con alguien. Por ejemplo, con su novio. Quizá eran una pareja de ladrones. Si ya había comenzado a dudar hasta de que se llamase Alicia, ¿por qué tenía que creerme que su novio vivía fuera? Te diré más: ¿por qué pensar

que aquella era su casa? Tal vez estaban desvalijándola mientras su verdadero propietario estaba fuera, de viaje o algo, y entre medias había aparecido yo allí. No me parecía disparatado pensar que realmente sí que me reconoció cuando aparecí con su tostada y su ensalada, y que al hacerlo pensase que podría ser alguien a quien mereciese la pena robar. Quizá cuando vino a mi casa aprovechó algún despiste mío para coger las llaves, ir hasta la habitación de Alex y lanzarlas por la ventana. Su novio podría haber estado esperando en la acera para recogerlas y entrar en la casa en cuanto salimos por la puerta. Sí, tenía sentido. Por eso estaba la luz de la habitación de Alex encendida, quizá fue la propia Alicia quien la encendió y olvidó apagarla al salir.

El cabreo y el alivio fueron desplazados por un buen chute de adrenalina. Me sentía capaz de correr una carrera de dos mil metros y ganarla todas las veces que hiciera falta. Había detalles en toda esta historia que no me terminaban de cuadrar, pero estaba seguro de que me bastaría con enfrentarme a ella para que confesase toda la verdad. Así que salí a la calle, prácticamente dando zancadas, y comencé a recorrer el camino que separaba su casa de la mía a velocidad suficiente como para batir cualquier récord anterior que hubiera obtenido al realizar aquel trayecto.

Y entonces sonó mi teléfono. Era Alicia.

—¿Sí?

—Hola, Manuel.

—Hola.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Vale. Oye, ¿puedes venir un momento a mi casa?

—Pues mira, precisamente estaba de camino.

—¿En serio?

—Sí.

—Ah, pues genial. Aquí te espero.

Y colgó. Y en cuanto lo hizo, se me pasó todo el subidón. Su voz sonaba rara. Hasta ese momento Alicia me había parecido una persona muy enérgica, incluso cuando la encontré en su casa con la cara llena de lagrimones. La Alicia con la que acababa de hablar parecía estar a medio gas. ¿Le habría pasado algo? Es lo primero que pensé, pero no lo único. También valoré otra opción: iba a confesarme el robo. Quizá no era la fría criminal que acababa de imaginar tras leer la postal electrónica de Alba, sino alguien que por lo que sea había visto la oportunidad de robarme, la había aprovechado y ahora se arrepentía. Aunque, claro, menudo robo había sido ese. Una lámpara, un muñeco y un dibujo. Seguía pensando que ella estaba tras el robo de ese juego de llaves, pero cuanto más

pensaba en ello, más piezas veía que me faltaban por encajar.

Al llegar a casa de Alicia encontré la puerta abierta, como en mi primera visita. Pero esta vez fui más prudente. Pese a estar entornada, toqué en ella con mis nudillos hasta que escuché su voz al otro lado.

—Pasa, pasa.

Y tras cerrar la puerta a mi paso, me encontré con ella. Pero no estaba sola. La acompañaban los policías telépatas. La policía uno y el policía dos. Se miraron sorprendidos, exactamente igual a como yo habría mirado a mi compañero al verlos allí en caso de haber tenido algún compañero al que mirar. ¿Qué hacían allí? Justo iba a preguntarlo cuando Alicia se adelantó:

—Bueno, pues ya está. Ya puedes confesar.

—¿Perdón?

—Por favor, no disimules. Se te da fatal.

—No te entiendo, Alicia.

—El libro.

Alicia señaló hacia el policía telépata dos. Estaba sentado cerca de ella, manejando el portátil de Alicia, pero es lo único que había en la dirección hacia la que acababa de señalar. Un policía, un portátil, la silla en la que estaba sentado el policía y la mesita en la que reposaba el ordenador. Pero nada más. Ningún libro.

—¿Qué libro?

—El que te llevaste la noche que viniste a mi casa.

—Alicia, no sé a qué te refieres.

—Por favor, Manuel. Que está la policía. No mientas.

El policía telépata dos miró a la policía telépata uno, la policía telépata uno me miró a mí y, justo cuando abría la boca para decirme algo, Alicia la interrumpió:

—¿Sabías que mis contraseñas estaban allí antes de llevártelo o te las encontraste por casualidad?

—¿Qué?

—Las contraseñas. Mis contraseñas. En un papelito, dentro del libro que te iba a regalar. Me acordé hoy, que lo tenía allí guardado. ¿Me puedes explicar por qué te metiste en mi Twitter para hacerte pasar por mí? ¿Es algún tipo de fetiche raro tuyo o qué? Porque no lo entiendo.

—Alicia, yo no te he robado nada. Ni te he robado nada, ni he utilizado tu Twitter ni nada de nada.

—Ya. Claro. Qué idiota he sido.

—Alicia...

—Lo que peor me sienta es haberte creído cuando me contabas toda la

milonga esa de que también te habían hackeado. Es tu jueguito, ¿no?

—¿Y cuál es el tuyo?

—¿Perdona?

—Tu juego. Mis llaves. Es decir, las llaves de Alba. Igual nos puedes explicar ahora a todos por qué las robaste. Ellos saben de lo que hablo, estuvieron en mi casa hace dos noches, cuando entraron a robarme.

Cuando los señalé, los policías telépatas volvieron a intercambiar una mirada. Alicia los miró. El policía telépata dos abrió la boca para decir algo, pero Alicia le interrumpió también a él:

—No sé de qué estás hablando, Manuel.

—¿Ah, no?

—No.

—Entonces, ¿quién tiene mis llaves? Porque eres la única persona que ha entrado en mi casa estos últimos días.

—No, perdona, tú sí que eres la única persona que ha entrado en mi casa esta semana. Eres el único que ha podido robarme las contraseñas.

—Por favor, Alicia...

—De por favor nada, Manuel. Confíesalo.

—¡Confiesa tú!

—¡Yo no tengo nada que confesar!

Nos quedamos callados mirándonos con cara de pocos amigos, un silencio que los policías telépatas uno y dos aprovecharon para volver a intercambiar una de sus ya clásicas miradas. Esta vez me estaba costando descifrar qué era lo que se decían. Quizá llevaban un inhibidor de señales telepáticas para impedir que me colase en su canal de intercambio de pensamientos. Así que decidí hablar:

—¿Me puedo ir?

Los policías cruzaron una última mirada antes de asentir. Alicia los miró con la boca abierta.

—¿Perdonaaa? ¡Que estáis dejando escapar a un ladrón!

—Adiós.

Y me fui de allí.

Me fui cabreado. Cabreado con Alicia por haberme acusado de esa manera de algo que no había hecho, pero también cabreado conmigo, porque quizá me había precipitado acusándola de aquel robo. Y créeme: me arrepiento de haber salido así de allí, sin haber intentado razonar con ella. Fue mi última oportunidad para hacerlo, porque después de esa tarde, ya nunca más volví a ver a aquella Alicia.

Los días que siguieron a aquel encontronazo los pasé encerrado en casa, volcado en convertirla en algo que se pareciera cuanto antes a un hogar y menos a un almacén lleno de cajas. Sin nada que me molestase ni nadie que entrase a robar o me hackease el correo electrónico o me acusase de un delito que no había cometido, me cundió bastante. Pensé en llamar a Alicia en alguna ocasión, pero no lo hice porque seguía un poco enfadado y esperaba que fuera ella la primera en dar el paso, que me llamase para pedir disculpas. Una situación del todo infantil, porque la imaginaba tan enfadada como yo lo estaba y esperando de mí lo mismo que yo esperaba de ella. Así poco íbamos a solucionar.

Dedicarme a escribir todo esto que estoy contándote no era todavía una necesidad, pero fue más o menos por entonces cuando comencé a pensar que quizá podría dejar un testimonio por escrito de lo que me había pasado desde aquella primera noche que fui a casa de Alicia a recuperar mi hamburguesa. Aunque aún no podía ni imaginar lo que estaba a punto de suceder, todo aquello me parecía material de partida suficiente para dar forma a un relato. No habría sido la primera vez que me inventaba una historia a partir de algo que me hubiera pasado, pero sí la vez que más material había acumulado en tan poco tiempo.

Si lo pensé fue también, seguramente, porque estaba un poco atascado con la novela que estaba escribiendo. Me sentía más despierto y con más energías que en muchísimo tiempo, pero cada vez que me sentaba delante del portátil no conseguía redactar nada que me gustase ni que tuviera demasiado sentido.

Así que decidí recurrir al consejo de sabios.

Esto es algo que ningún otro autor que publique con Planeta te contará por mucho que le insistas, ya que una de las cláusulas del contrato que firmamos te compromete a mantener un secreto absoluto al respecto. Pero a estas alturas poco me importa hablarte de ello, porque esto que estás leyendo no está sujeto a ningún contrato más allá del que he pactado contigo de ser completamente sincero.

No sé si otras editoriales contarán también con algo similar, pero todas las novelas que veas publicadas por Planeta han pasado por las manos de un consejo secreto de sabios, una figura por encima de los propios editores que toma decisiones, sugiere cambios y asesora a los escritores. Cuando me hablaron de ellos pensé que se trataba de algún tipo de broma privada que no terminaba de pillar, pero en una de mis primeras visitas a la editorial me llevaron a la sala en la que te recibe el consejo para presentarme ante ellos.

Son diez ancianos muy ancianos, seguramente las personas con más edad

que he tenido nunca delante, cinco hombres y cinco mujeres que visten de forma parecida, con unos trajes largos de colores llamativos que no sueles asociar a gente de su edad. Te reciben en una gran habitación muy iluminada por lo que parece una cálida luz natural, aunque en una de las ocasiones que los visité recuerdo que fuera hacía un día nublado y ellos contaban con la misma luz de siempre. Cuando llegas allí te miran amablemente, y casi al unísono te hacen un gesto con el que te invitan a que avances hasta el centro de la sala mientras se sientan tras una larga mesa para escucharte y observarte. Nunca estás con ellos a solas, siempre te acompaña tu editor. En realidad, no creo que ningún escritor pueda llegar allí por su propia cuenta, ya que aunque se encuentran dentro de la sede de la propia editorial, cada vez que los he visitado hemos llegado a esa sala por un camino diferente que siempre me ha resultado difícil memorizar. De hecho, juraría que en ocasiones hemos subido pisos hasta llegar allí, pero otras veces los hemos bajado. Algo muy extraño.

Es este consejo de sabios quien da la última aprobación a cada proyecto de novela que se presenta a la editorial, y los autores podemos recurrir a ellos cuando lo consideremos necesario. No sé muy bien quiénes son ni qué hicieron para pertenecer a ese consejo, pero sus comentarios siempre son acertados. Te ayudan con cualquier aspecto de la novela, desde la trama hasta su título. Si no fuera por ellos, *El tiempo entre costuras* de María Dueñas se habría titulado *La modista de Tetuán*, que era el título que originalmente propuso su autora. Algo parecido pasó con *Todo lo posible* de Carmen Pacheco, cuyo primer título fue *Casi todo lo posible* hasta que el consejo de sabios le sugirió a Carmen que fuera más ambiciosa y rotunda con el título de lo que estaba escribiendo. Son solo dos de los muchos ejemplos que me comentó el editor de mi novela la primera vez que los visitamos, y a ellos solicité recurrir tras ese bloqueo creativo en el que me encontraba. Pero no quería hablarles del bloqueo. Mi plan era otro.

Como sabes, llevaba varios días sin que nada raro o fuera de lo normal me pasase, pero no conseguía dejar de pensar en todo aquello. Y aunque poco después terminé descubriendo que el motivo era otro, en un primer momento atribuí aquel bloqueo con la escritura de la novela a tener la cabeza pendiente de otra cosa. Me comenzaba a parecer lo más importante, necesitaba resolver aquel misterio para continuar con mi vida. Podría haber acudido al consejo de sabios para contarles el punto en el que me encontraba con la novela y desde el que no conseguía avanzar, pero tenía la sensación de que aunque me asesorasen adecuadamente, el verdadero problema consistía en resolver todo lo que me estaba pasando. Así que eso hice cuando los visité: exponerles mi situación.

—Hola. He decidido cambiar la historia de mi novela.

Me miraron asombrados. Mi editor también, porque no le avisé de nada

cuando le escribí para pedir cita con los sabios. No es habitual cambiar de novela a mitad de su escritura, y menos cuando ya tienes firmado un contrato por ella y hasta te han pagado un adelanto. Lo cierto es que no pensaba hacerlo, al menos no en aquel momento. Tan solo quería contarle al consejo de sabios todo lo que me había pasado para ver si ellos podían detectar algo, cualquier pista o detalle que hubiera podido pasar por alto y que me sirviera para descubrir quién se encontraba detrás. O eso, o al menos que me hicieran ver cuál era el siguiente paso que tenía que dar para tratar de resolver aquella situación.

Quizá estés pensando que tampoco hacía falta mentirles, que hubiera bastado con contarles mi problema como quien se lo cuenta a un amigo, como hice días antes con Paco, David y Carlos, pero el consejo de sabios no funciona así. En una de mis primeras visitas les pregunté la hora y lo único que recibí a cambio fue el silencio más absoluto. Mi editor me explicó luego que no debía preguntarles por nada ajeno a la novela que estaba escribiendo, que ellos estaban allí tan solo para escuchar dudas o problemas relacionados con el manuscrito que la editorial había decidido publicarme. Por eso les mentí. Por eso les dije que había desistido de continuar con la novela que ya conocían y estaba escribiendo otra, para todo seguido explicarles lo que te he contado a ti, con todo lujo de detalles. Estaba convencido de que podrían ayudarme, y lo cierto es que no me resultó difícil hacer pasar todo aquello por una historia de ficción. Bien estructurado, podía parecer la primera parte de una trama de suspense, con dos personajes protagonistas que, tras enfrentarse a un misterio, llegan a un punto en el que comienzan a sospechar el uno del otro.

Una vez que terminé mi larga exposición, tardaron algo más de lo habitual antes de comenzar a susurrar entre ellos. Era lo que solían hacer antes de responderte. Podían pasarse así minutos enteros mientras tú te quedabas allí de pie, en silencio, esperando su deliberación. Por fin, casi media hora después, una de las mujeres sentadas cerca del centro de la mesa se volvió hacia mí y me habló:

—¿Cuánto tiempo hace que no te pesas?

Suelo referirme a *Todo está bien* como la primera historia que conté en Twitter y al *Cuento de Navidad de Manuel Bartual* como la segunda, pero si me seguías antes de que escribiera la historia del hotel y mi doble, sabrás que no es exactamente así. Justo una semana antes de aquella publiqué otra más breve, una que titulé *El peso de la verdad* y que me gusta definir como la sinopsis de un *thriller* enloquecido que solo podría dirigir el Javier Fesser de la primera época, el de *El milagro de P. Tinto* y todas esas comedias surrealistas. *El peso de la verdad* fue en origen un solo tuit que publiqué una mañana ociosa al comienzo de mis vacaciones a modo de chiste. Decía:

IDEA PARA UN THRILLER: Estando de vacaciones te llega una alerta al móvil de tu báscula. No podrás saber la cara del ladrón pero sí SU PESO.

El caso es que nada más publicarlo me di cuenta de que se trataba verdaderamente de un buen punto de partida para una historia, así que a eso me dediqué la tarde de aquel día, a desarrollar una sinopsis de manera algo improvisada cuya estructura y formato me sirvió sin saberlo como germen de la historia que conté unos cuantos días después.

Cuando el consejo de sabios de Planeta me preguntó por mi peso fue esto lo primero que me vino a la cabeza, y mi trayecto de vuelta a casa añadió más dudas a todo el misterio que tenía delante. Aquellos ancianos nunca hablaban demasiado claro, siempre te respondían con las palabras necesarias para que luego tú atases cabos y llegases por tu cuenta a la solución del problema que les habías planteado. Que todo lo que me estaba pasando pudiera tener algo que ver con aquella otra historia que publiqué en Twitter me parecía algo sin ninguna lógica, así que nada más llegar a casa decidí no irme por las ramas y tomar su pregunta de manera literal. Busqué la caja en la que se encontraba la báscula y me pesé. Y menuda sorpresa. Había bajado por lo menos diez kilos desde la última vez que había comprobado mi peso, poco antes de la mudanza.

Esto me pareció cualquier cosa menos normal. Llevaba unos cuantos días moviendo cajas de aquí para allá y una temporada con bastante estrés, pero por mucha caja que hubiera movido y por mucho estrés que hubiera acumulado, no me parecían motivos suficientes para haber bajado tanto peso en tan poco tiempo. Además, desde la mudanza había estado comiendo fatal. No me veía perdiendo el tiempo en cocinar con una casa por acondicionar y una novela por escribir, y acababa pidiendo siempre comida a domicilio. Pese a todo, era cierto que desde hacía unos días me sentía más ágil y en mejor forma que nunca. Quizá ese fue el detalle en el que yo no me había fijado y el consejo de sabios sí, el que los llevó a preguntarme por mi peso. O quizá simplemente me vieron más delgado que la última vez que los había visitado, no sé. Fuera por el motivo que fuera, me pareció buena noticia. Nunca es fácil quitarse diez kilos de encima y menos de esa manera, sin buscarlo ni proponértelo ni hacer ningún régimen o ejercicio en especial, así que me alegré.

Me alegré hasta que me llevé la mano a la cabeza y me di cuenta de que no era peso lo único que estaba perdiendo.

Mi padre no es calvo. Mi abuelo tampoco lo fue, y juraría que mi bisabuelo mantuvo también toda su cabellera hasta el día de su muerte. Lo último que podía esperar con ese historial capilar a mis espaldas es que de repente, de un día para otro, me fuera a quedar calvo. No es algo que entrase dentro de mis planes, pero allí estaba, de pie en mi baño, subido a la báscula y contento por la pérdida de peso pero absolutamente aterrado al pasar la mano por mi cabeza un segundo después. Acababa de llevarme por delante sin ningún esfuerzo una buena mata de pelo.

No sé cómo van estas cosas, porque hasta aquel momento no me había quedado calvo antes ninguna vez, pero apostaría a que no es así como funciona. Debe de ser un proceso más o menos rápido pero paulatino, no que de repente tu cuerpo decida que te vas a quedar calvo y te baste con pasar la mano por tu cabeza para llevarte un puñado de pelos a cada pasada. Porque eso es lo que comenzó a suceder: tocarse la parte que tocase de mi cabeza, el resultado es que un buen manojito de mi cabello decidía abandonarla.

Pensé que quizá había comido algo en muy mal estado.

Pensé que tal vez había cerca alguna central nuclear que me estaba afectando.

Pensé que había vivido engañado todos estos años y en realidad siempre había sido calvo, desde mi nacimiento, pero mis padres me lo ocultaron pegándome algún tipo de peluquín, pelo por pelo, que ahora, de repente, había perdido su adhesivo.

Pensé que nada de esto tenía ningún sentido, así que hice lo que haría cualquier persona sensata y fui corriendo al médico.

Allí no te creas que me tranquilizaron demasiado. La doctora que me atendió no le dio demasiada importancia a mi calvicie urgente, me dijo que no era algo demasiado habitual pero tampoco imposible. Le preocupó bastante más la pérdida de peso, así que me envió a urgencias para que me hicieran unas cuantas pruebas. Pasé allí el resto de la mañana y la tarde entera, de habitación en habitación, tomándome la tensión, con agujas sacándome sangre y un montón de doctores y enfermeros entrando y saliendo para medirme más cosas de las que imaginaba que me pudieran medir.

Pero nada, estaba todo bien.

Me lo dijeron al final del día, casi como si acabase de graduarme en la Universidad de la Salud. Estaba como un roble, sano sanote, me dijo uno de los doctores. Yo les hablé de mi vida sedentaria y de lo mal que comía últimamente y les insistí en lo del pelo, pero se rieron pensando que era algún tipo de broma.

Que seguro que hacía más ejercicio del que pensaba, me dijo otro de los doctores, y en cuanto a lo de la calvicie, pues pelillos a la mar, exclamó un tercero señalando su enorme y luminosa calvorota. Si no tenía suficiente con los policías telépatas, ahora me estaba tocando hacer frente a los doctores graciosos.

Volví a casa sintiéndome muy desorientado. No entendía nada de lo que me estaba pasando, y a nadie parecía importarle. Pensé en Alba, en qué se iba a encontrar cuando fuera a buscarla al aeropuerto, porque el pelo seguía desprendiéndose de mi cabeza a una velocidad propia de competiciones olímpicas. Cuando llegué a casa me miré al espejo y mi aspecto era terrible. Tenía pinta de haber contratado a un perro rabioso como peluquero, así que me metí en la ducha y me froté bien la cabeza. Cuando salí de allí y volví a mirarme al espejo, ya no tenía un solo pelo por encima de las cejas. Me había quedado calvo. Por completo. Y no era eso lo único que estaba a punto de pasarme.

Aquella noche me transformé. Me gustaría decirte que fue algo parecido a la famosa escena de *Un hombre lobo americano en Londres* en la que uno de sus protagonistas se convierte en un licántropo entre convulsiones y gruñidos, porque ya que me convertía en algo, qué mejor manera de hacerlo que esa, a lo grande, pero no. De todos modos, está bien que te mencione esa escena para que la tengas presente, ya que lo mío fue todo lo opuesto que puedas imaginar.

No fue nada tan drástico ni tan espectacular, sino una transformación indolora, como tampoco me había dolido que se me cayera el pelo. Y por etapas. Casi como ver crecer la hierba, algo de lo que solo fui plenamente consciente cuando terminó todo el proceso. Incluso es probable que no fuera algo repentino, sino que aquella noche se culminase una transformación que había dado comienzo días atrás y de la que no había sido consciente. Si hago memoria recuerdo algún detalle más de esa semana, como andar por el pasillo con la sensación de que una pierna me había encogido hasta que la otra debió de encogerse también y dejé de notar nada raro. O lo de las manos. Hubo un momento en el que estaba subido a una escalera guardando mantas en un altillo y al fijarme en mis manos me parecieron diferentes, como si fueran las de otra persona. También sentí la espalda rara al despertar una mañana, como más estrecha, pero es una sensación que atribuí a algún dolor repentino debido a una mala postura. No fue hasta que me fui a dormir aquella noche con todo el agobio de mi repentina calvicie encima cuando, al tocar mi cara con esas manos diferentes, me pareció más afilada y menos redondeada. Lo primero que pensé es lo que habrías pensado tú, que se trataba de un sueño, pero me levanté para comprobarlo y al mirarme de nuevo al espejo me encontré con alguien que definitivamente no era Manuel Bartual.

Me había convertido en otro y no sabía en quién. Calvo, rasgos afilados,

mirada dura, una cicatriz en la mejilla que tenía pinta de llevar allí mucho tiempo. Me asusté, claro. Me asusté muchísimo. Me cagué vivo, por decirlo de manera menos fina. Imagínate que te hubiera pasado a ti.

¿Qué podía hacer? Si la policía me tomó por loco cuando los avisé del robo, como para llamarlos y explicarles esto otro que me acababa de pasar. Los doctores que me habían atendido no parecían tampoco los más indicados para escucharme, les costaría identificarme como Manuel Bartual y pensarían que lo que les estaba contando aquel tipo era incluso mejor que las bromas de ese otro tío al que habían atendido, el que estaba como un roble y aseguraba que se ponía fino a hamburguesas. Pero hiciera lo que hiciera, no podía quedarme allí. Sentía que me asfixiaba en aquella casa, así que me vestí con lo primero que encontré y salí a dar vueltas por Madrid sin ningún rumbo concreto.

Caminé percibiendo todo a mi alrededor de forma extraña. No es que la realidad hubiera cambiado, eran mis sentidos los que lo habían hecho. Habían dejado de ser mis oídos y mis ojos para convertirse en unos órganos diferentes a aquellos con los que me había comunicado con el exterior hasta aquel momento. Escuchaba más agudo de lo que estaba acostumbrado, y al mismo tiempo veía con más claridad de lo que mi miopía me permitía, por muchas gafas o lentillas que llevase encima para corregirla. Ahora no llevaba ni una cosa ni la otra, ni falta que me hacía. Veía perfecto.

Cuando me di cuenta, estaba ya muy lejos de casa, en pleno centro de Madrid. Y en ese momento sentí algo que no sentía desde antes del verano.

Nadie me reconocía.

Estaba en la parte con más transeúntes de la ciudad y ninguno se acercaba a mí para saludarme ni pedirme una foto, porque ya no era Manuel Bartual. Se había hecho muy tarde, pero debía de ser jueves o viernes, porque por allí pasaba el mismo número de personas que lo haría de día. Y sabía lo que eso suponía. No muy lejos de allí estaba la cafetería en cuya puerta me detuve la primera vez que alguien me reconoció. Era una sensación muy extraña estar allí en medio con una cara y un cuerpo que no eran los míos, pero también era agradable encontrarme allí parado, dejando que decenas de personas pasaran a mi lado sin que ninguna me reconociera. Me sentí como si fuera el Hombre Invisible. Quizá no llevaba tan bien como pensaba ser una cara conocida, porque si había tenido tiempo de fijarme en ello en mitad de la experiencia más extraña de mi vida, solo podía significar que echaba de menos el anonimato que ya nunca pensé que fuera a recobrar.

No volví a casa en toda la noche. No tenía ningún sentido que lo hiciera, porque encerrarme solo iba a servir para agobiarme más de lo que ya lo estaba, y mientras estuviera fuera al menos tenía otras distracciones. Fui a un par de bares

por los que hacía meses que no pasaba y me reencontré con antiguas amistades a las que no había visto en mucho tiempo. Pero nadie me reconoció. Nadie sabía que yo era yo. Tampoco hablé con nadie. Llegué a cruzarme con Carlos, y estuve tentado de acercarme a él para explicarle qué me estaba pasando, pero justo cuando lo iba a hacer preferí quedarme en la barra, agarrado a la copa que había pedido, bajo una música atronadora y rodeado de gente que jamás me reconocería mientras bebía como si fuera la primera vez que lo hacía. Era un sabor familiar pero al mismo tiempo tan diferente como lo era la boca que estaba utilizando para beber de aquella copa.

No decidí volver a casa hasta que cerró el último bar que encontré abierto. Fuera amanecía. Volví caminando, sin prisa por llegar y pensando en si lo que me acababa de pasar podía tener alguna relación con el resto de cosas que ya conoces, pero me parecía imposible. Una cosa era buscarle explicación a que alguien se hubiera colado en mi cuenta de correo para hacerse pasar por mí y otra relacionar algo tan mundano como esto a la transformación física que acaba de experimentar. Es que me daba risa pensarlo.

Me daba risa y alguna bofetada también, como hacen en las películas para comprobar si lo que está sucediendo es real o solo un sueño, una forma de autolesionarse del todo ridícula, porque se trata de un recurso que jamás verás que consiga que aquel que se abofetea despierte del sueño en el que se encuentra. Eso, en caso de que lo esté. Yo deseaba estar en uno, pero todo me parecía demasiado real. Y comencé a notar otra cosa: me costaba pensar. O mejor dicho, me costaba pensar como hasta ese momento lo había hecho. Me di cuenta de que si ahora veía, escuchaba y saboreaba de forma diferente, tal y como veía, escuchaba y saboreaba la persona en la que me acababa de transformar, era probable que mis pensamientos funcionasen también de la manera en la que funcionaban los suyos. A eso podía deberse el bloqueo que tenía con la novela, a que ya no era capaz de establecer y mantener la línea de pensamiento necesaria para escribir una historia. Por lo menos, no de la forma en la que solía y sabía hacerlo. Pensé en que tendría que llamar a la editorial para explicarles que me había convertido en otra persona y que, por tanto, no sabía si iba a poder terminar la novela en el plazo acordado. Habría merecido la pena hacerlo aunque solo fuera por entrar directo al primer puesto en el listado de excusas con las que los escritores justificamos los rechazos y que seguro que coleccionan, pero antes de que pudiera hacer nada pasó algo. Delante de mí comenzaron a desfilar decenas de caras, una tras otra, gente a la que no había visto en mi vida. Cada una de estas personas me abría una puerta, me saludaba y volvía a cerrarla para dar paso a la siguiente. Tardé un poco en comprobar que aquello no estaba sucediendo realmente, en identificarlo más bien como una

especie de recuerdo de situaciones que no había vivido. Y entonces, tras toda la sucesión de rostros anónimos, me encontré con uno familiar: el de Alicia.

Yo acababa de llegar a mi barrio. Nos cruzamos en una de las calles que separan mi casa de la suya, y como era de esperar tampoco me reconoció. Estuve a punto de decirle algo, pero igual que me había pasado con Carlos horas antes, pensé que no tenía ningún sentido hacerlo. No habría sabido bien qué contarle. Noté algo raro en su aspecto, quizá un corte de pelo, o un maquillaje diferente, algo así. También caminaba de otra manera, menos relajada de lo que era habitual en ella. Y cuando ya estaba lejos, a punto de girar hacia su calle, me di cuenta de que debería de haberme reconocido. Allí delante, en el reflejo de un escaparate, Manuel Bartual me miraba con la misma cara de asombro que yo estaba poniendo en ese momento. Con sus ojos, sus oídos, sus manos y su pelo. Yo volvía a ser yo.

—Hola.

—Hola.

—¿Puedo pasar? Perdona que no haya llamado abajo, he entrado con un vecino.

—Pero tú eres...

—...

—Tú eres Manuel Bartual, ¿verdad?

—Sí. Y tú eres Alicia, ¿no?

—Sí. Sí, claro. Claro. Pasa, perdona.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona, Manuel. Perdona. Es que me acabo de despertar y estoy un poco atontada.

—Pero si te acabo de ver por la calle.

—¿Cómo dices?

—Hace un momento, que nos hemos cruzado por la calle. No me has reconocido, y me ha parecido raro. O no sé, igual es que has hecho como si no me vieras, pero, vamos, es que hemos pasado uno al lado del otro. Ha sido raro.

—Sí. Es verdad.

—¿Es verdad que ha sido raro o es verdad que has hecho como si no me vieras?

—No. Es verdad que he bajado a la calle, para dar una vuelta nada más levantarme. A ver si me despejaba.

—Ah.

—Es que he pasado una mala noche. No he dormido mucho. Pero no te he visto, perdona. Te habría saludado si te hubiera visto, porque somos... somos amigos, ¿no?

—Pues eso creo, aunque después de lo de la otra noche, tampoco lo tengo muy claro.

—¿Lo de la otra noche?

—Sí. Cuando vine y estabas aquí con la policía y me acusaste de haberte robado tus claves. Ya sabes.

—Ah, vale. Sí. Ya.

—Alicia, estás muy rara.

—Ay, sí. Lo sé. Perdona. Es que están siendo unos días muy complicados, con lo de la mudanza y todo el trabajo.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, sí. No te preocupes. Siéntate ahí si quieres.

—Vale.
—¿Quieres algo?
—No, nada. Bueno, sí. ¿Un vaso de agua, puede ser?
—Sí, claro. ¿Fría o del tiempo?
—Del tiempo va bien.
—Vale, espera.
—Ya te queda poco por recoger aquí, ¿eh?
—¿Perdona?
—¡Que digo que ya te queda poco por recoger aquí!
—Sí. Me mudo dentro de un par de días, por fin. Toma, tu vaso de agua.
—Gracias.
—¿Y qué querías?
—¿Perdón?
—No, que digo que qué querías. Para qué has venido.
—Pues para disculparme.
—Ah, claro. Bueno, no te preocupes.
—Pero ¿sabes por qué quiero disculparme?
—Pues no, la verdad es que no.
—A ver, creo que me precipité un poco el otro día, cuando te dije delante de la policía que me habías robado las llaves de Alba. Me di cuenta de que me habían desaparecido y pensé que fuiste tú, pero no sé. Igual me equivoqué. ¿Tú me robaste las llaves?
—Pues no. Para nada. No sé de qué llaves me hablas.
—Vale, pues discúlpame. Yo tampoco te robé las claves. Lo sabes, ¿no?
—Sí.
—¿Y no tienes nada que decirme?
—Pues... ¿que no tendría que haberte acusado de robármelas?
—Eso es. Bueno, lo es si a ti te parece que lo sea, claro.
—Sí. Me lo parece. No tendría que haberte acusado, porque estoy segura de que tú no me las robaste. Perdona.
—¿Y quién lo hizo?
—¿Eh?
—Que quién te las robó. ¿Estás segura porque ya lo has descubierto? ¿Te ayudó la policía? ¿Sabes ya quién te las robó?
—No. No, no, no. Ni idea. Pero, vamos, tú seguro que no.
—No, yo no.
—Porque somos amigos.
—Sí.
—...

—...

—Bueno, pues nada. Si no tienes nada más que decirme, yo tengo cosas que hacer aquí, Manuel.

—Ah, sí. Claro. Ya me imagino.

—Ven, te acompaño a la salida.

—Vale. Adiós, Alicia.

—Adiós, Manuel.

—Mucha suerte en Berlín.

—Gracias. Mucha suerte tú también, con todo lo tuyo.

—Pues muchas gracias también.

—Venga, adiós.

—...

—¿Te vas?

—No.

—¿No?

—No, porque sé que me voy a arrepentir, como la otra noche, cuando me fui de aquí enfadado. Luego me arrepentí de no haberme quedado para que hablásemos de todo lo que estaba pasando, y ahora no me quiero ir porque te noto muy rara. No me quiero ir sin que lo hablemos, y menos si va a ser la última vez que nos veamos antes de tu viaje. ¿Seguro que estás bien?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no pareces tú?

—¿Cómo?

—Que no pareces tú.

—¿Y por qué no lo parezco?

—No sé. Estás como muy fría. Muy rara. Hasta cuando el otro día me querías ver entre rejas me parecías más agradable que ahora. ¿Quién eres?

—Cómo que quién soy.

—Sí. No eres Alicia.

—Soy Alicia.

—¿Ah, sí? Pues si eres Alicia me podrás decir de qué nos conocemos.

—Claro que puedo.

—Pues dímelo.

—No quiero.

—¿No quieres o no puedes?

—Sí que puedo, pero no quiero.

—Alicia, no me voy a ir de aquí sin estar seguro de que te encuentras bien y de que tú eres tú.

—Pero ¿tú te estás escuchando?

—¿Eh?

—Que si te estás escuchando, Manuel. ¿Cómo no voy a ser yo?

—Pues no siéndolo.

—Manuel, soy Alicia. Y es temprano. Ha sido una noche muy larga, y lo último que necesito ahora mismo es ponerme a discutir con nadie. Quiero seguir recogiendo aquí, y tratar de descansar un poco. Quiero terminar pronto, todavía tengo que despedirme de mucha gente antes del viaje.

—Vale, perdona. Pues me voy.

—Sí, mejor.

—Dale recuerdos a tu madre y a tu hermana de mi parte.

—¿Cómo?

—A tu madre y a tu hermana, que les des recuerdos de mi parte. Te acuerdas, ¿no? El día que vine aquí a tu casa, y cenamos con ellas. Ya sabes. Lo pasamos fenomenal.

—Eso no ha pasado nunca.

—¿Cómo que no?

—Pues como que no.

—¿Estás segura?

—Sí. Porque yo no tengo ninguna hermana.

—Esto tiene toda la pinta de ser cosa de la madre.

A esa conclusión llegó David al día siguiente, mientras comíamos con Paco y con Carlos. La madre de Alicia estaba detrás de todo lo que le estaba pasando a Alicia. Me sonaba mucho mejor que la teoría de que fuera una reptiliana o una *illuminati*, sobre todo cuando David entró a darme detalles. Acababa de contarles mi último encuentro con Alicia, su actitud extraña, y al hablarles de la noche en que mencionó sus problemas familiares, David recordó un caso en Estados Unidos en el que una madre había suplantado a su hija. Era una historia que me sonaba, por varios motivos. El primero, porque es una de las tramas de uno de los primeros capítulos de *Buffy, cazavampiros*, en el que una madre intercambia su cuerpo con su hija para revivir su época como animadora del equipo del colegio. Pero también me resultaba familiar por otro motivo, y es que la historia real de la que hablaba David era la misma a la que Pablo, un amigo cineasta, dedicó un documental que no llegó a concluir. Me contó su proyecto hace tiempo. Incluso entrevistó a alumnos del colegio que compartieron clase con la madre cuando usurpó la identidad de su hija, con métodos menos mágicos que en aquel capítulo de *Buffy*, pero con el mismo fin: revivir sus años de adolescencia.

Me sonaba muy extraño, pero ahí estaba todo ese montonazo de libros traducidos por otra Alicia cuyo nombre completo era el mismo que el de la Alicia que yo había conocido, que bien pensado podría ser su madre. Quizá también era traductora. Por los apellidos no parecía haber rastro de ningún padre ahí, y aunque tampoco habíamos hablado mucho de su familia, lo cierto es que Alicia solo se había referido siempre a una madre y a una hermana. Salvo la última vez, cuando poco antes de pedirme que la dejase sola aseguró que no tenía ninguna hermana. Me dejó tan desconcertado que no supe muy bien cómo reaccionar, así que en cuanto me pidió que me marchase salí de su casa. ¿Tendría razón entonces David? ¿Sería su madre la que estaba reemplazando a Alicia? Recuerdo que la noche que cenamos en mi casa, cuando aludió a sus problemas familiares mencionó algo de unas envidias. ¿Envidiaba la madre a la hija? ¿O sería la hermana, si es que existía?

Comencé a plantearme incluso que la primera Alicia que conocí no fuera la verdadera Alicia, sino alguien que la estaba reemplazando, y que la auténtica fuera la última Alicia con la que me había encontrado. Aunque si esto era así, ¿por qué esa otra Alicia trató de disimular que sí nos conocíamos? Porque eso es lo que hizo. Se notaba que no estaba siendo honesta.

—Y por lo demás, ¿tú qué tal, Manuel? ¿Todo bien?

Por lo demás bien, sí, al menos si no tenemos en cuenta que me había desaparecido una camiseta, me habían hackeado y suplantado en una entrevista, robado en casa, tachado mi nombre del buzón y durante unas horas me había convertido en otra persona. Esto último evité decírselo a mis amigos en aquella comida, porque comenzaba a dudar de que hubiera pasado realmente. Por eso y para que no pensasen que me estaba volviendo majareta. Fue entonces cuando me arrepentí de no haberle dicho nada a Carlos cuando me encontré con él la noche en la que yo no era yo, por tener al menos un testimonio de que alguien había hablado con esa persona, fuera quien fuese. Si es que eso había sucedido. Por no tener es que no tenía ni tan siquiera una foto que me pudiera servir de prueba.

Aunque cada vez estaba más convencido de estar ante dos misterios diferentes, de que todo lo que estuviera pasándole a Alicia tenía pinta de estar desligado de lo que me estaba pasando a mí, lo cierto era que siempre que me pasaba algo fuera de lo normal podía encontrar paralelismos muy claros con todo lo que le estaba pasando a ella. Lo que me molestaban eran las diferencias. Cuando nos hackearon, en su caso le cambiaron la contraseña y a mí no. A mí me habían tachado el nombre en el buzón y a ella en los libros que había traducido. Y luego estaba lo de haberme convertido en otra persona. A ella parecía haberle pasado algo parecido, se había convertido en una Alicia diferente a la que yo conocía, o alguien se había convertido en ella.

O igual me estaba flipando y a Alicia no le pasaba nada.

No sé. Era todo muy confuso. Era de locos.

Creo que fue ese mismo día cuando valoré que el responsable de todo pudiera ser un fan. Si dejaba a un lado todo lo que tuviera que ver con Alicia y me centraba en lo que me había pasado a mí, al menos en aquello de lo que tenía pruebas físicas, parecían obsesiones propias de alguien a quien su fanatismo se le había ido un poco de las manos. Robarme un dibujo y otras pertenencias, colarse en mi correo, tachar mi nombre del buzón como señal de a saber qué, pero seguro que nada bueno. Yo no soy de pedir autógrafos y nunca me acerco a saludar a nadie cuyo trabajo admire a no ser que la situación lo propicie, pero hay gente que vive sus aficiones de una forma mucho más apasionada y radicalmente opuesta a la mía. Como Robert De Niro en *El rey de la comedia*, cuando su personaje terminaba secuestrando al interpretado por Jerry Lewis para ocupar su puesto en el show televisivo que presentaba. He visto esa película decenas de veces y era la primera vez que pensaba en ella desde el punto de vista de Jerry Lewis.

Siempre he procurado cuidar y atender a los fans, pero nunca sabes muy bien qué pasa por la cabeza de quien te admira. O de quien te odia. Porque de

estos también tenía, claro. No conozco ningún caso de éxito en internet que no tenga asignado su cuota de *haters*, de gente muy enfadada a la que le parezca mal que hagas cosas y que esas cosas puedan gustarle a personas que no son ellos. Suelen ser los más ruidosos y molestos, ya que mientras que aquel que sigue tu trabajo y lo disfruta no suele necesitar manifestarlo más allá de regalarte un *me gusta* o hacerte un retuit, el que te odia no se divierte hasta que protesta y te hace saber lo mal que le parece todo. Es un fenómeno curioso que siempre he observado con interés prácticamente antropológico, como parte inseparable del espectáculo, y algo a lo que nunca le había dado demasiada importancia porque ya tenía comprobado que nadie que te insulte por internet lo hace luego en persona, fuera del anonimato. Probablemente, porque sus insultos no están dirigidos verdaderamente a ti. Si te toca recibirlos en algún momento es porque eres el blanco de moda al que dirigir todo ese odio del que el *hater* necesita desprenderse.

Lo que me preocupaba era que hubiera alguien que me odiara realmente, que más allá de ser un *hater* en internet hubiera decidido serlo también en la vida real. O que yo hubiera hecho algo sin pretenderlo que hubiese molestado a algún fan, provocando que ahora se encontrase en el Lado Oscuro de la Fuerza. Un *hater* puede llegar a ser molesto, pero tan solo eso. Alguien que te ha admirado y ha dejado de hacerlo, en cambio, puede llegar a ser algo de lo que tengas que preocuparte. Y teniendo en cuenta toda la gente que me conocía desde el verano, la probabilidad de que esto pudiera pasar se había multiplicado considerablemente.

Aquella tarde, tras comer con mis amigos, me encerré en casa para repasar todo lo que había sucedido a lo largo de los últimos meses, y enlazando un pensamiento con otro me acabé remontando mucho más lejos. Porque aparte de las últimas semanas, tampoco es que mi vida haya sido nunca demasiado normal.

Te dije al comienzo que la historia de mi doble me cambió la vida, pero no era la primera vez que Twitter intervenía en mi destino. Hace diez años lo utilicé para preguntar si hacía falta pedir cita para renovar el carné de identidad, y una de las personas que me contestaron fue Alba. Así fue como nos conocimos. Tan sencillo como eso. Te despiertas de una siesta, tecleas en Twitter una pregunta porque te da pereza ponerte a buscar su respuesta y acabas encontrando a la que años después será la madre de tu hijo. Tampoco es que conocer a gente por internet fuera una novedad entonces, pero que nuestras vidas se cruzasen de manera tan fortuita se tradujo en una situación que se repetía a menudo.

Cuando vivía en la otra casa con Alba, a veces entraba en una habitación pensando que ella estaría allí, pero lo único que encontraba era una habitación vacía. Ella estaba en realidad en la habitación de al lado o detrás de mí o en la

otra punta de la casa, pero hasta que me daba cuenta, esa seguridad con la que esperaba encontrarla, contrastada con la evidencia de su ausencia, me llevaba a imaginar que Alba no existía. Que me la había inventado. Era un pensamiento que tan solo duraba un par de segundos, una especie de broma rara que me gastaba a mí mismo. Una forma de cuestionar mi realidad, y eso es lo que hice aquella tarde mientras revisaba mi pasado más inmediato.

Párate a pensarlo un poco. Nada de lo que me había sucedido desde el verano tenía demasiado sentido. Me fui de vacaciones con mi novia y con mi hijo recién nacido y volví de allí siendo alguien famoso gracias a haber contado una historia de ciencia ficción en Twitter. Pero qué locura era esa. Es que, piénsalo: te vas fuera unos días y cuando vuelves tienes a todas las televisiones haciendo cola en la puerta de tu casa para abordarte con preguntas por algo que no te parece demasiado diferente a otras cosas que ya habías hecho antes. ¿Tan diferente era aquella historia de la película que dirigí años atrás? ¿Por qué esa había tenido el éxito que tuvo y todo lo demás no llegó a tanta gente? A ver, es que cuando meses después escribí el cuento de Navidad llegué a incorporar a la trama a Alberto Chicote y a Cristina Pedroche, dos de los presentadores de las campanadas, y diez minutos antes de que se acabase el año me hice una foto con ellos que publiqué en Twitter. ¿Eso había pasado realmente?

Escribes algo, te vuelves famoso, te ofrecen escribir otra historia con el apoyo de la propia plataforma en la que la has contado, consigues un contrato para escribir una novela, te roban, te hackean y acabas convirtiéndote en otra persona durante unas horas. Literalmente. Y entre medias, visitas a un consejo de sabios compuesto por diez ancianos en una habitación que no consigues ubicar espacialmente. Quizá lo de convertirme en otra persona pueda parecer lo más extraño de todo, pero viéndolo con un poco de perspectiva, no mucho más que todo lo demás. ¿Cuál había sido la clave para volverme famoso de repente, casi de un día para otro? ¿Por qué me estaba pasando todo aquello a mí? ¿No sería que en realidad no me estaba pasando nada? ¿Me lo estaba inventando todo? ¿Existía Alicia? ¿Existían Alba y Alex? ¿No era un poco raro que no estuvieran allí ahora, en esa nueva casa, acompañándome mientras terminábamos la mudanza en vez de estar incomunicados en otra parte del mundo? Los echaba mucho de menos.

Existieran o no, me habría gustado que estuvieran allí conmigo.

Salir a dar una charla en aquel momento podría parecer mala idea, justo cuando estaba comenzando a dudar hasta de mi propia existencia, pero pensé que era lo mejor que podía hacer. Se trataba de un encuentro que tenía apalabrado desde hacía meses, antes de saber que me iba a coincidir con días tan extraños como los que estaba viviendo. El caso es que al poco de concluir mi historia veraniega recibí muchas invitaciones para dar charlas, entre ellas la de aquel colegio de Madrid al que me disponía a asistir.

Lo último que pude pensar cuando estaba contando la historia de mi doble era que aquello terminase siendo un tema del que se hablaría en las escuelas, pero ha sido mucha gente la que me comentó a través de Twitter una situación que desde entonces es habitual: profesores hablando de mí en clases de Lengua y Literatura. Casi nada. Creo que el profesorado vio en mi historia una manera de fomentar la lectura entre sus alumnos, y algunos no dudaron en invitarme a que fuera a contarles cómo preparé todo. Ofrecerles un encuentro con la persona que les tuvo enganchados a la lectura durante varios días, aunque el soporte fuera un teléfono móvil en vez de un libro de papel. En casa lo único que habría hecho sería darle vueltas a la cabeza, pero en aquel colegio, rodeado de gente y caras desconocidas, podría olvidarme durante un rato de todo. Era lo que más necesitaba en ese momento.

En el centro escolar me recibió Teresa, la profesora de Literatura que me había escrito. Llegué antes de la hora acordada, así que aprovechamos para dar una vuelta por las instalaciones y cuando llegamos a su aula, me enseñó los ejercicios que habían estado haciendo esa semana. Eran relatos fragmentados, por entregas de pocas palabras, cuentos que habían ido elaborando por grupos, inspirados en mi historia. Me contó también que una compañera suya le asignó a otra aula la tarea de escribir un final alternativo al que yo conté. Aquella iniciativa me puso de muy buen humor. Que esas profesoras hubieran considerado que una historia mía podía servir de inspiración para sus alumnos compensaba cualquier cosa mala que me hubiera podido pasar a raíz de toda la fama inesperada.

Cualquier cosa, excepto la posibilidad de que estuviera volviéndome loco.

Eso es difícil compensarlo con nada.

Al rato nos dirigimos al salón de actos del colegio, lleno de chavales y con la fotografía de la playa que ilustraba el primer tuit de la historia que publiqué en verano proyectada en la pantalla del escenario. Días atrás le había pasado a Teresa unas cuantas imágenes que utilizo de apoyo en las charlas. Aunque la gente suele asistir a estos encuentros sabiendo de qué va la cosa, procuro

empezar siempre haciendo un resumen de mi relato para quien no lo haya leído. Luego comento algunos ejemplos de historias anteriores que también jugaron con los límites entre realidad y ficción, como pueden ser *Marble Hornets*, *Ghostwatch* o la célebre retransmisión radiofónica de *La guerra de los mundos* orquestada por Orson Welles, y destaco otros casos de narrativa en redes sociales como *Legends of Hemato* de El Hematocrítico o cuando un colegio de Madrid simuló una narración en tiempo real del 23-F como si en esa época hubiera existido Twitter y alguien hubiera compartido a través de su cuenta lo que estaba sucediendo. Para terminar mi intervención, proyecto imágenes con comentarios, memes y fotomontajes que realizaron lectores de mi historia, lo que siempre arranca unas cuantas risas y deja al público en un buen punto para el turno de preguntas.

Mientras me dirigía hacia el escenario hice un repaso mental de este esquema, tratando de recordar el orden en el que iba a aparecer cada imagen según las fuera pasando. Iba tan concentrado y tan pendiente de no tropezarme al subir al estrado que casi me voy al suelo allí mismo sin necesidad de ninguna escalera traicionera, cuando un hombre grande se levantó de una butaca para ponerse en medio del pasillo y cortarme el paso.

—Hey, ¿qué pasa?

Me costó situar la cara que tenía delante. Lo último que esperaba era encontrarme en aquel colegio con alguien conocido, pero allí estaba César, mi amigo librero, el que vino a llevarse todos los cómics y libros de los que me deshice antes de la mudanza.

—Ostras, César. Qué susto.

—Jajaja, ¡que no soy tan feo, hombre!

—No, no, si lo digo por..., es que no esperaba encontrar a nadie aquí.

—¡Pues tienes la sala llena!

—Sí, ya, eso sí, pero no. Me refiero a nadie conocido.

—Ya, ya me imagino. Es que hoy tengo a Albertito en la librería, así que como vivo aquí al lado, pues me he dicho: pásate a ver qué se cuenta Manuel, jajaja. Me ha avisado mi chaval, que estudia aquí. Mira, es este.

César señaló a su izquierda, y allí sentado, junto a la butaca que él acababa de dejar vacía, había una versión en miniatura de sí mismo. Tan grandote como él pero a otra escala, sin barba pero con las mismas gafas. Me sonrió tímidamente y levantó un poco la mano, haciendo un amago de saludo.

—Ah, qué bien. Pues, oye, voy a subir. ¿Hablamos luego?

—Claro, claro. A ver qué cuentas, ¿eh? Jajaja.

No recuerdo cuál fue mi réplica a aquella pregunta. Seguramente «Pues lo de siempre», o «Solo cosas buenas», o «Tú, atento, y ya verás» o cualquier otra

combinación de palabras improvisada que en el fondo no significa nada. Lo que sí recuerdo como si César me lo estuviera diciendo ahora mismo, como si lo tuviera aquí delante repitiéndomelo a la cara, fue que alzó la voz, mientras yo terminaba de recorrer el pasillo hacia el escenario, y gritó:

—¡Ah, oye! ¡Al final te arrepentiste!, ¿eh?

—¿De qué?

—¡De tu colección! ¡Me dijo Albertito que el otro día te pasaste por la tienda! ¡Para volver a comprar todo lo que me vendiste!

Estoy seguro de que seguí andando a buen ritmo, de que subí las escaleras y me coloqué en el centro del escenario sin que nadie notase nada raro, pero mi sensación es que hice ese pequeño trayecto a cámara lenta, mientras mi cerebro trataba de procesar lo que César acababa de decirme. Yo no había ido a comprar los libros y tebeos de los que me deshice antes de la mudanza. Eso no había sucedido. Estaba seguro. La última vez que pasé por la librería de César fue hace meses, tal vez incluso había pasado un año desde mi última visita, porque desde el nacimiento de Alex, y con todo lo que me cayó encima después, lo último que tuve fue tiempo para acercarme a ninguna librería. Solo había comprado libros por correo desde verano, así que, ¿quién había comprado entonces toda mi colección?

Quizá Albertito, el empleado de César, estaba equivocado. Quizá no fui yo, sino alguien parecido a mí. Albertito siempre ha vivido un poco en su mundo, César se parte de risa contándome sus despistes. Y si no fui yo, ¿quién había ido a aquella librería, a comprar todo lo que le vendí? ¿Quién podía saber que parte de mi colección se encontraba a la venta? ¿Y para qué comprarla en bloque, de una sola vez?

Aunque estoy convencido de que mi llegada al escenario no tuvo nada de raro, una vez allí sí generé un silencio incómodo sin pretenderlo. Me quedé allí de pie, organizando mentalmente ese embrollo, con la mirada perdida al frente. En cuanto me di cuenta de que todos los asistentes guardaban silencio, reaccioné y bajé la vista. Delante de mí tenía una sala llena de Manueles Bartuales. Ocupaban todas las butacas, unos más altos que otros, pero allí estaban todos, más de doscientos Manueles con la cara idéntica mirándome, expectantes.

Sentí un pequeño mareo y temí desmayarme y abrirme la cabeza contra el suelo y llenar el escenario de sangre, lo cual habría sido un poco incómodo para todos porque no era precisamente la actuación que tenía prevista, pero antes de que el mareo fuera a más, una carcajada me hizo fijarme en un punto del salón de actos.

Era César desde su butaca, con su cara de César, partiéndose de risa. Su reacción acabó contagiando al resto del aforo, y segundos después todas las

caras de Manuel Bartual que llenaban el patio de butacas comenzaron a caer. Se trataba de máscaras de papel que los alumnos habían impreso y recortado para gastarme una broma, como rápidamente entendí. Pese al mareo, sonreí y conseguí articular un comentario chistoso que tuvo como respuesta una sonora carcajada.

Y justo en aquel momento lo vi. Cuando el público terminaba de reírse, me fijé en él.

Sentado al fondo, en una esquina.

Era Manuel Bartual.

Un Manuel Bartual de verdad, no uno que intentara parecerlo con la ayuda de una máscara de papel. Me observaba desde la distancia, demostrando la tridimensionalidad de su cara con pequeños movimientos de cabeza mientras miraba a su alrededor. Aunque ya tenía un par de focos sobre mí, cegándome lo suficiente como para ver al público como si estuviera inmerso en una neblina, en ningún momento dudé de lo que estaba viendo: era Manuel Bartual.

Era otro Manuel Bartual.

Llevaba puesta la camiseta que me había desaparecido.

Y se estaba levantando.

Nunca he dejado a nadie colgado en ningún acto al que me hayan invitado. He rechazado propuestas por problemas de agenda, que es lo que dices cuando no te apetece ir a algún sitio, o simplemente porque si aceptas todo lo que te proponen acabas por no tener tiempo para ti. Pero desde el momento en que confirmo mi asistencia a una charla, a una mesa redonda o a lo que sea, allí estoy siempre para hacerlo lo mejor que pueda.

Por eso me quedé bloqueado en aquel colegio, sobre el escenario, mientras el otro Manuel abandonaba el salón de actos. No era solo la sorpresa lo que me paralizaba, era también este sentimiento de responsabilidad que me impide saltarme una obligación. La sala estaba llena de gente esperando que comenzase mi presentación, pero no podía quedarme sin hacer nada. Estaba seguro de lo que había visto.

—Perdón. Ahora vuelvo.

Bajé tan rápido como pude del escenario y atravesé la sala en mucho menos tiempo del que había invertido apenas un par de minutos antes. Abrí la puerta y salí a los pasillos del colegio, pero no vi a nadie. Tenía dos opciones, ir hacia la derecha o hacia la izquierda. Corrí hacia mi derecha, y al llegar a la esquina me asomé a otro pasillo con aulas, pero también estaba vacío. Así que eché a correr hasta el otro extremo y entonces sí, allí estaba el otro Manuel. Se dirigía hacia lo que parecía una puerta que daba al exterior.

Salí del edificio poco después que él, y una vez en la calle me costó poco

localizarlo. Había mucha gente, era última hora de la tarde y noche cerrada, pero pude distinguirlo cruzando un paso de cebra mientras se ponía un abrigo. Hacía frío. Yo debería haber cogido el mío también, pero no iba a desperdiciar la oportunidad de descubrir qué estaba pasando. Quién era él. Por qué era idéntico a mí.

La persecución fue muy poco cinematográfica, la verdad. Prefiero aclarártelo, porque al leer *persecución* es probable que hayas imaginado una escena muy diferente a la de aquella noche. El otro Manuel caminaba despacio, sin prisa por llegar a ningún lado, y yo lo seguía a cierta distancia desde la acera de enfrente, pasito a pasito. Cuando se detenía para cruzar un semáforo yo hacía lo mismo, siempre detrás de él, y en cuanto retomaba el paso continuaba siguiéndolo. En ningún momento corrió ni nos cruzamos con una marabunta que me hiciera perderlo de vista. Me pregunté de dónde salen esas marabuntas en las películas, si acaso no serán colectivos perfectamente organizados que recorren la ciudad pendientes de una persecución para cruzarse en el camino del protagonista y añadir tensión a la escena. Recordé también que esta no era la primera vez que seguía a alguien.

Tampoco es que sea un experto en persecuciones, pero hace mucho tiempo, cuando trabajaba en el videoclub, una tarde acabé siguiendo a la Señora Tomás. No fue algo premeditado, sino que simplemente aquel día alargó más de la cuenta su ronda de preguntas y para cuando salió del local con su película alquilada yo había terminado mi turno. Comencé a caminar hacia casa de mis padres y ella iba delante, imagino que hacia la suya. Nunca me la había cruzado por el barrio, y llegados al punto en el que nuestros caminos se separaban, me pudo la curiosidad. Decidí seguirla, no sé muy bien por qué. No mucho después llegamos a un parque, y allí la Señora Tomás se acercó a un banco en el que había una chica sentada junto a un anciano en silla de ruedas.

Yo nunca había visto a su marido en persona, pero no me costó demasiado reconocer la cara de Tomás Aquilino Pérez. La había visto decenas de veces, cuando la Señora Tomás terminaba decidiendo qué película alquilar y sacaba de su bolso el carné de socio de su marido para agitarlo delante de mi cara, pero aquel Tomás Aquilino Pérez que tenía delante no parecía el mismo que había visto tantas veces en aquella diminuta foto con cara alegre y sonriente. Aquel otro Tomás Aquilino Pérez, el que estaba sentado en una silla de ruedas, parecía una versión muy envejecida y triste del que yo tenía en mente. Pero era él, de eso estaba seguro.

La Señora Tomás saludó a aquella chica, que bien podría ser su hija o su sobrina, y luego le dio un beso a su marido. Se sentó a su lado y le enseñó la película que llevaba en el bolso. El videoclub en el que trabajé no era uno de

esos en los que cuando alquilabas una peli te la entregaban en una funda impersonal, aquel permitía que te llevaras a casa la película dentro de su carátula original. Así que eso pudo ver Tomás Aquilino Pérez, con su cabeza algo caída, como si una parte le pesara más de lo que su cuello podía permitirse sujetar. Estaba a suficiente distancia de ellos como para no escuchar lo que la Señora Tomás le decía, pero entendí rápidamente que había comenzado a contarle a su marido aquella película de principio a fin, con todo lujo de detalles, o al menos todos los que yo mismo le había dado minutos antes. Tomás Aquilino Pérez no parecía inmutarse, pero si te fijabas bien, te dabas cuenta de que de vez en cuando sonreía.

Cuando por fin me animé a detener al otro Manuel me acordé de aquel momento. No fue valentía lo que me permitió encararme con él, sino más bien aburrimiento: llevaba media hora siguiéndolo y en vez de dirigirse a algún punto concreto parecía caminar sin rumbo, como dando un paseo. Durante los primeros minutos de aquella muy poco emocionante persecución pensé que quizá me acabaría conduciendo a un lugar que me ayudase a entender qué estaba pasando, o por lo menos me aportara una pieza importante del rompecabezas que componía aquel misterio. No sé, que de repente girase una esquina y entrase por un portal dimensional que conectase con un mundo idéntico al nuestro, por ejemplo, o que llegase a un edificio en cuya entrada se pudiera leer «Fabricamos clones, precios económicos», pero temiendo que nada parecido fuera a suceder, aproveché un semáforo en rojo para situarme frente a él, cara a cara.

Lo que vi me recordó a Tomás Aquilino Pérez, aquel Tomás Aquilino Pérez cuya cara era una versión envejecida de la que yo conocía. Eso es lo que tenía delante, prácticamente un anciano. Me esforcé en reconocerme debajo de todas aquellas arrugas, hasta que me di cuenta de que, a diferencia de aquel encuentro con el Tomás Aquilino Pérez de carne y hueso, en este caso no merecía la pena intentarlo.

Aquel no era yo. Quiero decir, no era una versión envejecida de mí, ni nadie que se pareciera remotamente a Manuel Bartual. Encima llevaba bigote, que es algo que yo nunca he tenido ni tendré, porque cuando descubrí a Superman gracias a la película de Christopher Reeve, decidí que el primer paso para ser como Superman era no tener bigote. Si él no tenía nada debajo de la nariz aparte de la boca, yo seguiría su ejemplo durante toda mi vida.

Así que aquel señor no era ni Manuel Bartual ni Superman ni nadie que yo pudiera conocer. Era, en todo caso, alguien muy desconcertado por el tío que se le había parado delante repasando cada detalle de su cara. Así que, muy avergonzado, acabé dando un paso atrás, luego dos a mi derecha y, para terminar mi torpe coreografía, eché a andar a buen ritmo mientras aquel hombre se volvía

para seguirme con su mirada. Antes de alejarme traté de ofrecerle una explicación:

—Perdón. Pensaba que era yo.

En el camino de vuelta al colegio me concentré en mi siguiente disculpa. En cuanto llegase, buscaría a Teresa, la profesora que tan amablemente me había invitado a dar aquella charla, para pedirle perdón por haberles dejado colgados de esa manera. Qué tonto me sentía. Podría proponerle volver a subir al escenario, pero no me veía con ánimo suficiente. Al final, dejar a un lado mis problemas durante un rato no había resultado ser tan buena idea, porque estaba claro que en lo único en lo que podía pensar era en ellos. Era la única explicación posible a lo que me acababa de pasar, a haber confundido a aquel anciano conmigo cuando lo único que compartíamos era una altura similar. Si hasta me había imaginado que llevaba mi camiseta, la que me había desaparecido, cosa que pude comprobar que no era así cuando lo tuve cara a cara.

Entré al colegio por la puerta principal, y allí me crucé con un montón de chavales. Me miraban sonrientes, cuchicheando entre ellos. A esas horas no parecía haber ninguna otra actividad en el centro, así que imaginé que eran los que me habían estado esperando en el salón de actos. Menudo espectáculo acababa de darles, convocándolos allí para nada. Me detuve, miré a mi alrededor tratando de localizar a Teresa y vi que se acercaba César con mini-César a su lado.

—Menudo numerito, jajaja.

—Ya, lo siento...

—¿Esto lo haces siempre o qué?

—No, para nada. Es la primera vez que me pasa. No sé, lo siento mucho. ¿Habéis estado esperándome mucho rato?

—No, solo un minuto.

—¿Cómo?

—Pues eso, un minuto.

—Pero cómo que un minuto.

—Va, no me vaciles, jajaja. Qué gracia. Los chavales se meaban de la risa en cuanto has vuelto, con la camiseta de tu historia. ¿Es lo que haces siempre? ¿Subir y luego bajar y luego subir otra vez disfrazado del otro Manuel?

Vale, a ver. Una cosa es que Albertito diga que fui a la librería a recuperar el lote que les había vendido, cosa que bien podría haber hecho cualquier otra persona porque Albertito es así, el pobre no se entera. Una vez dijo que había entrado Elvis a comprar la biografía de Lemmy el de Motörhead, no te digo más. Como para fiarse de él. Pero de César sí que me fío. Si César dice que Manuel Bartual subió a ese escenario a dar una charla, será que Manuel Bartual subió a ese escenario a dar una charla. César me conoce bien, es mi librero de confianza desde hace más de diez años. Es un buen amigo. Y, piénsalo, aparte de él, estamos hablando de una sala llena de chavales convencidos de que Manuel Bartual había realizado su intervención. Aunque no me conozcan tanto como César, seguro que han visto fotos mías, suficientes como para darse cuenta de si aquel era yo o no. Y no lo era. Era otro, porque yo no di esa charla. En aquel momento estaba persiguiendo al otro Manuel, que resultó no ser el otro Manuel porque el otro Manuel estaba donde el Manuel de verdad debería haber estado. Vamos, un lío.

Pero hay más. Ve preparándote, porque ahora viene lo gordo.

Cuando salí de aquel colegio tuve claro lo que tenía que hacer. Si toda aquella gente había sido engañada, no tenía ninguna garantía de que la persona que me acababa de suplantar pudiera engañar también a gente que me conoce incluso mejor que César. Gente como mi familia. Así que tomé la decisión que me pareció más sensata, y ya que no tenía ninguna forma de avisarles de lo que estaba pasando, nada más llegar a casa compré un vuelo a Suiza. Quería estar con Alba y con Alex. Necesitaba estar con ellos. Me ponía enfermo pensar que el otro Manuel decidiera presentarse allí como si nada. Era improbable que pudiera saber dónde se encontraban exactamente, pero ya nada me parecía imposible.

De camino al aeropuerto comprobé los horarios del autobús que llevaba al pueblo de la abuela de Alba. Me tocaría pasar la noche en el aeropuerto suizo, pero si todo iba bien, llegaría a mi destino a media mañana. Aunque el otro Manuel hubiera pensado hacer esto mismo al salir de dar la charla, difícilmente llegaría a Suiza antes que yo. Eso me tranquilizó un poco. Así que, sentado en el asiento de atrás de un taxi y a medio camino del aeropuerto, decidí llamar a mi madre.

—Quién es.

—Mamá, soy tu hijo. El mayor.

—Ah.

—Jolín, mamá, cuánto entusiasmo.

—Es que estoy viendo una peli de espías.
—Vale, pues apaga la tele un momento, por favor. Apágala, que te tengo que contar algo importante. ¿Ya la has apagado?
—No.
—¿Y ahora?
—Espera.
—¿Ya?
—Sí.
—Vale. Gracias. Mira, esto te va a sonar raro, pero si voy a casa no me abras. Aunque insista. Y díselo a papá también: no me abráis la puerta.
—Hijo, ¿estás bien?
—Sí. Y quiero que vosotros también lo estéis, así que no me abráis la puerta. Por favor.
—Pero ¿nunca?
—No, nunca no. Solo de momento.
—¿Y hasta cuándo?
—Pues no sé. Pero, mira, podemos hacer una cosa. Vamos a inventarnos una palabra, ¿vale? Una palabra que nos sirva de contraseña.
—¿Como en las pelis de espías?
—Eso es, como en las pelis de espías. Si voy a casa y llamo a la puerta para que me abráis, solo podréis hacerlo si os digo esa palabra. Porque solo la sabremos tú, papá y yo, ¿de acuerdo?
—Sí, vale.
—Genial. ¿Qué palabra puede ser?
—Pero ¿dónde estás? Oigo ruidos. ¿Estás en casa?
—No. Estoy en un taxi. He comprado un billete de avión, me voy a Suiza.
—¿Con Alex y con Alba?
—Sí.
—Qué bien. Pues qué pronto, ¿no?
—¿Pronto?
—Sí. Me dijiste que igual ibas, pero dentro de unos días.
—Mamá, yo no te he dicho que fuera a ir a Suiza.
—Cómo que no. Me lo dijiste ayer.
—¿Ayer?
—Sí, ayer. Cuando te llamé.
—Mamá, ayer no me llamaste.
—Cómo que no.
—Pues como que no. ¿Con quién hablaste?
—Contigo. Te llamé a casa.

—...

—¿Hijo?

—Mamá, todavía no te he dado el teléfono de la casa nueva. ¿A qué número llamaste?

Quizá ya te lo habías imaginado, pero a mí me pilló por sorpresa. Aunque hasta cierto punto es algo que podría haber llegado a adivinar sin necesidad de aquella llamada. Tenía sentido. Es el tipo de cosa en la que esperaba que hubiera reparado el consejo de sabios, pero imagino que les pasó como a mí y no se fijaron en los detalles correctos. O quizá sí lo hicieron pero se limitaron a adelantarme lo que me iba a pasar inmediatamente, no aquello de lo que me daría cuenta un par de días después.

El otro Manuel estaba en mi casa. Estaba seguro. No en mi nueva casa, sino en mi casa anterior, la que acababa de dejar. La casa de la que no había conseguido dar de baja la línea telefónica, la que conservaba mi número de teléfono anterior, el número al que mi madre había llamado para acabar hablando con el otro Manuel. Lo peor de esto no me parecía la conversación en sí, que por lo que me dijo mi madre cuando le pregunté parece que fue completamente normal, sino que hasta mi propia madre no hubiera apreciado nada raro en aquella voz. Que estuviera convencida de que había hablado conmigo.

Estaba a punto de llegar al aeropuerto, pero le pedí al taxista que diéramos la vuelta y le indiqué mi antigua dirección. Sabía que esto suponía perder el vuelo a Suiza, lo cual tenía su punto irónico porque era algo que me pasaba tanto en la historia veraniega como en el relato navideño que escribí para Twitter: en ambas acababa perdiendo un avión. Comenzaba a estar un poco harto de que a mi vida le hubiera dado por imitar a la ficción. Apunté en una nota del móvil:

Idea para una historia: en vez de comprar un billete de avión que luego acabo perdiendo, compro un décimo de la lotería y me acaba tocando.

Como idea para una historia era más bien pobre, pero si la escribía y me sucedía, me iba a importar bien poco lo pobre que la trama fuera porque yo sería rico. Así que, mira, espero que no te moleste, pero me voy a permitir contarte algo que no sucedió. Por si mi vida decide en algún momento imitar al siguiente párrafo.

El taxista vendía lotería, así que decidí comprarle un décimo. Esa decisión me acabó cambiando la vida para siempre porque aquel número resultó ser el ganador de un sorteo que me convirtió en millonario. Aunque el dinero no da la felicidad, no me vino nada mal. Ni a mí ni a mi familia. Eso fue lo mejor de todo. Me reuní con ellos, celebramos el premio y dejamos de preocuparnos de dónde sacar el dinero para pagar las facturas y nos limitamos a ser felices para siempre. Fin.

Pero volvamos a lo que sí pasó en realidad.

Al llegar a mi antigua casa no tuve problemas para entrar en el edificio, ya que todavía conservaba un juego de llaves. Pensaba deshacerme de ellas, pero era algo que iba dejando de un día para otro porque había enganchado las llaves del piso nuevo a su mismo llavero. Así que entré en el portal. Me crucé con un vecino que me saludó y compartimos el ascensor. Estuve a punto de preguntarle si me había visto o habíamos hablado últimamente, pero como parecía la pregunta de un loco decidí ahorrármela. Lo que sí tendría que haber hecho es pedirle ayuda, aunque fuera inventándome alguna mentira. No sé, decirle si podía echarme una mano para colgar una cortina, o cualquier otra cosa que sonase a lo que podrías pedirle a un vecino. Es probable que entrar en mi antiguo piso acompañado hubiera evitado todo lo que me sucedió después, pero si no pensé que me podía venir bien algo de ayuda fue porque por primera vez en toda esta historia me sentía un paso por delante del otro Manuel. O de quien fuera esa persona.

Lo había bautizado como el otro Manuel por influencia clara de la historia que escribí sobre mi doble, aunque dudaba de que lo que me estaba pasando tuviera ninguna relación. Aquello había sido una historia de ficción, ¿no? Seguro que sí. O casi seguro, vamos. Fuera como fuera, lo importante es que estaba convencido de haber descubierto algo con lo que él no contaba, de que iba a poder sorprenderle y entender por fin qué sucedía.

Pero al llegar a la puerta de mi antiguo piso, toqué al timbre.

Porque, a ver, una cosa era sorprenderle y otra ser un maleducado. A fin de cuentas, aquella ya no era mi casa. Y cabía la posibilidad de que me estuviera flipando un poco y allí viviese ahora una persona que nada tuviera que ver con el otro Manuel. No me apetecía entrar y encontrarme a alguien saliendo de la ducha, por ejemplo. Menuda situación más incómoda. Me pasó en varias ocasiones, cuando la portera subía con el del gas para leer el contador y acababa entrando con él porque yo no abría la puerta. Parecía que lo hicieran a propósito, que esperasen a que me metiera en la ducha para subir a casa. Una vez pegamos un buen grito los tres al cruzarnos en una esquina del pasillo, ellos vestidos y yo con albornoz. Por eso insistí durante un rato llamando al timbre, quería asegurarme de que dentro no había nadie antes de olvidarme durante cinco segundos de la educación y abrir aquella puerta.

Al entrar tardé muy poco en confirmar que allí vivía alguien que, fuese quien fuese, algún tipo de relación debía de tener con lo que me estaba pasando. Pulsé el interruptor de la luz, pero no sucedió nada, aquel suministro sí que había conseguido darlo de baja. Por suerte se colaba suficiente luz a través de las ventanas que daban al patio interior como para apreciar lo que tenía frente a mí,

en el pasillo de la entrada. Es difícil de explicar.

No sé si has visto alguna vez una de esas imágenes que circulan por internet con formas y colores que parecen en movimiento, aunque verdaderamente nada se mueve en ellas. Son imágenes estáticas con un patrón que engaña a tu cerebro, y eres tú quien ve movimiento donde no lo hay. Bien, pues esto era muy parecido. Escrito con trazos negros gruesos por las paredes y el suelo había lo que podía interpretarse como letras de un alfabeto antiguo, abarcando el espacio exacto que ocupaban los muebles y adornos que teníamos antes de la mudanza. Esa escritura producía un efecto muy extraño, ya que por un lado transmitía una sensación absolutamente irreal, como si las letras tuvieran el volumen exacto de los objetos que habíamos tenido allí, y al mismo tiempo parecían estar en movimiento, fluyendo pero sin escapar de la forma que imitaban.

Toqué una pared y el efecto desapareció al instante, ya que comprobé que efectivamente eran tan solo signos escritos. Me bastó con apartar la mano para que mi cerebro volviera a apreciar volúmenes y movimiento. Era un efecto un poco mareante. Los trazos me recordaron al tachón que encontré en mi buzón, tenían un grosor similar. Y en medio de todo, colgando de una pared, estaba el dibujo de Alba como Finn el Humano y yo como Jake el Perro que me habían robado.

Recorrí el resto de la vivienda y la escritura seguía presente por todas partes, dando forma a una mesa, a varias sillas, a marcos que ya no colgaban de las paredes y a cualquier otra cosa que hubiera ocupado aquel espacio hasta hacía tan solo diez o doce días. Cuando llegué al salón encontré las estanterías que habíamos dejado para el próximo inquilino. Estaban iluminadas por la luz de las farolas de la calle que se colaba por las ventanas, con los libros y tebeos que le había vendido a César colocados en ellas. Proyectaban largas sombras.

También estaba el muñeco de Hulk que me regaló Alba, pero lo que más me llamó la atención fue que cada novela y cada cómic ocupaba de nuevo su sitio exacto, dejando entre unos y otros los huecos correspondientes a los ejemplares que había decidido llevarme a la casa nueva. Las pintadas también estaban sobre las estanterías, dando forma a esos libros ausentes.

Había aprendido la lección, así que saqué mi teléfono para hacer alguna foto y así tener una prueba de lo que estaba viendo, pero esto solo añadió más desconcierto. La escritura pintada no aparecía en la pantalla del móvil. Cuando lo alcé para fotografiar la estantería, lo único que allí veía eran estantes medio vacíos, con toda la colección de la que me había desprendido. Apunté con el móvil a otras partes de la casa y pasaba lo mismo. Probé a grabar un vídeo con idéntico resultado.

No sé si te habrá pasado alguna vez, tener delante de ti un fenómeno que

escapa por completo a tu comprensión. Algo que parece irreal. En mi caso, el espectáculo me resultaba fascinante, me costaba apartar la vista de la extraña escritura en movimiento, pero al mismo tiempo sentí la necesidad de salir de allí. Pedir ayuda, ahora sí. Volver con alguien que al menos pudiera ver todo aquello para confirmarme que no estaba volviéndome loco.

Me dirigí rápido hacia la entrada, pero de camino vi algo de luz al fondo del pasillo, una luz parpadeante que provenía del dormitorio. Pregunté:

—¿Hola?

Y no recibí respuesta.

Así que fui hacia allí procurando no hacer ningún ruido.

Es probable que esta situación te recuerde a otra parte de esta historia. Yo pensé en ello inevitablemente. Me acordé de Alicia, de la primera vez que fui a su casa y entré hasta su dormitorio porque había dejado la puerta abierta y me la encontré allí de espaldas a mí. Pensé que la escena iba a repetirse y me iba a encontrar allí con alguien de espaldas a mí, pero lo que vi tras recorrer mi antiguo pasillo y asomarme al que había sido mi dormitorio fue algo completamente inesperado.

La luz provenía de unas velas colocadas alrededor del espacio donde teníamos la cama. Recorrían su forma, pero al mismo tiempo dibujaban una extraña figura, expandiéndose en espiral hacia el resto de la habitación. La forma de la cama quedaba definida por trazos de escritura, y a su lado otra zona componía el espacio de la cuna que teníamos junto a ella. Sobre la cama, ocupando el lado donde ella suele dormir, había un muñeco a tamaño real confeccionado a base de trapos con la palabra *Alba* escrita en la cabeza. En la cuna, otro muñeco más pequeño con un diminuto *Alex* en lo que podría ser su frente.

Me di la vuelta para huir de allí, pero, antes de dar un solo paso, algo me golpeó.

Caí al suelo.

Mi cabeza chocó al caer.

Lo último que recuerdo ver antes de perder el conocimiento fue un casco de moto, en una esquina de la habitación, pintado de verde fosforito con unas llamas azules a los lados. Llamas de fuego, por suerte, no el animal. Solo faltaba que hubiera sido el animal.

A partir de este momento me cuesta saber cuándo sucedió cada cosa. No el orden, que sí lo tengo claro, sino si todo lo que te voy a contar a continuación pasó a lo largo de un par de días o de cuántos exactamente. Yo diría que no fueron más de dos o tres, pero no puedo asegurártelo.

Cuando desperté estaba de nuevo en el salón de mi antigua casa, tumbado en el suelo. Estaba solo. Me dolía la cabeza. Me incorporé, y al llevarme una mano a la frente encontré algo grumoso que debía de ser sangre seca. Tenía una pequeña herida, creo que por el golpe que me di al caer al suelo, y un corte especialmente doloroso en mi ceja derecha. No sabría decirte si fuera era de día o de noche, ya que unos tablones tapiaban las ventanas. Estaban clavados a las paredes. Esto me hizo calcular que al menos debí de pasar unas cuantas horas inconsciente. Aunque aquellos tablones ya estuvieran en la casa, clavarlos debió suponer un buen rato de trabajo. Y mucho ruido. No sé cuántos niveles de inconsciencia hay, pero yo debí de alcanzar uno bien elevado tras aquel golpe, porque no me enteré de nada. Nivel de inconsciencia prémium plus, por lo menos.

Llevé mi mano al bolsillo del pantalón donde guardo el teléfono móvil, casi de forma instintiva. Estaba vacío. Comprobé el resto de bolsillos y quien fuera que me dejó allí dentro me había quitado todo: teléfono, llaves y cartera. En una esquina había algo de pie. Al principio me sobresalté porque no era fácil identificar su forma, ya que los tablones apenas dejaban que se colase nada de luz. Me acerqué despacio y pude comprobar que era la lámpara que me habían robado. Quizá ya estaba allí cuando entré por primera vez y no me había fijado en ella. La enchufé y probé a encenderla, pero el suministro de electricidad debía de seguir cortado. Fui hasta la puerta del salón. Giré el picaporte y tiré hacia mí. Algo impedía que la puerta se moviera. Lo intenté varias veces, cada vez con más fuerza que la anterior, pero el resultado fue siempre el mismo.

Pensé en gritar, en dar golpes contra el suelo y las paredes o aporrear las tablas de las ventanas, pedir ayuda, pero no hice nada de esto. No merecía la pena. Estaba en un séptimo piso, por lo que difícilmente nadie que pasara por la calle iba a oírme. El salón donde me encontraba estaba rodeado por la cocina, por otra habitación más pequeña y por un tramo largo de pasillo. Y abajo no vivía nadie.

Estaba encerrado y completamente aislado.

Pasé un buen rato dando vueltas por aquel salón al que tenía asociados muy buenos recuerdos, los mismos que parecían desaparecer a cada minuto que pasaba retenido allí, a oscuras. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la

oscuridad, pero casi prefería que no lo hubieran hecho, porque ahora veía claramente toda la escritura que ocupaba casi todo el suelo, las paredes y la estantería, en aparente movimiento, dando forma a todo lo que ya no estaba en aquella habitación. Me ponía nervioso tenerla por todas partes, mirase donde mirase.

Tenía que escapar, pero no se me ocurría cómo.

Traté de quitar alguno de los tablones que tapiaban las ventanas, calculando que aunque solo consiguiera quitar uno, podría romper el cristal que dejase a la vista y así tal vez llamar la atención de alguien que pasara por la calle. Pero nada. Estaban clavados a conciencia.

El dolor de cabeza no me ayudaba demasiado a idear la manera que me permitiera escapar, y otros pensamientos comenzaron a reclamar mi atención. Por un lado, me sentía muy imbécil. Tendría que haber seguido hasta el aeropuerto, y así ya estaría con Alba y con Alex, o por lo menos esperando el autobús en Suiza. O podría haberle pedido ayuda a alguien, no haber entrado solo a aquella casa. Creo que haber vivido allí tanto tiempo me hizo confiarme demasiado. Entré con la seguridad de estar en un entorno seguro y conocido, cuando en realidad ya no era nada ni remotamente parecido a eso.

Pero ante todo estaba el casco. No dejaba de pensar en el casco verde fosforito con llamas azules a los lados que vi antes de perder el conocimiento. Era igual que el que llevaba el repartidor que me trajo la hamburguesa de la que te hablé al comienzo, y me parecía muy difícil que existieran dos cascos idénticos. Era un casco muy particular. Tenía que ser el mismo. Y si lo era, ¿esto quería decir que era aquel repartidor quien estaba detrás de todo aquel lío que cada vez se complicaba más?

Me parecía más razonable eso que pensar que alguien me había robado y secuestrado y además había robado también aquel casco. Demasiada coincidencia hubiera sido. Así que era él, seguro. Y si era así, ¿quién era él exactamente, aparte de un repartidor? Lo cierto es que aquella noche, cuando me entregó la hamburguesa, no llegó a quitarse el casco. No pude verle la cara. Si era él, me parecía fatal que ahora estuviera haciéndome la vida imposible. Si es que hasta le di propina.

No tardé demasiado en confirmar mis sospechas. O quizá sí, no sé. Tengo la impresión de que no transcurrió mucho tiempo entre que desperté y pasó lo que voy a contarte a continuación, pero quién sabe. Es muy difícil cuantificar cuánto tiempo pasa cuando estás encerrado en una habitación a oscuras y no tienes ningún reloj a mano. El caso es que al rato escuché ruido al otro lado de la puerta, alguien había entrado en casa. Aunque lo primero que pensé fue que se trataría de mi secuestrador, me lancé a dar golpes y a gritar para pedir ayuda.

Ojalá me equivocase y fuera la portera con el del gas buscando a un Manuel Bartual recién salido de la ducha, pero no. Alguien se acercó a la puerta del salón. Ese mismo alguien manipuló un par de cerrojos que me sirvieron para entender por qué no conseguía abrirla desde dentro.

Di un par de pasos atrás y apareció el repartidor. Con el casco puesto. Llevaba una bolsa de papel en una mano y una caja en la otra. Dejó la caja en el suelo, y mientras colocaba la bolsa de papel sobre ella, me acerqué a él. Estaba cagado de miedo, pero intenté que no se notara demasiado.

—Oye, perdona, a ver, no sé quién eres ni por qué me...

Chapurreé algo así. El repartidor se incorporó, levantó una mano y pronunció una palabra. Juraría que fue eso mismo, una palabra, aunque no entendí lo que dijo. No parecía un idioma. Imagínalo como un sonido. Fuera lo que fuese, aquello sonó a orden, y mi cuerpo reaccionó como si mis brazos y mis piernas, a diferencia de mi cerebro, sí que hubieran entendido lo que acababa de decirles. Me quedé allí de pie, paralizado. Sentía mis extremidades como si fueran un peso muerto suspendido en el espacio, una parte de mí que de repente no parecía pertenecerme. Traté de decir algo, pero ni mi lengua ni mi boca respondieron.

El repartidor bajó su mano, se quitó la sudadera que llevaba puesta y luego, casi como si de un acto ceremonial se tratase, o por lo menos como si fuera consciente del suspense que esa acción me acabó transmitiendo, se quitó el casco.

Nos miramos, frente a frente. En silencio.

La cara me resultó muy familiar.

No era alguien que conociese. Tampoco era el otro Manuel, que es a quien esperaba encontrar ahí. Era esa persona en la que días antes me pareció haberme transformado. Aparentaba ser algo más mayor que yo, pero en mejor forma. Rasgos afilados, mirada dura, una cicatriz en una mejilla, calvo. El repartidor sonrió. Yo no.

A diferencia de él, yo me quedé allí plantado, sin poder moverme, pero lo seguí con la mirada mientras recorría el salón. Dejó la bolsa de papel a un lado y abrió la caja. Dentro estaban el pollo de goma, la chistera y el resto del atrezzo que saqué de aquella caja de nuestra mudanza, el mismo día en que lo recibí en mi casa con el pedido equivocado.

Se acercó a una pared, sacó un lápiz grueso de un bolsillo y comenzó a escribir en un espacio libre. Dibujó unos trazos como los que había por toda la casa. Cada vez que el lápiz tocaba la pared, su punta respondía iluminándose. Como si aquello fuera una pieza de metal al rojo vivo. Diría que hasta llegué a ver saltar alguna chispa. El repartidor parecía canturrear algo mientras escribía,

como un rezo o algo así, pero tampoco conseguí entender bien qué decía. En esta ocasión lo hacía en voz baja, casi como para sí mismo y nadie más, pero cuando traté de entender algo, mis oídos se rindieron enseguida. No estaban preparados para descifrar aquel sonido.

Cuando terminó de escribir entendí lo que acababa de hacer. Había dibujado en el espacio donde antes teníamos colocada una pequeña estantería que nos habíamos llevado en la mudanza. Toda esa nueva escritura cobró forma y volumen al instante, tal y como sucedía con el resto de trazos, pero entonces ocurrió algo inesperado: el repartidor cogió la caja con el pollo de goma y todo lo demás y la colocó en uno de los estantes que acababa de dibujar. Era allí donde guardábamos el contenido de aquella caja, y fue allí donde se quedó. Suspendida en el aire. No eran más que pintadas en la pared, lo había podido comprobar cuando entré en la casa, así que lo que estaba viendo no tenía ningún sentido. Pero a estas alturas, te reconozco que no me sorprendí demasiado. El repartidor podría haberse quitado el casco y haber resultado ser, yo qué sé, el Monstruo de las Galletas. Por decir algo. O haber dado dos palmadas y que una nave espacial llena de Teletubbies nos hubiera teletransportado hasta su interior. Te prometo que si hubiera pasado cualquiera de estas cosas me habría sorprendido tanto como lo que me sorprendí al tener una caja flotando delante de mis ojos, rodeada de una escritura viva que simulaba una de mis estanterías. Es decir: muy poco.

Recuerda dónde estaba yo, allí de pie, paralizado tras recibir una orden que no había conseguido entender pronunciada por alguien que se comunicaba con extraños sonidos. Y eso mismo hizo a continuación: tras acercarse a la puerta, levantó de nuevo su mano y escuché algo que tampoco conseguí descifrar. Acto seguido mis piernas y mis brazos se relajaron. Caí al suelo, porque al recuperar el control de mis extremidades tardé un par de segundos en procesar que volvía a tener control sobre ellas y que debía utilizarlas para sujetarme. Cuando me levanté, el repartidor ya había salido y había vuelto a cerrar la puerta. Oí cómo echaba los cerrojos antes de alejarse.

Me fijé en que había dejado en el suelo la bolsa de papel. La abrí y en su interior encontré una hamburguesa con queso, tomate seco, guacamole y patatas cortadas a mano. Así que, bueno, míralo por el lado positivo. Quizá la realidad había dejado de tener sentido, pero al menos no me iba a morir de hambre.

O igual sí. Debería haber racionado la comida.

El repartidor tardó mucho en volver a aparecer, pero la verdad es que mi cabeza iba tan a tope que apenas tuve tiempo de pensar en el hambre que comencé a tener horas después. ¿Lo que acababa de ver era real? ¿Había entrado alguien con superpoderes y me había paralizado mágicamente? Creo que si no

hubiera tenido la caja con el pollo de goma allí mismo, flotando ante mis ojos, habría pensado que todo había sido un sueño o por lo menos una alucinación. Pero no. La caja estaba ahí, flotando, rodeada de toda aquella escritura viva. Probé a cogerla y volví a dejarla en su sitio. Funcionó. Toqué aquel simulacro de estantería y lo noté como algo sólido. Probé a palpar el resto de objetos dibujados a lo largo del salón y lo mismo.

Me senté en el sofá compuesto por trazos. Era hasta cómodo. Fuera lo que fuese aquello, estaba comenzado a ser más real. Y el repartidor parecía satisfecho. Cuando dejó la caja en la estantería que acababa de dibujar lo noté en su cara. La dejó con cuidado, como si no tuviera claro si iba a quedarse suspendida en el aire o no, y cuando sucedió le vi sonreír. Si hubiera sido *Hannibal Smith de El equipo A*, habría acompañado aquella sonrisa con un «Me encanta que los planes salgan bien». Puso la misma cara que ponía George Peppard cuando la pronunciaba. Solo le faltó el puro.

Y había un aspecto que me preocupaba más: su cara. ¿Por qué era idéntica a la de la persona en la que juraría que llegué a convertirme durante unas horas? Qué agobio. Habría preferido que al quitarse el casco hubiera resultado ser alguien idéntico a mí, el otro Manuel. De algún modo esto habría resuelto parte del misterio, pero ahora, en cambio, tenía allí a dos personas complicándome la vida: el otro Manuel y el repartidor. ¿Estarían compinchados? Ojalá hubiera tenido allí a mano al consejo de sabios para preguntarles qué opinaban. O a David, porque seguro que conocía algún fenómeno paranormal que lo explicase. Puesto a pedir ayuda, en aquel momento no me habría importado tener a mano hasta a los policías telépatas. Difícilmente pensarían que estaba loco si hubieran visto el numerito de magia del repartidor, pero no, imposible. Estaba solo. Tenía que resolverlo por mi cuenta. Así que allí sentado, en aquel sofá que no existía, me fijé en los tebeos.

Había una pequeña pila en el suelo, cerca de la estantería, con los ejemplares desparramados de cualquier manera. Casi con desprecio. Me pregunté por qué estaban tirados cuando el sitio en el que los tuve almacenados no quedaba lejos, tan solo a un par de estantes de distancia. Por qué no estaban colocados donde tocaba, como todos los demás. Eran unos cuantos cómics de *Spiderman*. Hace mucho tiempo que dejé de leer tebeos del Hombre Araña de forma regular, pero de vez en cuando me gusta ponerme un poco al día para ver qué andan haciendo con el personaje. Aquellos los tenía pendientes de leer desde mucho antes de la mudanza, y acabé deshaciéndome de ellos porque dudaba que fuera a tener tiempo de hacerlo.

Fue entonces cuando me di cuenta de qué estaba pasando, mientras pasaba páginas de aquellos tebeos con Peter Parker dando brincos.

Entre mis manos tenía tebeos que no había leído, con los que no había establecido aún ningún tipo de vínculo emocional. Los cómics y libros que habían recuperado su lugar en la estantería eran justo lo contrario. Me costó mucho deshacerme de aquel lote, porque siempre genero un vínculo con todo lo que leo. Es algo que va más allá del contenido en sí, que abarca el continente. Me gusta leer en papel porque disfruto mucho del objeto: su forma, su tamaño, su olor, pasar sus páginas, todo forma parte para mí de la experiencia que te ofrece un cómic o un libro.

Y todo lo que tenía delante había llegado a ser muy importante para mí en algún momento de mi vida, como también lo era la lámpara de Alex, el muñeco de Hulk o el dibujo de Alba como Finn el Humano y yo como Jake el Perro. Si me apuras, hasta el pollo de goma y el resto de trastos de aquella caja tenían un valor especial también, pues guardo buenos recuerdos del cortometraje que hicimos con todo aquel atrezo. Así que aquel tío estaba llenando mi antigua casa de cosas que verdaderamente me importaban. Y no solo cosas: acuérdate de aquellos muñecos de trapo imitando a Alba y a Alex, y toda esa escritura que suplía los muebles que nos llevamos en la mudanza, todo tipo de objetos que inevitablemente asocio a la esencia de mi vida.

Aquel tío quería ser yo. Aquel tío estaba haciendo algún tipo de magia para convertirse en mí. Y si yo me había llegado a convertir momentáneamente en él, ¿quería eso decir que a él le estaba pasando lo mismo? ¿Que en realidad no era simplemente un repartidor con superpoderes, sino que también se trataba del otro Manuel? Parecía una locura, pero tenía cierto sentido. Y entonces volví a oír ruido al otro lado de la puerta.

Alguien había vuelto a entrar en casa.

Me moví desesperado por el salón. No podía dejar que volviera a pasar lo mismo, tenía que aprovechar esta ocasión para escapar.

Cogí la lámpara. Pensé en quitarle la pantalla y romper la bombilla para utilizarla como una lanza y clavársela cuando entrase, pero no me pareció buena idea. Podía fallar fácilmente. Y necesitaba algo más contundente. Intenté coger alguno de los estantes, pero estaban demasiado bien integrados en la estantería, que a su vez estaba clavada en la pared.

Oí que sus pasos se acercaban.

Así que me lancé a por los tablones de las ventanas. Ya lo había intentado antes sin ningún éxito, pero ahora tenía que lograrlo. Tiré fuerte de uno de ellos. Lo golpeé hasta que conseguí que un clavo se desprendiera un poco. Lo agarré y tiré de él. Me rompí un par de uñas hasta que logré arrancarlo, lo que sorprendentemente me dolió menos de lo que esperaba, y ya con ese clavo fuera me resultó fácil tirar del tablón para que se desprendiera el resto de clavos.

El hueco que dejó la madera arrancada iluminó la habitación. Fuera era de día, un día especialmente luminoso. Mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse a toda esa luz, y cuando lo consiguieron casi me quedo ciego. Al otro lado de la ventana, en un anuncio colocado sobre la fachada de enfrente, pude leer en letras gigantescas:

PARA TÍ. POR TÍ. CON TÍ.

Un anuncio de quién sabe qué con tres *ti* acentuados más grandes que un melón de los de buen tamaño. Era horrible. ¿Y qué significaba ese *con tí*? ¿Nadie había corregido aquello? Por favor, que se dice *contigo*. Estaba tan alterado por semejante despropósito publicitario que apenas oí el sonido que me lanzó el repartidor cuando entró en el salón y me vio junto a la ventana liberada, pero mi cuerpo respondió soltando el tablón, poniéndose rígido y volviéndose hacia él.

Tenía una mano levantada. Y no era el repartidor.

Era el otro Manuel.

Esta vez sí. Vestía idéntico a quien me visitó un día antes o el tiempo que hubiera pasado desde entonces, pero esta vez era mi cara la que coronaba aquel cuello. No parecía contento. Volvió a hablar, o lo que fuera que hacía cada vez que emitía aquellos sonidos, y fui hacia él sin desearlo. Me detuve a tan solo un paso de que chocáramos. Era idéntico a mí. Pero había algo raro.

Si me fijaba bien podía apreciar cierta vibración en su cara, algo parecido al efecto que producía la escritura en movimiento. Su cara se transformó ante mis ojos en la del repartidor. Me pregunté si no sería eso mismo lo que me pasó cuando sentí convertirme en él para luego, en un instante, volver a ser yo mismo, pero no pude detenerme apenas en este pensamiento, ya que nada más transformarse habló de nuevo, esta vez con un tono extremadamente autoritario. Aquello fue casi un grito. Salí despedido contra una pared y me golpeé la espalda. Qué dolor. Él se acercó a mí y me lanzó una bolsa de papel con comida, para luego coger el tablón y colocarlo de nuevo en su sitio.

Pero antes miró al exterior, y al ver el anuncio agitó la cabeza.

Parecía tan disgustado como yo ante todos esos *tí*.

Así que tuve una idea.

Piénsalo. Tampoco es tan habitual que un acento colocado donde no toca despierte malestar. A mí es algo que me pone de los nervios, qué le voy a hacer, y al otro Manuel parece que también. Tenía sentido. Fuera quien fuese, con mi cara o sin ella, ese tipo parecía estar convirtiéndose en mí. Y era evidente que sabía cosas que difícilmente nadie más podría saber, como por ejemplo la disposición exacta de los muebles que había dibujado por toda la casa o hasta la colocación de los cómics y libros que vendí. Si era él quien había contestado a aquella entrevista haciéndose pasar por mí, es probable que fuera de esta misma forma como accedió a mi correo electrónico: no le hizo falta hackear nada, simplemente conocía cuál era mi contraseña.

A mí me pasó algo parecido, ya lo sabes. Mientras sentí que me convertía en otro también tuve sensaciones y pensamientos que me resultaban ajenos. Así que no era demasiado loco pensar que si un *tí* le ponía nervioso, también compartiera conmigo más cosas. Más sensaciones. Que tuviera mis mismos miedos.

Por eso me quedé allí de pie cuando se marchó, a oscuras, esperándolo. En la esquina opuesta a la entrada al salón, cara a la pared, como en el plano final de *El proyecto de la bruja de Blair*. Exactamente así. No había ni un atisbo de *the spot* en mi postura, sé muy bien lo que diferencia a una de la otra. Cómo he de ponerme para imitar ese plano que tanto miedo me produce. La oscuridad del salón contribuiría al efecto que esperaba provocarle cuando regresase. Me imaginaba lo que vería al entrar y, joder, es que me daba miedo solo de pensarlo.

Permanecí mucho tiempo allí de pie en silencio hasta que llegó, porque no quería que me pillase dormido o algo así. Para mantenerme despierto pensé mucho en Alba y en Alex. Temía por mi vida, evidentemente, pero también por lo que aquel tipo podría hacerles si conseguía convertirse en mí. Si conseguía colarse en nuestra casa con mi cara. Tenía que impedirlo a toda costa.

También pensé en Alicia. No podía adivinar qué le estaría pasando a ella, pero tenía la sensación de que debía de ser algo que definitivamente no estaba ligado a lo que me estaba pasando a mí. Al menos de forma directa. Quiero decir: que el otro Manuel no estaba involucrado en su historia. Lo que no descarté es que en su caso también fuera otra persona quien estuviera tratando de convertirse en ella. Quizá ya había pasado y era con esa otra Alicia con quien hablé la última vez que estuve en su casa. Quizá todos estábamos siendo reemplazados, como la historia que conté en Twitter sugería. Como en *La invasión de los ultracuerpos*. O quizá no era nada de esto, pero de algún modo me sentía cerca de comprender por fin el misterio. Seguro que tú también. Ya

tienes pocas páginas por delante. Esta historia se acerca a su fin.

Era de noche cuando el otro Manuel entró en mi antiguo salón por tercera vez. Lo sé porque aquella casa se encuentra en una calle con mucho tráfico, y aunque los tablonos ayudaban a amortiguar no solo la luz, sino también parte del ruido que dejaban pasar las ventanas, se apreciaba que por la calle tan solo circulaba algún coche muy de vez en cuando. Pero lo importante es que el otro Manuel ya estaba allí. Y aparte del escaso tráfico, oí algo más: cómo se detuvo al entrar en el salón y tragó saliva tras verme de espaldas a él en aquel rincón.

Mi plan estaba funcionando, pero tenía que actuar rápido.

Así que me volví y me acerqué a él a grandes zancadas. Y hablando. Lanzándole preguntas sin parar. Cómo empieza la historia. Quiénes son los protagonistas y cómo se llaman. Es una comedia o una de amor o de qué. Pasé de parecer un plano de *El proyecto de la bruja de Blair* a convertirme en una buena imitación de la Señora Tomás en apenas un segundo. Si lo primero lo había paralizado, con lo segundo quería anular por completo cualquier posibilidad de que me lanzase alguna de aquellas órdenes que solo mi cuerpo comprendía. Sumar al desconcierto general un torrente de preguntas sin ningún sentido para que intentase contestarlas sin éxito, que lo bloqueasen tanto como a mí me bloqueaba la Señora Tomás en mis días de trabajo en el videoclub. Es en color o en blanco y negro. Cuánto dura. Cómo acaba. Al llegar hasta él no me detuve, lo empujé contra la pared y salí de allí a toda prisa, cerrando la puerta a mi paso y echando los cerrojos.

Me permití tres segundos de respiro para tomar aire, pero ni uno más. Me daba la sensación de que aquellos cerrojos no le iban a retener tan fácilmente como a mí, así que corrí hacia la entrada del piso. Pero aquí fue cuando mi plan comenzó a fracasar.

Lo que tenía delante de mí era mi antigua casa, pero imposiblemente más grande de lo que recordaba. Imagínate coger una docena de casas diferentes y juntarlas en el espacio que debería de ocupar tan solo una de ellas, sin darle a aquella nueva configuración espacial ni un sentido ni un orden concreto. Estaba en uno de los extremos del pasillo, y al comenzar a recorrerlo fui dejando atrás puertas que no deberían estar allí. Cada una conducía a habitaciones que se saltaban las leyes de la física. No podían ocupar ese espacio. No de esa manera. Una daba a un salón enorme que no conocía, y al pasar por otra colocada a su lado vi que accedía a una cocina que por lógica debería ocupar una parte de aquel otro salón.

Traté de alcanzar la salida, pero el pasillo no parecía tener fin y yo comenzaba a sentirme algo mareado. A cada parpadeo, todo parecía cambiar. Y no podía detenerme. A mi espalda comencé a oír fuertes golpes contra la puerta

del salón.

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasé allí, recorriendo una y otra vez ese pasillo que a su vez parecía diez pasillos diferentes. Crucé todas las puertas, con la esperanza de encontrar alguna salida de aquel laberinto. Nunca había estado en ninguna de aquellas habitaciones, pero poco a poco iba reconociendo algunos de sus detalles. Comencé a sentir las muy familiares, a asociar con ellas recuerdos que no había vivido. Una butaca en la esquina de una pequeña biblioteca donde leí libros que no recuerdo haber tenido. Un dormitorio donde pasé una larga enfermedad que nunca tuve. Una alacena donde besé por primera vez a una persona de la que estuve enormemente enamorado pero cuya cara no recordaba.

¿Era todo aquello real?

Por fin, tras dar muchas vueltas, llegué a una habitación prácticamente vacía en la que sí recordaba haber estado. Pertenecía a mi antigua casa, y en una esquina, conectado a la pared, vi un teléfono. Casi se me escapa una lágrima de la emoción, pero me resultó fácil contenerla porque de la alegría pasé al más absoluto desconcierto.

Tenía un teléfono a mano. Podía pedir ayuda.

Pero no recordaba ningún número de teléfono.

Antes de los teléfonos móviles yo era un listín telefónico andante, memorizaba el número de cualquier amigo o familiar sin ninguna dificultad, pero desde que relegué ese trabajo a la agenda de mi móvil, parece como si la parte de mi cerebro que se dedicaba a retener toda aquella información se hubiese atrofiado. Por no memorizar, es que ni me sabía el número de mi nuevo teléfono fijo.

Pero recordé uno. Uno muy fácil de memorizar, de esos que apenas combinan dos o tres números de forma repetitiva.

Llamé a Alicia. Dio tono.

Descolgó el teléfono.

—¡Socorro!

—¡Socorro!

No, no es un error. Gritamos lo mismo a la vez, así que en vez de una tras otra, imagínate esas dos líneas de diálogo superpuestas.

—¿Alicia?

—¿Manuel?

—¿Estás bien?

—¡Estoy encerrada! ¡Creo que es mi hermana!

Lo que Alicia me dijo a continuación, entre gritos y muy desesperada, con la respiración entrecortada, es que llevaba varios días encerrada en una

habitación. Que su secuestradora era su hermana Andrea, a quien había citado en su casa antes de irse a Berlín para tratar de hacer las paces con ella. Alicia había sido siempre la favorita de su madre, lo que siempre había provocado tensión entre las tres, y Andrea había decidido poner fin a la rivalidad entre hermanas convirtiéndose en Alicia. Nunca había estado demasiado bien de la cabeza, pero había terminado volviéndose loca. Me costaba un poco entender todo lo que me decía, ya que a su desesperación se sumaba que hablaba en voz baja. Había conseguido salir de la habitación en la que había estado presa, pero no sabía si su hermana estaba en la casa. Encontró su teléfono móvil tirado en una esquina y fue justo en ese momento cuando la llamé, sobresaltándola.

—Ayúdamemanuelporfavor...

Esto fue lo último que escuché antes de que la llamada se cortase. Me temí lo peor, que efectivamente su hermana se encontrase en la casa y la hubiera descubierto, pero no fue eso. Fue el otro Manuel. Me había encontrado. Acababa de arrancar el cable de línea del teléfono. Sentí que perdía las fuerzas y me desplomé, quedando frente a él, arrodillado. Me miró sonriente, y mientras me sujetaba por los hombros me dijo algo que comprendí perfectamente, por primera vez:

—Estamos preparados.

No sé si el otro Manuel me golpeó, si hizo alguno de sus trucos de magia o simplemente me desmayé por un instante. Mi mareo había ido aumentando, así que no descarto que fuera esto último. Sea como sea, lo siguiente que recuerdo a su *estamos preparados* fue estar tumbado en el suelo boca arriba, siendo arrastrado por el pasillo en dirección al salón. El otro Manuel tiraba de mí, y mi mareo me impedía resistirme.

Al llegar allí me colocó en el centro de la habitación y comenzó a dibujar en el suelo, a mi alrededor. Mientras lo hacía volvió a emitir un sonido en voz baja, parecido al rezo que pronunció cuando dibujó la estantería de la pared. Ladeé un poco la cabeza y vi la escritura viviente apareciendo a cada nuevo trazo, pero esta vez no imitaba ningún objeto sino que parecía una masa orgánica. Se movía a una velocidad extraña. Me recordó a esos vídeos acelerados en los que descubres cómo la naturaleza también se mueve, pero a otro ritmo diferente al nuestro.

El otro Manuel terminó de dibujar y se colocó a mis pies.

Me miró muy serio. Gritó algo que no entendí.

Dio una palmada.

Me vi a mí mismo tumbado en el suelo. No tenía buen aspecto. El golpe que me dejó inconsciente me había provocado un chichón y el corte de la ceja volvía a sangrar. Frente a mí tenía también unas manos que, por su posición,

estaba claro que debían de ser mías. Acababan de dar una palmada.

Volví a ver al otro Manuel. Separó sus manos y se agachó para tocarme la cara.

Me toqué la mejilla, pero no con mis manos. Volvía a estar frente a mí. Fue una sensación extraña, parecida a cuando te tocas con la mano dormida pero justo al contrario: percibí el tacto de mi cara al tocarla con la mano, pero mi cara, la de Manuel, la que tenía enfrente, parecía pertenecer a otra persona.

Vi al otro Manuel acariciar mi frente. Dejó su mano allí y presionó, con firmeza. Pronunció uno de sus sonidos. Luego me rodeó con sus brazos y me ayudó a levantarme.

Estaba tirando de mí, ayudándome a ponerme en pie.

Terminé de incorporarme. Miré al otro Manuel. No sé muy bien de dónde conseguí sacar las fuerzas para reaccionar, pero lo empujé contra la pared.

El empujón me hizo perder el equilibrio. Me golpeé contra una esquina llena de escritura que acababa de perder su forma, movimiento y solidez. La caja que hasta ese momento flotaba en el aire cayó al suelo. Manuel se acercó a mí.

Cogí al otro Manuel y lo levanté, parecía desorientado. Cerré una mano hasta formar un puño y lo llevé hacia atrás para golpearle.

Me golpeó mi propio puño, el de Manuel. Mi labio sangró. Respondí dándole un golpe en la boca del estómago.

El golpe me dolió. Perdí la respiración por un instante. El otro Manuel se acercaba a mí, dispuesto a agarrarme.

Cogí a Manuel y lo zarandeé.

El zarandeo estuvo a punto de hacerme perder el equilibrio. Mi mareo seguía allí. Mis ganas de escapar también. Levanté los brazos y me libré del otro Manuel.

Di un paso atrás, pero sin pensármelo dos veces me lancé hacia él. Lo agarré por el pecho. Trató de librarse de mí.

Me estaba asfixiando.

Dejé caer mi peso sobre él, para que se inclinase.

Al inclinarme, tomé impulso y lo empujé. Los dos caímos al suelo.

Forcejamos.

La caja estaba a nuestro lado. Me separé y cogí algo de su interior.

Lo vi ponerse en pie, acababa de coger algo de la caja. Me acerqué para quitárselo.

Tiró de mi mano.

Y entonces, agarrándolo con fuerza, le sacudí con el pollo de goma. El golpe lo hizo tropezar y caer de frente contra el suelo. Volví a llevar hacia atrás el pollo por si volvía a levantarse, pero no parecía moverse. La habitación seguía

a oscuras pero podía verlo allí, tumbado boca abajo, cerca de la puerta. Solté el pollo y corrí hacia ella.

Al salir me encontré con el pasillo, esta vez con la forma que recordaba, sin puertas ajenas a aquella casa. Corrí hacia la entrada. Abrí la puerta. Bajé corriendo las escaleras, sintiéndome más y más libre a cada piso que bajaba. Crucé el portal para encontrarme con una noche lluviosa, la calle estaba encharcada. Continué corriendo, exhausto pero feliz. Ya ni sentía ningún mareo.

Quería llegar a mi nueva casa cuanto antes. Llamaría desde allí a la policía, esta vez tenían que creerme. Y Alicia. Tenía que avisarles también de lo de Alicia. Ojalá hubiera tenido cerca a Alba y a Alex en aquel momento. Él no hubiera entendido nada porque era muy pequeño, pero ella iba a alucinar cuando le contase todo lo que me había pasado. Ni yo mismo terminaba de creérmelo, pero sentía que por fin todo había acabado.

Tenía mis llaves otra vez en el bolsillo. Entré al portal y subí hasta mi piso. Cuando entré y por fin me recosté contra la puerta de la entrada ya cerrada, me di cuenta de que en ningún momento había cogido ningunas llaves al salir de la otra casa. Así que volví a sacarlas del bolsillo y me fijé en ellas. No eran las mías. Eran las de Alba.

Fui al cuarto de baño y, al encender la luz, lo vi allí, en el espejo.

Mirándome.

Alguien algo más mayor que yo.

Rasgos afilados, mirada dura, una cicatriz en una mejilla, calvo.

Grité como nunca en mi vida había gritado, hasta quedarme sin fuerzas.

Me llamo Javier Martínez Campos. Tengo 46 años y trabajo repartiendo comida a domicilio. No es el único trabajo que he tenido, pero sí al que más tiempo me he dedicado. Estoy soltero. Vivo en las afueras de Madrid, en un pequeño piso interior sin mucha luz por el que apenas pago alquiler. Con mi trabajo es lo único que puedo permitirme. A cambio, tengo bastante tiempo libre, que dedico a dar paseos, a correr y a pintar cascos de moto. Es una de mis aficiones, y de paso me saco un dinero extra. Se me da más o menos bien. Tuve uno que pinté de verde fosforito, con unas llamas azules a los lados. Esto es lo que suelo contarle sobre mí a la gente que decide darme conversación cuando me contacta para que les pinte sus cascos. Porque si les contase la verdad, nadie me creería.

En realidad, me llamo Manuel Bartual y estoy atrapado en el cuerpo de Javier Martínez Campos desde hace semanas. Los primeros días resultaron muy desconcertantes, me costaba levantarme de la cama y mantenerme despierto, pero cada día amanecía con nuevos recuerdos que me ayudaban a comprender lo que me había pasado: la persona que habitaba este cuerpo, la que acabó robándome el mío, tampoco era Javier Martínez Campos. No tengo ni idea de en qué cuerpo vivirá Javier ahora, si es que sigue vivo.

No resulta fácil mirarte al espejo y encontrar allí siempre a alguien que no eres tú, pero ojalá fuera tan solo eso. Es muy extraño vivir en un cuerpo que no es el tuyo. Te sientes atrapado, te cuesta olvidar lo que sentías cuando eras tú, por dentro y por fuera, y por tanto no asimilas las dimensiones de tus nuevos brazos, piernas, cabeza, manos y pies y su relación con el espacio por el que te mueves. Sobre todo los primeros días. Es parecido a lo que sentí la vez que me transformé en esta persona, pero con la diferencia de que el efecto no dura solo unas horas. Esto es para siempre. Y mucho más real. Te reconozco que he llegado a pensar en acabar con todo, como seguramente pensaría cualquiera en mi situación, pero me gusta demasiado la vida, aunque sea una vida que ya nada tenga que ver con la mía.

Quien se encontraba en el cuerpo que ahora utilizo ya habitó otros cuerpos antes de saltar al mío. Un día desperté con esa certeza, aunque creo que podría haber llegado a adivinarlo por mi cuenta. En un saltacuerpos. La palabra me la he inventado yo. Creo que resume bien a qué se dedica: utiliza el cuerpo de una persona hasta que decide cambiar a otro, ya sea por vejez, aburrimiento o algún otro tipo de interés.

En mi caso, no sé cuál fue el motivo, pero descarto la vejez. Javier Martínez Campos no es ni diez años mayor que yo. Tampoco padece ninguna enfermedad, o al menos eso parece. Quizá le apeteció vivir la experiencia de ser una cara

conocida, o de tener una familia. Quizá era un fan. O un *hater*. Tal vez había oído hablar de mí, simplemente eso, y al encontrarse conmigo aquel día, cuando me entregó por error un pedido que no era el mío, decidió coger las llaves de Alba y robarme una camiseta aprovechando el momento que le dejé solo en la entrada de mi nueva casa. Es así como se inicia el ritual de cambio de cuerpo: robándole a la persona que quieres reemplazar una de sus prendas.

Generamos más vínculos de lo que pensamos con los objetos que usamos. Acaban por convertirse en una extensión de nosotros mismos, en parte de nuestra identidad. El ritual no es sencillo y no siempre funciona: una vez iniciado, cuando aquel que va a saltar a un nuevo cuerpo se rodea de objetos suficientes del otro y tacha su nombre, ambos experimentan una breve transformación como comprobación de que los cuerpos admitirán el intercambio de conciencias. En el caso del saltacuerpos, esta transformación comienza pronto: suele ser intermitente y progresiva, primero adquiere sus conocimientos, luego su voz y por último su aspecto. Es un proceso parecido a un trasplante, pero a lo bestia. Antes de hacerlo, hay que comprobar si ambos son compatibles.

Ahora conozco al detalle el ritual, pero no podría reproducirlo porque ignoro cómo deben pronunciarse las palabras exactas que lo ponen en marcha. Es un recuerdo al que no tengo acceso. Así que estoy atrapado en Javier Martínez Campos.

Tardé tiempo en saber qué debía hacer aquella noche lluviosa, tras escapar de mi antigua casa y descubrir que el cuerpo que contenía mi conciencia ya no era el de Manuel Bartual. Pensé en ir a la policía, evidentemente, pero me habrían tomado por loco una vez más. Y no podía quedarme en nuestra nueva casa esperando a que volviera Alba con Alex, ella tampoco lo habría entendido. Imagínate la situación. Volver a tu casa tras un largo viaje y encontrarte a una persona desconocida asegurándote que es tu pareja. Es de locos. Así que decidí irme, sin saber muy bien adónde ni qué hacer.

Registrando mis bolsillos encontré unas llaves que no eran las de Alba. Con ellas en mi mano recordé dónde estaba la casa cuya puerta abrían, así que decidí ir allí. Era el pequeño piso poco luminoso del que te hablaba antes. Tenía un diáfano comedor con la cocina integrada, un dormitorio enano y un baño. Abrí la nevera y estaba medio llena. No era gran cosa, pero me serviría para pasar allí el tiempo que necesitase mientras decidía cuál podría ser la mejor solución.

Volví a mi antigua casa, por supuesto. A aquella en la que había tenido lugar todo el ritual. No inmediatamente, porque los primeros días, como te decía, los pasé muy desorientado, asimilando mi nueva situación, pero una semana después me acerqué por allí. La portera estaba colocando un anuncio en el portal.

—Disculpe, ¿qué piso es el que se alquila?

Me sorprendí al escuchar esa voz, más ronca que la mía. Me pasaba cada vez que probaba a pronunciar cualquier palabra y esa fue la primera vez que articulé una frase completa, dirigida a otra persona. Fue una sensación extraña, pero no solo por la voz. También se me hizo raro hablar con la portera sin que me reconociera.

—Es un séptimo. ¿Quiere verlo?

—Sí, me gustaría.

—Qué bien. Qué rápido. Lo acaban de dejar.

Subimos hasta el séptimo y sí, el piso que se alquilaba era mi antigua casa. La portera me hizo la visita guiada habitación por habitación, un recorrido muy parecido al que muchos años atrás hicimos también juntos cuando entré a vivir allí. No había ni rastro de la extraña escritura. El piso estaba vacío excepto por las estanterías que dejamos al mudarnos y algunas cajas con restos de lo que el otro Manuel llevó hasta allí para el ritual. En una vi la conversación que había impreso con aquel periodista que prefería permanecer en el anonimato. En una pared se apreciaban los agujeros que dejaron los clavos de los tablones, alrededor de las ventanas del salón. La portera se percató de que me estaba fijando en ello.

—No sé qué tendría ahí colgado, habrá que pintar. Pero si le interesa, no se lo piense mucho. Antes vivía aquí una pareja. Se fueron, pero al poco volvió él solo y ahora se ha vuelto a ir. Así que no sé, a saber si le dará por volver otra vez.

—Ah, bien. Gracias por el aviso.

—Es un famoso. Manuel Bartual. ¿Le conoce?

—Sí, me suena.

—Era un poco rarito.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tenía la costumbre de meterse en la ducha cada vez que subía con el del gas. Yo abría pensando que no estaba y siempre nos lo cruzábamos... eh..., pues ya se imaginará cómo.

—Pues no, la verdad. No me lo imagino.

—Medio desnudo.

—Vaya.

—Sí.

—Menudo gilipollas.

—Usted lo ha dicho.

Ese mismo día fui a ver a Alicia. Había probado a llamarla a su teléfono, pero saltaba el mensaje de que estaba apagado o fuera de cobertura, de modo que

decidí presentarme en su casa. Llamé al telefonillo, pero nadie me contestó, así que esperé a que llegase algún vecino para entrar con él. Ya en su rellano, pulsé el timbre de su puerta. No parecía haber nadie dentro. El vecino con el que subí, que estaba entrando en su casa dos puertas más allá, me habló:

—¿Es amigo suyo?

—¿Perdón?

—De la chica que vivía ahí. ¿Es su amigo?

—Ah, sí. Sí, lo soy.

—Pues ya no está. Se fue la semana pasada.

—Vaya.

—Sí, una pena. Era muy simpática.

—Y este piso... ¿sabe si está disponible?

—Sí, es de Mercedes. La del quinto. ¿Quiere verlo?

—Pues sí, gracias.

Así que subí al piso de Mercedes y enseguida bajé con ella a ver el que había sido de Alicia. Tenía la esperanza de encontrar algo allí, cualquier pista que me indicase dónde podría estar, pero estaba completamente vacío. Ya no había ni rastro de sus cajas ni de sus muebles. No supe bien cómo reaccionar. Me resultaba imposible imaginar qué le había pasado a Alicia exactamente. En todo caso, parecía algo más mundano que lo mío. Una hermana loca que por envidia había decidido suplantarla.

Pensé que un paso lógico sería contactar con Santi, el novio de Alicia. Quizá él supiera algo. Quizá él también estuviera en peligro, pero no sabía cómo localizarlo. Tampoco me veía con fuerzas de ir a la policía para denunciar un caso ajeno. Calculé que mi intención de ayudar podría volverse en mi contra a poco que comenzasen a hacerme preguntas que no supiera responder, así que hice lo que me pareció más sensato dadas las circunstancias: llamé desde un teléfono público para explicarles en qué clase de apuro podía estar Alicia Rubio Camacho en relación con su hermana y colgué en cuanto me pidieron que me identificara. Ojalá me tomasen en serio y decidieran investigar. Ojalá Alicia se encontrase bien. Es todo lo que podía hacer por ella.

Al salir de su casa sentí la tentación de ir a la mía. A mi nueva casa, a dos calles de allí, en la que ahora debía de estar viviendo el otro Manuel con Alba y con Alex. Pensar en ello me ponía furioso y a la vez me producía una tristeza infinita. Había imaginado cien veces mi reencuentro con ellos al regreso de Suiza y me dolía que finalmente fuera el otro Manuel quien viviera aquella escena. Pero no tenía ningún sentido que me presentase allí sin un plan claro, sin saber qué iba a decirles o qué podía hacer cuando me los encontrase. Y además, pasaba otra cosa.

Tenía hambre.

La comida que quedaba en la nevera del piso donde ahora vivía se había acabado, y comenzaba a sentir una flojera que debería solucionar antes de plantearme cualquier tipo de enfrentamiento con el otro Manuel.

Había otro problema también, y era el alquiler. Quedaba poco para que finalizase el mes, así que si quería seguir en aquel piso necesitaba dinero. Días antes lo registré a fondo por si encontraba algún fajo de billetes escondido o unas monedas o lo que fuera, pero no apareció nada. Y si Javier Martínez Campos tenía alguna cuenta bancaria, ese era un recuerdo de su vida al que todavía no había tenido acceso. Apostaría a que no la tenía. En su cartera encontré un DNI y poco más, ninguna tarjeta de crédito ni nada por el estilo. Tenía pinta de ser un tío que vivía un poco al límite, día a día.

Así que comencé a repartir comida a domicilio. Me pareció lo más sencillo teniendo en cuenta mi situación, una forma rápida de conseguir dinero continuando con el trabajo que pagaba las facturas de aquel cuerpo antes de que fuera mío.

Voy a ahorrarte los detalles de los días que siguieron a aquella decisión porque importan bien poco. Estuve trabajando, y bastante, porque quería acumular el dinero que pudiera para luego dedicar unos días a pensar en cómo podía solucionar todo aquello, si es que había forma de hacerlo. Tenía alguna idea y necesitaba tiempo para concretarla, aunque por suerte el trabajo de repartidor me permitía ir dándole vueltas mientras recorría la ciudad transportando comida. Y fue precisamente en uno de esos trayectos, mientras pensaba en Alba y en Alex, cuando una noche me di cuenta de que estaba camino de mi nueva casa. Es decir, de la casa en la que ahora vivían Alba, Alex y el otro Manuel. Iba a entregarles un pedido.

Me quedé paralizado. Lo primero que pensé fue en abortar aquel reparto, regresar al restaurante y devolver la comida para que la entregase otro repartidor, pero no. También era una oportunidad. Me había mantenido alejado de Alba porque no quería verla antes de saber cómo explicarle lo que estaba pasando, pero el destino o la casualidad o como quieras llamarlo me estaba poniendo delante una situación propicia para encontrarme con ella. Además, comprobé el contenido del pedido: solo había comida para una persona. Y el ticket estaba a nombre de Alba. Cabía la posibilidad de que estuviera sola en casa. El otro Manuel había seguido con mi vida, y me constaba que era así porque procuraba estar pendiente de sus actividades desde que me robó el cuerpo. Revisé sus redes sociales y no tenía ninguna charla ni acto público anunciado para ese día, pero eso no quería decir nada. Podía estar fuera, en alguna reunión. Quizá hasta lejos de Madrid. Así que decidí seguir adelante.

El corazón me iba a mil por hora, más o menos como la cabeza. No tenía espacio suficiente en ella para tantas elucubraciones cuando llegué a mi nuevo portal. El de ellos. Comenzaba a resultarme difícil hasta saber cómo referirme a lo que era mío pero estaba dejando de serlo. Imaginé todos los escenarios posibles y cómo hacer frente a cada situación mientras subía las escaleras. No podía descartar que el otro Manuel estuviera en casa. Debía estar preparado para esa eventualidad. Pero tanto cálculo dio igual cuando Alba abrió la puerta.

Estaba sonriente, radiante. Más guapa de lo que recordaba. Al fondo oí el ruido de una televisión, sonaba una melodía propia de alguna serie o película de dibujos animados. Y escuché mi voz. La voz del otro Manuel. Parecía estar jugando con alguien, y entendí que debía de ser con Alex cuando escuché sus risas.

Alba me miraba, sin perder su sonrisa, sin reconocermelo. Oí unos pasitos y Alex asomó por la puerta, un poco tímido. Se escondió tras las piernas de su madre, pero sacando un poco la cabecita para mirarme. Quería abrazarlos. Quería gritarles quién era, escapar de allí con ellos, pero no me sentí con derecho a hacerlo. No así, no de esa manera. Así que le entregué su pedido a Alba. Alex no me quitaba ojo. Lo miré y conseguí tartamudear:

—¿Co-cómo te llamas?

—Ales.

Lo dije así, sin pronunciar bien la equis, como susurrando. La última vez que lo vi todavía no hablaba. Ahora parecía ya otro niño. Lo noté mucho más mayor. Tuve que contener las lágrimas.

—Qué simpático.

—Sí, lo es. Gracias.

Alba cerró la puerta, y nada más hacerlo oí al otro Manuel acercarse corriendo hacia ellos. No me hizo falta ver la escena para comprender lo que estaba pasando: cogió a ambos en brazos y volvió con ellos al salón, entre risas y gritos. Parecían muy felices.

Tengo que reconocerte que no lo llevo mal. He comenzado a valorar esta vida más sencilla, tan diferente a aquella en la que se convirtió la mía casi de la noche a la mañana, sin fans ni *haters* ni nadie que sepa quién soy ni lo que hago. Me gusta haber recuperado el anonimato. Es algo que ya sentí la noche en la que me transformé en Javier Martínez Campos sin saber todavía su nombre, pero ahora se ha convertido en algo rutinario.

Ahora puedo salir a la calle y pasear tranquilo sabiendo que nadie me va a parar, porque simplemente soy uno más, una de esas caras que te cruzas y olvidas cinco segundos después. Nunca busqué la fama, solo quería vivir de mi trabajo, así que me sienta bien haberme desprendido de ella.

Pienso mucho en Alba y en Alex, por supuesto. Nada me gustaría más que estar con ellos, pero he comenzado a pensar en que quizá sea tan solo egoísmo. Ellos están bien. Lo pude comprobar aquella noche, cuando fui a llevarle aquel pedido a Alba, pero no es la única vez que los he visto.

Días después estuve dando vueltas por allí, por su nuevo barrio, hasta que los vi salir con el otro Manuel a dar un paseo. Era una estampa familiar perfecta. El otro Manuel lo está haciendo muy bien, y no solo a nivel familiar, sino también profesionalmente. Estoy al corriente de su actividad por las entrevistas que concede, en las que, a diferencia de mí, nunca queda como un imbécil, y cada nuevo proyecto que anuncia suena interesante y es celebrado por sus seguidores. Así que he empezado a asumirlo. Él es mejor Manuel que yo. Quizá sea gracias a la experiencia de haber vivido otras vidas antes, o simplemente que, por lo que sea, está más capacitado para manejar una situación laboral y familiar que a mí claramente me había sobrepasado. Se ha ganado ser Manuel Bartual. Al menos por ahora.

Y eso es lo que me preocupa, que nada es para siempre. No olvido que en realidad estamos hablando de un saltacuerpos, así que en cualquier momento, aunque sea dentro de muchos años, el otro Manuel dejará atrás a Manuel Bartual para convertirse en otra persona. Esto no me importaría demasiado si no fuera porque, una vez que suceda, Alba y Alex despertarán un día con un Manuel Bartual en casa que a saber qué tipo de Manuel Bartual será.

Dudo mucho que los que han estado antes en mi situación se lo hayan tomado tan bien como yo, y lo mismo pienso de los que vendrán después de mí. Alba y Alex están a salvo ahora, y felices, seguramente más de lo que podrían haber llegado a estarlo conmigo a su lado, pero es una felicidad que no durará. Esa felicidad, aunque ellos no lo sepan, es casi un precio a pagar a cambio de encontrarse algún día en peligro, o al menos en una situación que no sabrán cómo manejar.

Por eso estoy escribiendo esto.

Me pareció lo más sensato. La mejor forma de explicar lo que ha pasado, con todos los detalles, confiando en que al conocerlos alguien me creará. Quizá seas tú quien lo haga.

Mi primer impulso fue contarlo todo en internet. Pensé que si Twitter ya había cambiado mi vida dos veces, quizá ahora podría ayudarme a recuperar la vida que he perdido, pero no. Había mucho que contar, y allí es probable que nadie me tomase en serio. Mejor hacerlo en un libro. He leído que el otro Manuel anda escribiendo uno, la continuación del que yo comencé a escribir, en una biblioteca cerca de su casa. Yo estoy escribiendo el mío encerrado en mi pequeño piso poco luminoso, sin apenas dormir, tecleando todo lo rápido que

puedo. Porque tengo un plan. Y creo que puede funcionar

He descubierto una manera de dar el cambiazco, de que una vez que la novela del otro Manuel llegue a la imprenta, sea mi libro el que se imprima. Así que si estás leyendo esto, quiere decir que mi plan ha funcionado, pero para que esto suceda he de terminar de contar esta historia a tiempo. El otro Manuel debe de estar a punto de entregar el manuscrito a la editorial. Por eso estoy aquí, escribiendo a toda pastilla. Por eso y porque hay otro detalle que tampoco tengo que pasar por alto: creo que pronto dejaré de recordar quién soy realmente. Cada frase me cuesta redactarla más que la anterior, siento que mi cabeza comienza a funcionar de forma diferente. Y estoy olvidando cosas. Ya no recuerdo la mayor parte de mi pasado, más allá de los últimos años, y lo mismo me pasa con algunos momentos de estas últimas semanas. Por eso es muy importante todo lo que he escrito. No es únicamente una petición de auxilio, es también un testimonio de quién soy, de quién he sido, de todo lo que he sentido y no quiero olvidar. Es el manual que me servirá para recordarme quién era si en algún momento, como comienzo a temer, dejo de ser yo. Así que tengo que darme prisa.

Y justo en ese preciso momento, mientras redactaba las líneas que acabas de leer, fue cuando recibí una carta de Alicia.

Es muy probable que no vayas a creer nada de lo que voy a contarte. O por lo menos las partes importantes, las que dan sentido a todo lo que me ha pasado. Y mira, me parece normal. Si fueras tú quien me estuviese contando a mí esta historia, difícilmente te iba a creer. Pero, por favor, ponte en mi lugar. No tengo ningún motivo para mentirte. Mi vida se ha convertido estos últimos meses en un lugar extraño, a veces fascinante, pero siempre raro. Un sitio donde todo puede pasar. Intenta tenerlo presente según vayas pasando páginas. Yo a cambio te prometo que me ceñiré a la verdad, procurando no dejar de lado ningún detalle, ni un solo dato. Es muy importante que prestes atención. No quiero asustarte, pero prestarme atención va a ser una de las cosas más importantes que hagas en tu vida. Lo entenderás a medida que avance la historia.

La culpa de todo la tuvo un libro.

Escuché hablar de él por primera vez en una clase, cuando estudiaba en la universidad. La profesora que contó aquella historia no le dio mucha importancia, simplemente lo puso como ejemplo de cómo en el pasado se demonizaba la lectura para limitar el acceso a la cultura. Se trataba de una leyenda que hablaba de un libro maldito, cuya maldición recaía en todo aquel que lo leyera. Es uno de los primeros casos registrados de lo que hoy conocemos como leyendas urbanas, un cuento cautelar que buscaba prevenir de un peligro irreal para satisfacer los intereses de quienes comenzaron a divulgarlo. Al menos esto es lo que contó aquella profesora aquel día. Historia real o no, parece que funcionó. Si la lectura ya era prácticamente un privilegio, un lujo que tan solo se podían permitir unos pocos, con esta leyenda circulando fueron todavía menos los que se atrevían a abrir un libro, por miedo a que se tratase del famoso libro maldito. La leyenda no daba demasiadas pistas sobre su título, autor o contenido. Podía ser cualquiera.

El caso es que decidí investigar un poco más. Pensé que podría ser un buen tema para mi tesis, pero ojalá no lo hubiera hecho, porque habría evitado todo lo que me acabó pasando después. Eso y estar aquí ahora, escribiéndote esto.

Seguir la trayectoria de una leyenda de este tipo es complicado. Lo más habitual es encontrarte con diferentes versiones, algo inevitable cuando se trata de historias que se transmiten sobre todo de forma oral. Cada persona que la cuenta la modifica en mayor o menor medida, por lo general sin darse cuenta, de forma involuntaria, añadiéndole detalles personales o cercanos.

La propia historia que contó mi profesora se contradecía con algunos detalles que fui encontrando en los escritos que documentaban la leyenda. En ocasiones se hablaba de un libro que acababa con tu vida mientras avanzabas por

el relato. Otras versiones apuntaban a un libro envenenado, lo que me hizo pensar que quizá fue esta versión de la leyenda la que inspiró a Umberto Eco para escribir *El nombre de la rosa*. Pero como no creo que nada de esto te interese, lo mejor será que me limite a contarte lo importante de mi investigación: tirando de varios hilos y cotejando muchas fuentes, conseguí retroceder lo suficiente como para llegar a lo que debía de ser el primer registro escrito de la leyenda.

En él se hablaba de un libro con tapas de cuero que apareció en el patio de un monasterio tras una noche en la que la luna se tiñó de rojo. Nadie supo de dónde había salido ni quién lo había dejado allí, pero el monje que lo encontró decidió llevárselo a su habitación. Y tras leerlo, perdió la cabeza. Se volvió loco. La historia continuaba diciendo que el monje prendió fuego al libro para que nadie más lo leyera, pensando también que quizá así recuperaría la cordura, pero mientras que lo primero funcionó, la locura siguió con él incluso con el libro ya convertido en cenizas.

Fue entonces cuando el monje tomó una decisión nada propia de un hombre de fe. Atormentado por fantasmas que se le aparecían en cualquier momento, por presencias que le impedían levantarse de la cama por las mañanas y sombras que lo rodeaban cuando el sol caía, decidió contarle la historia escrita en aquel libro maldito a un viajero que hizo noche en el monasterio. Pensó que podía ser una forma de librarse de la maldición, transmitirle el relato a otro, y así fue.

El monje comenzó a sentirse bien a cada nueva palabra que pronunciaba. Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, pudo dormir en paz. Pero a la mañana siguiente lo asaltaron los remordimientos. También cierta preocupación e interés.

Se sentía mal por haberse librado de la maldición de esa manera, pero además temía que si los fantasmas acababan con la vida de aquel viajero, luego volvieran a por él. Nada le garantizaba que esto fuera a pasar, pero tampoco tenía ninguna prueba de lo contrario. Así que aquella mañana subió a un caballo en busca del viajero, que había abandonado el monasterio horas antes, y cuando por fin lo alcanzó le confesó todo.

El escrito concluía aquí, con el monje dándole al viajero las claves que debía contener la historia que contase para pasarle la maldición a otro y así librarse de los fantasmas que pronto lo acosarían. En el texto no se especificaba cuáles eran esas claves.

Podría haber detenido aquí mi investigación y centrar mi tesis en cómo una historia original convertida en leyenda popular evoluciona y muta a lo largo del tiempo, pero me podía la curiosidad. Quería saber en qué consistía aquella historia maldita. Ninguno de los documentos que encontré contenía un solo

detalle de su argumento, tan solo sus consecuencias y los temores en torno a ella que fue despertando en cada época, pero repasando periódicos de comienzos del siglo pasado tuve una idea.

En uno de ellos leí una noticia sobre un alcalde francés al que habían ingresado en un hospital psiquiátrico tras presentar un comportamiento esquizoide. Aseguraba estar maldito después de que uno de sus rivales políticos le solicitó una reunión privada en la que le relató una historia extraña. Las presencias fantasmales que acosaban al portador de la maldición estaban mucho más detalladas en esta noticia que en ninguno de los documentos que había leído sobre ella, así que decidí cambiar mi línea de investigación y comencé a buscar pacientes que presentasen los mismos síntomas.

No me detuve a calcular qué probabilidad tenía de dar con el portador actual de la maldición, en caso de que esta realmente existiera. Pero era muy baja, desde luego. Tampoco pienses que en aquel momento me creía todo aquello. Tendía a pensar que tal vez se trataba de una historia que iba a pasando de boca en boca entre personas proclives a creer en fantasmas y fenómenos paranormales, pero si esto era así, todavía me despertaba más interés llegar a conocerla. Tenía que ser una historia muy buena para haber sobrevivido tanto tiempo.

Escribí a hospitales de todo el mundo y recibí respuesta de muchos de ellos, pero nada que me sirviera. Así que tuve que cerrar mi tesis ahí, en mitad de aquella investigación. Di por finalizado el asunto y me centré en mis traducciones, hasta que mucho tiempo después, hace tan solo unos meses, recibí un correo de un hospital de Italia.

Me escribía el director del centro, con el que ya había cruzado varios correos mientras preparaba la tesis. En su mensaje me decía que tenían desde hace poco a un paciente cuyo perfil encajaba con lo que yo buscaba. Ya había dado por cerrada mi investigación, pero seguía teniendo mucho interés por descubrir más detalles de la supuesta maldición. Así que hice las maletas y me fui a Italia para encontrarme con aquel paciente.

Me impactó conocerlo. Llegué allí emocionada, estaba a punto de ponerle cara a alguien que podía estar vinculado a aquella historia que había pasado tantas horas investigando, y fue precisamente todo este entusiasmo el que me impidió pensar en lo más evidente: me iba a encontrar con una persona enferma. Tenerlo delante te helaba la sangre. Era un hombre mayor, de unos 80 años. Quizá algo más joven, pero sus arrugas, pelo canoso y palidez te hacían verlo como un anciano.

Resultaba difícil comunicarse con él, ya que cada tres o cuatro palabras que pronunciaba se quedaba en silencio, paralizado. Sus ojos se congelaban. Se

echaba a temblar, como si entre tú y él hubiera una presencia que no conseguías ver, como si algo lo agarrase fuerte y no lo soltase. Y ahí se quedaba, quieto, hasta que por fin rompía su rigidez dando un grito. Gritaba fuerte, con todas sus fuerzas. Un grito terrorífico.

Me dejaba hecha polvo tratar de conversar con él, y en el hospital no tenían claro qué tratamiento debían administrarle. Lo visité cuatro veces. Las tres primeras tuve siempre a mi lado al doctor que estaba siguiendo su caso, pero para la cuarta decidí probar algo diferente.

Siempre entrábamos allí preguntándole cómo se encontraba, tratando de ser todo lo amables que podíamos con él, pero sus bloqueos no tardaban en llegar. Así que en mi cuarta visita le pedí al doctor si podía dejarnos a solas, y cuando lo tuve frente a frente opté por una táctica diferente. Le conté una historia. O parte de ella, lo que tras toda mi investigación intuía que podía ser el comienzo de la historia maldita. Me miró a los ojos, dejando de lado su habitual mirada asustada para mostrar un atisbo de alegría.

—Eso no es así. Está equivocada. No empieza así.

Fue la primera vez que conseguía hilvanar tres frases seguidas sin bloquearse, y esas tres frases dieron paso a muchas más.

Luca, que así se llamaba, me contó la historia de principio a fin, sin detenerse un solo momento. Parecía rejuvenecer ante mis ojos a medida que avanzaba por ella. Yo sabía que se trataba de una ficción, pero había algo en la manera de contármela que por momentos me hizo pensar que se trataba de algo real, de algo que le había sucedido a él. Mientras terminaba de narrarla se echó a llorar, emocionado. Acabó dándome un abrazo.

—Gracias.

Y ahí fue cuando comenzaron mis problemas.

La maldición es real. Has de creerme. No es una historia de fantasmas, ni tampoco un cuento para asustar a los más impresionables. He padecido sus efectos, y te aseguro que no es agradable. No he llegado al estado de Luca, pero sí he sufrido auténticos bloqueos cuya única explicación pasa por creer en la maldición.

La primera vez que la sentí fue días después de aquel último encuentro con Luca, ya de vuelta en Madrid. Un día desperté pero no conseguía levantarme. Estaba paralizada, completamente despierta pero sin poder mover nada, ni tan siquiera conseguía guiñar un ojo. Y sentía presencias a mi alrededor, como si la habitación se hubiese llenado de sombras que la recorrían de un lado a otro. Juraría que hasta escuché voces.

Lo primero que pensé fue en la parálisis del sueño, un síndrome no demasiado conocido pero muy extendido que afecta entre el estado del sueño y

la vigilia, con síntomas muy similares a lo que acababa de experimentar. Pensé inmediatamente en ello porque mi madre lo padecía, así que me pareció que tenía sentido que yo fuera propensa a padecerlo también.

Es a lo que me agarré hasta que días después volvió a pasarme, y esa vez a pleno día, mientras trabajaba delante del ordenador. Me quedé allí sentada, con las manos en el teclado, sin poder mover un solo músculo y sintiendo lo mismo que días atrás. Era muy angustioso. Y a medida que fueron pasando los días iba a más.

Uno de esos ataques lo presenciaste. Fue aquella noche, cuando viniste a traerme mi tostada y de paso a recuperar tu hamburguesa. Estaba allí, en mi dormitorio, preparando la mudanza. Mientras subías pensé en llamar a mi madre para preguntarle si quería un sombrero que no pensaba llevarme conmigo, pero me quedé paralizada con el teléfono entre las manos. Fue terrible. Fue el peor bloqueo de todos. Sentí que la habitación se llenaba de gente a la que no conseguía ver, que se movían por toda la habitación a gran velocidad, rozándome, asfixiándome. Escuché un sonido ensordecedor. Me temblaba todo el cuerpo. Me eché a llorar, pensando que iba a morir allí mismo, y en aquel momento llegaste tú.

Eras Manuel Bartual. Te conocía bien. Había leído tu historia, pero en mitad de aquella crisis, cuando decidí que no podía aguantarlo más, que ibas a ser quien recibiera la maldición, creí que una buena forma de ganarme tu confianza era haciéndote pensar que no sabía quién eras.

Ya te había visto días antes, cuando fuiste a comprar muebles con tu novia y con tu hijo. Me hizo mucha gracia ponerles cara después de haberte leído referencias a ellos en aquel relato. Así que has de creerme, Manuel. Porque no solo eres Manuel, también eres el novio de Alba y el papá de Alex.

Me siento fatal por haberte hecho esto, porque no tengo nada en contra tuya ni en contra de tu familia. Esto quiero que lo sepas. Simplemente estuviste en el lugar equivocado en el peor momento posible. Podías haber sido cualquiera, y estoy segura de que, de haber estado en mi lugar, habrías hecho lo mismo. No estoy tratando de esquivar mi culpa, es que lo pienso de verdad.

Antes de que vinieras por primera vez a mi casa lo intenté con otras cuatro personas más. Eran desconocidos a los que me acerqué en bares, de madrugada, bromeando con ellos hasta que comenzaba a contarles una historia que en ninguna de las ocasiones llegué a terminar. Me sentía muy estúpida, sobre todo porque es algo que yo misma me busqué. Me atropellaba con las palabras y ninguno me tomó demasiado en serio, así que desesperada, decidí mudarme a otra ciudad. No tenía ninguna garantía de que esto fuera a solucionar nada, pero albergaba la esperanza de despistar a la maldición aunque fueran unos días, los

suficientes como para, con la cabeza un poco más calmada, afrontar mejor la tarea de deshacerme de ella. Pero aquella noche, al volverme y verte allí, cuando comprendí que mi cuerpo difícilmente iba a soportar otro bloqueo como aquel, visualicé cuál era la solución.

Podría haber intentado contarte una historia, como probé a hacer con aquellos desconocidos o el propio Luca hizo conmigo, pero al verte recordé lo que hiciste en Twitter, cómo lo utilizaste para hacer pasar un relato por algo que mucha gente creyó que era cierto. Así que decidí hacer algo parecido. En vez de contarte una historia, pensé que podía conseguir que te la creyeras. Me he dado cuenta de que no soy tan buena como Luca contando historias, pero parece que mentir no se me da mal.

Fue un alivio enorme, indescriptible. En cuanto te hablé de aquel libro que quería regalarte pero no aparecía comencé a sentirme mucho mejor. Hay algo terrible de esta maldición, y es no saber cuándo llegará otro de esos bloqueos. Te mantiene alerta todo el tiempo, hecha un manojo de nervios, pero en cuanto comencé a contarte toda aquella historia inventada no solo no tuve ningún bloqueo más, sino que además me sentí liberada, con la certeza de que si seguía contándotela ya nunca más experimentaría nada de aquello.

No perdí ningún libro. Tampoco tengo a un novio viviendo fuera, ni evidentemente una hermana que haya intentado robarme la identidad. El día en que me hice pasar por ella me bastó con maquillarme diferente y tratarte con más frialdad para darte motivos suficientes para que pensases que era otra persona, un personaje de mi invención. Sé que fue así, que fue esto mismo lo que pensaste, porque de lo contrario seguiría maldita.

También encontraste todos los libros en los que taché mi nombre de los créditos, ¿verdad? Me vino bien saber a qué biblioteca sueles ir a escribir. Esperaba que los vieras. Lo que no funcionó fue hablar de ti por Twitter con una amiga. Pensé que me googlearías en algún momento después de aquella primera noche y acabarías leyendo esa conversación, pero cuando vi que no lo hacías no me quedó otra que contártelo.

Es probable que estés pensando que todo es mentira, una broma, pero insisto en que has de creerme. Y aunque no lo hagas ahora, confío en que lo acabarás haciendo.

La maldición está en ti ahora, como podrás comprobar antes o después. Así que piensa en una historia. Con el tiempo ha mutado tanto que no importa demasiado quién la protagonice ni los detalles que decidas añadirle. La historia que me contó Luca es en apariencia muy diferente a la que te hice creer a ti, pero en esencia son la misma. Yo utilicé nuestra amistad para cumplir con uno de los requisitos y hasta te hice creer que tenía una hermana, pero podría haberlo hecho

de otro modo, de manera muy diferente. Lo único importante es que tengas presente que en ella ha de suceder todo lo que te detallo a continuación.

Algo robado.
Una familia ausente.
Una nueva amistad.
Hablas pero no eres tú.
Una confesión.
Un falso culpable.
Tu identidad suplantada.
Una petición de auxilio.
La verdad expuesta.

Esto es todo lo que Alicia detallaba en su carta, explicándome que terminar exponiendo la verdad no era algo imprescindible, pero a ella le parecía lo más ético para que aquel a quien le pasas la maldición entienda el motivo de sus bloqueos y qué ha de hacer para librarse de ellos.

Su carta continuaba dos o tres páginas más, pero no merece la pena que las reproduzca. Básicamente me decía que aunque sintiese la necesidad de buscarla para pedirle explicaciones, de nada me serviría viajar hasta Berlín, ya que no era allí donde había decidido mudarse, e insistía en lo culpable que se sentía por estar haciéndome esto. También me pedía que, por favor, no tardase en reaccionar, que le transmitiera pronto la maldición a otra persona. No quería que ni yo ni mi familia lo pasásemos mal por su culpa.

No me creí nada de esto, evidentemente. Lo primero que pensé fue que se trataba de algún tipo de broma muy elaborada o que era Alicia la que no estaba demasiado bien de la cabeza, en vez de esa hermana que se había inventado, pero no necesité que pasasen muchos días hasta que cogí de nuevo su carta para repasar bien todo lo que me decía.

La primera vez que sentí los efectos de la maldición fue al despertar tras una siesta de la que me costó levantarme más de lo habitual. Sentí un peso sobre mi cuerpo que me impedía moverme, pero cuando por fin me puse en pie lo atribuí a que quizá no me había despertado cuando pensaba sino algo después, y aquel peso formaba parte de algún sueño.

Pero una semana después volvió a suceder, en mitad de una entrevista. Estaba en una radio y me quedé en silencio mientras daba una respuesta. Fue una sensación extrañísima, como si de repente hubiesen apagado las luces del estudio y las sillas disponibles en la mesa frente a la que me encontraba sentado se llenasen de sombras con forma humana que me miraban y señalaban, susurrando algo que no llegaba a escuchar bien. Creo que estuve en ese estado uno o dos minutos. Los presentadores del programa alucinaron, claro, casi más que yo mismo, aunque por suerte la entrevista no era en directo y pudieron editarla antes de emitirla para que nada de esto se notase.

Nunca he creído en estas cosas, pero no veía otra explicación.
Estaba maldito.

Así que tenía que hacer algo, pero no me sentía capaz de decidir a quién contarle una historia siguiendo los requisitos que me indicaba Alicia en su carta. No podía elegir a una persona y sentarme delante de él o de ella para maldecirle, mirándole a los ojos, aunque fuera una persona al azar.

Nadie se merece esto, y al decirte esto tal vez pienses que odie a Alicia, pero no es así. Entiendo que ella tomase la decisión por pura. Estoy seguro que, de haber estado en su lugar, habría hecho lo mismo. Cualquiera que sufra lo que ella sufrió y hasta hace poco he estado sufriendo yo entenderá cualquier decisión que se tome en ese estado. Es algo terrible. La peor experiencia por la que nadie puede pasar. Por eso me decidí a escribir este libro.

No existen los saltacuerpos. Nadie me ha reemplazado, ni he vivido nada de lo que has leído excepto todo lo que tiene que ver con Alicia. Algunos detalles de las ocasiones en las que estuve con ella los he modificado para encajarlos dentro de la historia que decidí contarte, pero todo lo que has leído sobre Alicia sucedió tal y como te he explicado y más o menos en ese orden. Pero nada más.

En realidad, ni tan siquiera Alba y Alex se fueron de viaje, ni ella y yo hemos llegado a discutir nunca. Lo de las discusiones me lo inventé porque me encajaba bien en la historia que decidí contarte, me parecía una buena confesión y añadía cierto dramatismo. Tampoco nos acabamos de mudar, hace ya algún tiempo que cambiamos de piso y sí, en parte fue para tener algo más espacio ahora que somos tres, pero Alex nunca ha supuesto un problema, sino todo lo contrario. Nos lo pasamos fenomenal con él y nos apañamos bien, incluso desde que mi vida profesional dio un volantazo a raíz de aquella historia que publiqué en Twitter.

Te diré más: en ningún momento me he sentido agobiado por toda esta fama repentina. Tampoco es tanta, la he exagerado en beneficio de la historia, y aunque en parte sea cierto que ahora haya gente que me reconoce por la calle, es algo que me tomo con humor. Además, quien se acerca para felicitarme, mostrarme su afecto o pedirme una foto juntos suele ser muy amable. Me parece maravilloso haber llegado a escribir una historia que haya producido este efecto en la gente. Me hace muy feliz. Y espero que tú también lo seas, así que por favor, préstame atención.

Sé que me he librado de la maldición porque desde el momento en que comencé a escribir este libro me sentí como decía Alicia en su carta, con la certeza de que ya nunca más volvería a experimentar ninguno de aquellos bloqueos, de modo que pueden haber pasado tres cosas.

La primera, pero también la más improbable, es que haya devuelto la

maldición a un libro, el que estoy escribiendo. Si lo que me contó Alicia es cierto y su origen fue ese mismo, un libro, el que encontró aquel monje, quizá la manera de neutralizar la maldición sea devolverla a otro. Pero no, tengo la sensación de que esto no funciona así, que no estoy encerrándola en un puñado de páginas de papel, sino simplemente transmitiéndola. Y probablemente como nunca hasta este momento se haya transmitido, ya que el libro que estás leyendo no es un ejemplar único. Hay miles como este. No eres la única persona que lo ha leído o estará leyéndolo, así que esto nos lleva a dos escenarios posibles.

Quizá la maldición esté en ti ahora pero no llegue a manifestarse de la manera en que se manifestó en mí o en cualquiera de los que la han portado antes. Al ser exactamente la misma historia la que has leído tú y mucha otra gente, tal vez su efecto se diluya entre todos los lectores de este libro. En ese sentido, cuantas más personas lo leáis, más diluida quedará. Si esto es así, apostarí a que podrás llevar una vida normal en la que los bloqueos producto de la maldición se manifestarán en ti de forma apenas perceptible.

Pero también puede estar pasando otra cosa, y es que te haya transmitido la maldición en su totalidad, con todo su poder. Quizá no se reparta proporcionalmente entre todos los lectores del libro, sino que simplemente se multiplique. Así que, por lo que pueda pasar, lo más sensato es que te inventes una historia y se la cuentes a otra persona. O busques otro modo de transmitirla.

Yo he utilizado un libro, así que es probable que puedas hacerlo de cualquier otro modo, publicándola en internet o contándola en un vídeo de YouTube o algo así, por ejemplo. Ya conoces los requisitos, todo lo que ha de contener. La familia ausente, la nueva amistad, el objeto o prenda robada, todo eso. Apostaría a que ni tan siquiera han de aparecer en el orden del listado, seguro que basta con que todos esos elementos estén de un modo u otro en algún punto de la trama. Por eso funcionó esa historia que escribí en Twitter, la de mis misteriosas vacaciones.

Seguramente ya no lo recuerdes, y menos ahora, que estarás más preocupado por la maldición que por ninguna otra cosa que te pueda contar, pero al comienzo de este libro te dije que había un factor más que podía haber influido en que aquella historia funcionase, pero entonces no podía explicarte cuál era.

Bien, creo que es porque invoqué el poder de la maldición de forma completamente casual, incluyendo en la historia muchos de sus elementos. Estaba la camiseta que me robaban, viajaba solo de vacaciones, pedía ayuda en varias ocasiones e incluso hablaba sin ser yo, como sucedía si interpretabas la historia pensando en que los últimos tuits estaban escritos por el doble que me había seguido desde Mallorca hasta Madrid.

Soy consciente de que es muy probable que ahora mismo me odies. A mí me pasaría si estuviera en tu lugar, no me parece agradable terminar un libro sabiendo que acaban de maldecirme, pero no me preocupa porque sé que me entenderás. Si lamentablemente te he transmitido la maldición por completo, bastará con que sientas su efecto un par de veces para que me comprendas.

O quizá no creas nada de lo que estoy contándote y simplemente me odies por este final, tal vez preferías que la historia del otro Manuel que estaba contándote fuera cierta. Esto tiene fácil solución: basta con que arranques los dos últimos capítulos de este libro.

El final es el que estás leyendo, toda esta confesión que te estoy haciendo, pero las historias pertenecen menos a sus autores de lo que se suele pensar. Cuando llegan al lector son tuyas, y me parece lícito que seas tú quien decidas dónde ponerle el punto final. Somos menos prisioneros de las ficciones de lo que creemos, así que no lo seas tú de la mía. Elige dónde acaba todo lo que estoy contándote.

Aunque si yo fuera tú, trataría de transmitir antes la maldición a otra persona, creas o no en ella. No es difícil, aunque nunca hayas contado una historia. Piensa en la Señora Tomás. Si ella era capaz de contarle a su marido todas las películas cuyo argumento yo le detallaba de principio a fin, te aseguro que tú también puedes hacerlo. Hasta Alex lo hace. Lo veo en él todos los días, la necesidad que tenemos prácticamente desde que nacemos de escuchar y contar historias, y cómo las ficciones nos acaban ayudando a evolucionar, explicar y entender el mundo.

No tengo mucho más que decirte. Y no se me escapa que si estás pensando que todo esto es cierto, que acabo de transmitirme la maldición, quizá te sorprenda que haya podido llegar a hacerlo por mucho que esté insistiendo en que es lo que haría cualquiera en mi situación. Porque Manuel Bartual no podría hacer eso, ¿verdad? Manuel Bartual parece un tío demasiado majo como para haberte gastado semejante putada.

Es lo que pensé cuando lo vi por primera vez en el hotel de aquella playa, al comienzo de sus vacaciones, cuando entré a su habitación para robarle una camiseta. Parecía un tío majo. Merecía la pena acabar con él y ocupar su lugar, robarle su aspecto y su vida. Estoy seguro de que él habría encontrado otra manera de solucionar lo de la maldición que no implicase habértela transmitido, pero yo no soy tan buena persona. No tengo tantos escrúpulos. Y suficiente trabajo me llevó acabar con él, borrar todas mis huellas y convertirme en Manuel Bartual como para ahora no librarme de esta maldición.

No, esto último es broma.

Lo de que soy el doble.

Pero lo de la maldición es verdad.
En serio.



Manuel Bartual (Valencia, 1979) ha dirigido una docena de cortometrajes y un largometraje (*Todos tus secretos*, premio Canal+ a la mejor película en el 18.º Festival de Cine de Málaga), ha dibujado cómics en publicaciones como *El Jueves* y *Orgullo y Satisfacción* y ha diseñado para editoriales como Astiberri, Dibbux o Es Pop. También dirige el sello editorial ¡Caramba!, junto con Alba Diethelm, especializado en cómic de humor. En 2017, el relato de sus misteriosas vacaciones se convirtió en *trending topic* mundial y fue leído a través de Twitter por cientos de miles de personas.

El otro Manuel

Manuel Bartual

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Malota

© de la fotografía del autor, Oscar Arribas

© Manuel Bartual, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-08-18448-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.